

# Ventana secreta, secreto jardín

Stephen King

STEPHEN KING

*Título original: «Secret Window, Secret Garden».*

*ISBN: 84-406-1969-3*

*Depósito legal: B. 33.130-1991*

## UNA NOTA SOBRE VENTANA SECRETA, SECRETO JARDÍN.

Soy una de esas personas que creen que la vida es una serie de ciclos..., de ruedas dentro de ruedas; algunas se mezclan con otras, otras giran solas, pero todas realizan una función repetitiva y concreta. Me gusta esa imagen abstracta de algo parecido a una eficaz máquina industrial, probablemente porque la vida real, cercana y personal, parece muy confusa y extraña. Es agradable poder distanciarse de vez en cuando y decir: ¡Al fin y al cabo, hay un esquema! ¡No sé qué significa, pero por Dios que lo veo!

Todas esas ruedas parecen completar sus ciclos aproximadamente al mismo tiempo, y cuando sucede —más o menos cada veinte años, creo—, pasamos por una etapa en la que terminamos cosas. Los psicólogos han inventado incluso una palabra para describir este fenómeno: lo llaman clausura.

Ahora tengo cuarenta y dos años y, al examinar los últimos cuatro de mi vida, puedo descubrir todo tipo de clausuras. Esto es tan evidente en mi trabajo como en todo lo demás. En *It* utilicé una increíble cantidad de espacio para terminar de hablar de los niños y de las vastas percepciones que iluminan sus vidas interiores. El año próximo tengo intención de publicar la última novela del ciclo *Castle Rock, Needful Things*. Por otra parte, creo que esta historia es la última que dedicaré al tema de los escritores, la escritura y esa extraña tierra de nadie que existe entre lo que es real y lo que es ficticio. Sin duda, una buena cantidad de mis lectores, que han soportado pacientemente mi fascinación por este tema, se alegrarán de saberlo.

Hace unos años publiqué una novela llamada *Misery* que, al menos en parte, trataba de ilustrar la poderosa atracción que la ficción puede ejercer sobre el lector. El año pasado publiqué *La mitad oscura*, donde trataba de explorar lo contrario: la poderosa atracción que la ficción puede ejercer sobre el escritor.

Mientras ese libro estaba en proceso de elaboración, empecé a pensar que tal vez hubiera una manera de contar ambas historias al mismo tiempo, enfocando algunos de los elementos del argumento de *La mitad oscura* desde un ángulo totalmente distinto. En mi opinión, escribir es un acto secreto —tan secreto como soñar—, y ése es un aspecto de este extraño y peligroso oficio en el cual nunca había reflexionado mucho.

Sabía que de vez en cuando los escritores revisaban viejos trabajos. John Fowles lo hizo con *El mago*, (y yo mismo lo hice con *Apocalipsis*), pero lo que tenía en la cabeza no era una revisión.

Quería tomar elementos familiares y reunirlos de una manera enteramente nueva. Lo había intentado hacer al menos una vez antes, reestructurando y poniendo al día los elementos básicos del *Drácula* de Bram Stoker para crear *El misterio de Salem's Lot*, y me sentía cómodo con la idea.

Un día de finales de otoño de 1987, mientras estaba pensando estas cosas, me detuve en el lavadero de nuestra casa para dejar una camisa sucia. Nuestro lavadero está en el segundo piso y es una habitación pequeña y estrecha. Metí la camisa en la máquina y me acerqué a una de las dos ventanas del cuarto. Sólo por curiosidad casual. Hace ya once o doce años que vivimos en la misma casa, pero nunca había mirado antes por esta ventana en particular. La razón es sencilla: colocada a nivel del suelo, casi escondida detrás de la secadora, medio oculta tras los cestos de ropa sucia, es una ventana que apenas sirve para mirar nada. De todos modos, me las arreglé para acercarme y miré afuera.

La ventana da a un pequeño recinto con suelo de ladrillo entre la casa y el solarío anexo. Es una zona que veo casi todos los días, pero el ángulo de visión era nuevo. Mi esposa había puesto allí fuera media docena de tiestos, supongo que para que las plantas recibieran un poco del sol de comienzos de noviembre, y el resultado era un jardincillo encantador que sólo yo podía ver.

Naturalmente, lo que se me ocurrió es el título de este cuento. Me pareció una metáfora excelente para lo que hacen con sus días y sus noches los escritores, sobre todo los que escriben historias fantásticas. Sentarse ante la maquina o coger un lápiz es un acto físico; la analogía espiritual es mirar por una ventana casi olvidada, una ventana que ofrece una vista común desde un ángulo enteramente distinto, un ángulo que convierte lo ordinario en extraordinario.

El trabajo del escritor es mirar por esa ventana e informar de lo que ve.

Pero a veces la ventana se rompe. Creo que ése, más que ningún otro, es el tema de este relato: ¿qué le sucede al observador atento cuando la ventana entre la realidad y lo irreal se rompe y el cristal empieza a volar?

## 1

—Usted me robó la historia —aseguró el hombre de pie en el umbral—, me robó la historia y habrá que hacer algo al respecto. Lo correcto es lo correcto y lo justo es lo justo, y hay que hacer algo.

Morton Rainey, que acababa de despertar de la siesta y todavía se sentía un tanto alejado del mundo real, no tenía ni idea de qué podía decir. Aquello no le sucedía nunca cuando estaba trabajando, enfermo o sano, totalmente despierto o medio dormido.

Era un escritor, y casi nunca tenía dificultades para poner en boca de sus personajes una réplica aguda. Rainey abrió la boca, no encontró en ella ninguna réplica aguda, por tímida que fuera, y volvió a cerrarla.

Pensó: "Este hombre no parece enteramente real. Parece un personaje de una novela de William Faulkner."

Eso no lo ayudaba a resolver la situación, pero era una verdad innegable. El tipo que había llamado a su puerta en aquella casa del oeste de Maine aparentaba unos cuarenta y cinco años y era muy delgado. Tenía un rostro apacible, casi sereno, atravesado por surcos profundos, que se extendían horizontalmente a través de su amplia frente formando olas regulares, descendían desde las comisuras de los labios delgados hasta la mandíbula, e irradiaban en diminutos haces desde el rabillo de los ojos. Los ojos eran de un azul brillante, intenso. Rainey no podía decir de qué color tenía el cabello, pues el hombre llevaba un gran sombrero negro de copa redonda, encasquetado de tal modo en la cabeza que la parte inferior del ala tocaba las puntas de sus orejas. Se parecía a esos sombreros que usan los cuáqueros. No le asomaban patillas, de modo que, a juzgar por lo que Morton Rainey veía, podía ser tan calvo como Telly Savalas.

Llevaba una camisa de trabajo azul, prolijamente abotonada hasta ceñir la piel flácida y enrojecida de su cuello pese a no llevar corbata. El faldón de la camisa desaparecía en el interior de unos tejanos, en apariencia demasiado grandes para él. Los pantalones descansaban sobre un par de zapatos de trabajo de un amarillo desvaído, que parecían hechos para caminar por el surco de una tierra recién arada, unos tres pasos y medio detrás del culo de una mula.

—¿Y bien? —preguntó, al ver que Rainey continuaba mudo.

—No lo conozco —dijo por fin Rainey. Era lo primero que decía desde que se había levantado del diván para abrir la puerta, y a él mismo le sonó de una estupidez sublime.

—Eso ya lo sé —replicó el hombre—, y no tiene ninguna importancia. Pero yo sí lo conozco a usted, señor Rainey, y eso es lo que importa. Usted me robó la historia —insistió, tendiendo la mano.

Hasta aquel momento, Rainey no se había dado cuenta de que llevaba algo en ella. Era un fajo de papeles, pero no uno cualquiera. Se trataba de un manuscrito. Pensó que, tras permanecer cierto tiempo en el negocio editorial, cualquiera es capaz de reconocer un manuscrito.

Sobre todo un manuscrito rechazado.

Y, un momento después, se dijo: "Morton, chico, menos mal que no era un revólver. Hubieras llegado al infierno antes de enterarte de que habías muerto."

Con mayor lentitud aún, comprendió que probablemente estaba hablando con algún loco. Naturalmente, hacía tiempo que debía haber sucedido. Aunque sus últimos tres libros habían sido best-sellers, ésta era la primera visita que recibía de esa tribu fabulosa. Sintió una mezcla de miedo y pena, al tiempo que su mente se concentraba en un único objetivo: cómo librarse del tipo lo antes posible y con la menor dosis posible de agresividad.

—No leo manuscritos... —empezó a decir.

—Éste ya lo ha leído —le interrumpió serenamente el hombre con cara de aparcero—. Lo robó.

Hablaba como si estuviera constatando un hecho simple, como un hombre que dice que acaba de salir el sol y hace un agradable día de otoño.

Al parecer, esa tarde todas las ideas de Morton llegaban con retraso; por primera vez advirtió lo solo que estaba allí. Había llegado a la casa de Tashmore Glen a comienzos de octubre, después de dos meses desdichados en Nueva York. Su divorcio se había hecho efectivo la semana anterior.

Era una casa grande, pero se trataba de un lugar de veraneo, al igual que el propio pueblo. En esta calle en concreto había unas veinte casas, distribuidas a lo largo de la bahía norte del lago Tashmore.

En julio y agosto la mayor parte de las casas permanecía ocupada; pero no estaban ni en julio ni en agosto, estaban a finales de octubre. Comprendió que, probablemente, el ruido de un disparo pasaría inadvertido. Si alguien lo escuchaba, supondría que alguien estaba cazando codornices o faisanes. Era la época.

—Puedo asegurarle...

—Ya sé que puede —dijo con la misma paciencia increíble el hombre del sombrero negro—. Ya lo sé.

A espaldas del hombre, Morton veía el vehículo en el que éste había llegado. Era una vieja furgoneta con aspecto de haber recorrido muchos kilómetros en su vida, y pocos de ellos por buenas carreteras. Veía que la matrícula no era del estado de Maine, pero no conseguía distinguir de qué estado era. Sabía desde hacía tiempo que tenía que ir al oculista a que le cambiaran las gafas, e incluso había planeado hacerlo a comienzos del verano; pero, un día de abril, Henry Young lo llamó

preguntando quién demonios era el tipo con el que había visto a Amy en el embarcadero —¿tal vez un pariente?—, desencadenando un alud de sospechas que culminó de un modo escalofriantemente rápido en el divorcio por mutuo acuerdo.

Aquel huracán de mierda había absorbido todo su tiempo y energía durante los últimos meses. En aquellos días, se daba por satisfecho si recordaba que debía cambiarse de ropa interior, así que cosas tan esotéricas como pedir una cita al oculista habían quedado relegadas.

—Si desea expresar alguna queja —empezó Morton vacilante, detestando el pomposo sonido de su propia voz, pero sin saber de qué otro modo contestar—, puede hablar con mi ab...

—Esto es entre usted y yo —dijo pacientemente el tipo, de pie en el umbral.

Bump, el gato vagabundo de Mort, que había permanecido acurrucado en el pequeño armario destinado a la basura (había que meter la basura en un lugar cerrado, porque si no, por la noche, venían los mapaches y rompían las bolsas, dispersando su contenido), en ese momento bajó de un salto y se abrió paso por entre las piernas del extraño.

Los brillantes ojos azules del hombre no apartaron su mirada de la cara de Rainey.

—No necesitamos a nadie más, señor Rainey. Esto es estrictamente entre usted y yo —insistió.

—No me gusta que me acusen de plagio, si es eso lo que pretende —dijo Mort, mientras algo en su mente le advertía que debía ser muy cuidadoso en el trato con gente perteneciente a la tribu de los Locos Frustrados.

¿Seguirles la corriente? Sí. Pero este hombre no parecía tener un arma, y Mort lo superaba en más de veinte kilos. "Además, por su aspecto, tengo cinco o diez años menos que él", pensó. Había leído que un tipo verdaderamente loco poseía una fuerza anormal, pero no tenía intención de quedarse allí y dejar que aquel hombre al que nunca había visto continuara diciendo que él, Morton Rainey, le había robado su relato. Por lo menos, no sin rebatir su acusación.

—No me extraña que no le guste —dijo el hombre del sombrero negro. Hablaba con el mismo tono sereno y paciente. A Morton le pareció que lo hacía como un terapeuta cuyo trabajo es enseñar a niños pequeños con alguna clase de retraso mental leve—. Pero lo hizo. Me robó mi historia.

—Tendrá que irse —dijo Mort. Ahora estaba completamente despierto y ya no se sentía tan desconcertado y en desventaja—. No tengo nada que decirle.

—Sí, me iré —dijo el hombre—. Seguiremos hablando en otro momento.

Le tendió el fajo de papeles, y Mort se descubrió tendiendo la mano para cogerlo. Volvió a dejarla caer a un costado, un instante antes de que su visitante inesperado e indeseado pudiera depositar en ella el manuscrito, como un oficial de justicia que finalmente logra entregar una citación a un hombre que ha estado eludiéndolo durante meses.

—No pienso cogerlo —dijo Mort, maravillado por la capacidad de adaptación de ese animal que es el hombre. Cuando alguien te tiende algo, tu instinto primero es recogerlo. No importa que sea un cheque de mil dólares o un cartucho de dinamita con la mecha encendida: la primera reacción es cogerlo.

—Señor Rainey, no le servirá de nada jugar conmigo —dijo tranquilamente el hombre—. Es preciso solucionar este problema.

—En lo que a mí se refiere, ya está solucionado —dijo Mort, y cerró la puerta ante aquella cara arrugada, gastada y, en cierto modo, atemporal.

Sólo había sentido uno o dos momentos de miedo, cuando advirtió, de una manera desorientada y soñolienta, lo que estaba diciendo el hombre.

Después, todo había sido absorbido por un sentimiento de cólera. Cólera porque lo molestaran durante su siesta y más cólera al comprender que quien lo molestaba era un representante de los Locos Frustrados.

Una vez cerrada la puerta, el miedo retornó. Apretó los labios y esperó a que el tipo empezara a golpearla. Y cuando eso no sucedió, tuvo la convicción de que el tipo seguía de pie allá fuera, quieto como una piedra y tan paciente como ella, esperando que Morton volviera a abrir la puerta, cosa que tendría que hacer, más pronto o más tarde.

Después oyó un golpe sordo, seguido de una serie de pasos ligeros que cruzaban el porche. Mort se dirigió hacia el dormitorio principal, que daba al sendero para coches. Allí había dos ventanales: uno daba al sendero y a la colina que quedaba detrás; el otro ofrecía una visión de la pendiente que conducía a la extensión azulada y plácida del lago Tashmore.

Ambos ventanales estaban reflectarizados, es decir, que él podía mirar al exterior, pero cualquiera que intentara mirar de afuera adentro vería sólo su imagen distorsionada, a menos que apretara la nariz contra el cristal y colocara las manos a uno y otro lado de los ojos.

Vio que el hombre con camisa de trabajo y tejanos doblados en las perneras regresaba a su vieja furgoneta. Desde este ángulo, podía ver a qué estado pertenecía la matrícula: Mississippi.

Mientras el hombre abría la portezuela del lado del conductor, Morton pensó: "¡Mierda! El arma está en el coche. No la llevaba encima porque creía que podría razonar conmigo, sea cual fuere la idea que tiene de lo que significa "razonar". Pero ahora ha ido a buscarla y regresará. Probablemente la guarde en la guantera o debajo del asiento..."

Sin embargo, el hombre se sentó ante el volante, deteniéndose sólo lo indispensable para quitarse el sombrero negro y dejarlo en el asiento contiguo. Cuando cerró la portezuela y puso en marcha el motor, Mort pensó: "Ahora hay en él algo distinto." Pero sólo comprendió lo que era después de que el visitante indeseado hubiera recorrido el sendero y desaparecido tras el espeso seto que Mort siempre olvidaba podar.

Cuando el hombre había entrado en el coche, ya no llevaba el manuscrito.

## 2

Estaba en el porche trasero. Le había puesto una piedra encima para evitar que las páginas salieran volando al soplar la brisa.

El golpe sordo que había oído, lo hizo el hombre al poner la piedra sobre el manuscrito.

Mort se quedó de pie en la puerta, con las manos en los bolsillos de sus pantalones color caqui, mirándolo. Sabía que la locura no era contagiosa (excepto en casos de contacto prolongado, imaginaba), pero seguía sin querer tocar el maldito fajo de papeles. Sin embargo, suponía que

tendría que hacerlo. No sabía exactamente cuánto tiempo estaría en Tashmore Glen. Tal vez un día, una semana, un mes o un año; en ese momento, cualquier cosa parecía posible. La cuestión era que no podía dejar ahí esa maldita cosa. Esa tarde, temprano, vendría Greg Carstairs, el encargado de cuidar su casa, para entregarle un presupuesto de lo que costaría volver a techar la casa, y se preguntaría qué era aquello. O, peor aún, supondría que pertenecía a Mort, lo cual requeriría más explicaciones de las que merecía el hecho en sí.

Permaneció allí, de pie, hasta que el ruido del motor de la furgoneta de su visitante se perdió en el murmullo sordo y lento de la tarde.

Después salió al porche, caminando cuidadosamente con los pies descalzos (hacía ya un año que el porche necesitaba una mano de pintura, y la madera reseca estaba llena de astillas), y arrojó la piedra al matorral de enebro que había a la izquierda. Cogió el pequeño montón de páginas y lo miró. En la primera página figuraba el título. Ponía:

*VENTANA SECRETA, SECRETO JARDÍN*  
*John Shooter*

Muy a su pesar, Mort experimentó un instante de alivio. Jamás había oído hablar de John Shooter, y jamás había leído o escrito un relato llamado "Ventana secreta, secreto jardín".

Al entrar, arrojó el manuscrito a la papelera de la cocina, regresó al diván de la sala y volvió a acostarse. Cinco minutos después estaba dormido.

Soñó con Amy. En aquellos días dormía mucho y soñaba con Amy. Ya no le sorprendía demasiado despertar sobresaltado por el sonido de sus propios gritos roncós. Suponía que, con el tiempo, las pesadillas acabarían por desaparecer.

3

A la mañana siguiente, Mort se encontraba sentado frente a su ordenador, en el pequeño recoveco de la sala que siempre había utilizado como lugar de trabajo en aquella casa. El ordenador estaba conectado, pero él miraba el lago a través de la ventana. Había dos motoras, que trazaban anchos surcos blancos en el agua azul. Al principio pensó que se trataba de pescadores, pero nunca disminuían la velocidad. Se limitaban a avanzar, retroceder y cruzarse describiendo amplias curvas. "Jóvenes —se dijo—. Son jóvenes jugando."

No hacían nada interesante, pero, al fin y al cabo, él tampoco.

Desde que dejara a Amy, no había escrito una palabra que valiera la pena. Todos los días, de nueve a once, se sentaba frente al ordenador, como había hecho todos los días durante los tres últimos años (durante los mil años anteriores había pasado aquellas dos horas frente a un viejo modelo de la Royal), pero a juzgar por lo que salía de allí, hubiera podido cambiar tranquilamente el ordenador por una motora e irse con los muchachos al lago.

Hoy, durante esas dos horas, había escrito las siguientes líneas de prosa insustancial:

*Cuatro días después de haber confirmado con satisfacción que su esposa lo  
engañaba, George se enfrentó a ella.*

—*Abby, tengo que hablar contigo* —dijo.

No era bueno.

Demasiado parecido a la vida real como para ser bueno.

Cuando se trataba de la vida real, nunca había sido tan tajante.

Tal vez eso fuera parte del problema.

Apagó el ordenador y, un segundo después de haberlo hecho, advirtió que había olvidado archivar el documento. Bueno, estaba bien. Tal vez el crítico que dormía en su inconsciente le había dicho que no merecía la pena guardarlo.

Al parecer, la señora Gavin había terminado su trabajo arriba, finalmente había cesado el ronroneo de la Electrolux. Venía a limpiar todos los martes, y hacía dos martes había quedado reducida a un silencio muy poco característico cuando Mort le comunicó que Amy y él se habían separado. Sospechaba que a ella le gustaba Amy mucho más que él, pero a pesar de todo siguió yendo y Mort supuso que eso ya era algo.

Se levantó y fue al salón en el momento en que la señora Gavin bajaba la escalera. Llevaba la aspiradora cogida por la manga y arrastraba tras de sí el pequeño mecanismo tubular. La máquina descendía de peldaño en peldaño como un perrito mecánico. "Si yo intentara bajar así la aspiradora, se me incrustaría en un tobillo y después caería rodando hasta abajo —pensó Mort—. Me pregunto cómo lo hace. ¿Será otro secreto del oficio? Seguramente sí".

—Hola, ¿qué tal, señora Gavin? —dijo, cruzando la sala en dirección a la puerta de la cocina. Quería tomar una Coca-Cola. Escribir mierda siempre le daba sed.

—Hola, señor Rainey.

Había intentado que lo llamara Mort, pero se negaba. Ni siquiera había aceptado llamarlo Morton. La señora Gavin era una mujer de principios, pero esos principios nunca le habían impedido llamar Amy a su mujer.

"Tal vez debería decirle que pesqué a Amy en la cama con otro hombre en uno de los mejores moteles de Derry —pensó Mort mientras empujaba la puerta batiente—. En el peor de los casos, a lo mejor volvía a llamarla señora Rainey."

Era una idea fea y mezquina, el tipo de idea causante, según sospechaba, de sus problemas con la escritura; pero, al parecer, no podía evitarlo. Tal vez también desaparecería con el tiempo, como las pesadillas. Por alguna razón, aquello le hizo recordar una pegatina que había visto una vez en la parte trasera de un viejo VW:

"Estreñido - No puede pasar."

Mientras la puerta de la cocina volvía a cerrarse, la señora Gavin dijo:

—Señor Rainey, encontré uno de sus cuentos dentro de la basura. Pensé que querría tenerlo, así que lo dejé sobre la barra.

—Vale —respondió Mort, sin la menor idea de a qué podía referirse. No tenía la costumbre de tirar al cubo de la basura manuscritos inservibles o borradores. Cuando producía una porquería (cosa que últimamente sucedía con excesiva frecuencia), se iba directamente al cielo de los datos en

el archivo circular que tenía a la derecha del ordenador. Ni siquiera por un minuto pensó en el hombre de cara arrugada y sombrero de cuáquero.

Abrió la puerta de la nevera, apartó dos bandejas de cenas rápidas llenas de restos innombrables, descubrió una botella de Pepsi y la abrió mientras cerraba la puerta de la nevera con la cadera. Al ir a tirar la chapa a la basura, vio el manuscrito encima de la barra. La página del título tenía manchas de algo que parecía zumo de naranja, pero, por lo demás, estaba en buen estado. Entonces recordó. Claro, John Shooter. Socio fundador de Locos Frustrados, sucursal Mississippi.

Tomó un trago de Pepsi y cogió el manuscrito. Puso al final la página del título y, en lo alto de la primera página, vio lo siguiente:

*John Shooter  
Lista de correos  
Dellacourt, Mississippi*

*30 páginas  
Aproximadamente 7.500 palabras  
En venta derechos de serie, Norteamérica*

*VENTANA SECRETA, SECRETO JARDÍN  
John Shooter*

El texto estaba mecanografiado en papel de calidad, pero la máquina era un caso desesperado. A juzgar por los resultados, un viejo modelo de oficina en pésimo estado de mantenimiento.

La mayoría de las letras estaban tan torcidas como los dientes de un viejo. Leyó la primera frase, después la segunda y la tercera, y durante unos segundos perdió la capacidad de pensar con claridad.

*Todd Downey pensaba que una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era en realidad todo lo que tenías, no era una mujer que mereciera la pena.*

*En consecuencia, decidió matarla. Lo haría en aquel rincón profundo donde se unían la casa y el granero, formando un pronunciado ángulo. Lo haría en el lugar donde su esposa tenía el jardín.*

—¡Mierda! —exclamó Mort, dejando el manuscrito. Al hacerlo, empujó la botella de Pepsi con el brazo. La botella se volcó, y el líquido espumoso y burbujeante recorrió la barra y se deslizó por las puertas de los armarios—. ¡Oh, mierda! —repitió, gritando.

La señora Gavin entró a toda prisa, estudió la situación y dijo:

—¡Bah! No es nada. Por el ruido, pensé que se había cortado el cuello. Apártese un poco, ¿quiere, señor Rainey?

Él obedeció. Lo primero que hizo ella fue coger el montón de papeles y ponérselo en la mano. Seguía intacto; el líquido se había derramado hacia el otro lado. Alguna vez había sido un hombre con sentido del humor —en todo caso, él lo creía así—, pero al mirar el pequeño montón de papeles que tenía en la mano, todo lo que pudo conseguir fue un amargo sentimiento de ironía. "Es como el gato de la canción infantil —pensó—. Ese que siempre volvía."

—Si está tratando de ahogar eso —dijo la señora Gavin, señalando el manuscrito con la cabeza mientras sacaba una bayeta de debajo del fregadero—, va por buen camino.

—No es mío —contestó Mort.

Resultaba gracioso, ¿no? Ayer, cuando estuvo a punto de coger el manuscrito que le tendía el tipo, había pensado en la capacidad de adaptación de ese animal que es el hombre. Aparentemente, esa urgencia por adaptarse irradiaba en todas direcciones, porque lo primero que sintió al leer aquellas frases fue culpa.

¿Y no era precisamente eso lo que pretendía Shooter, si es que ése era su nombre? Por supuesto que sí. "Usted me robó la historia", había dicho. ¿Y acaso no era culpa lo que se suponía que debían sentir los ladrones?

—Con permiso, señor Rainey —dijo la señora Gavin, mostrándole la bayeta.

Él se apartó para dejarla limpiar.

—No es mío —repitió, o más bien insistió.

—¡Ah! —exclamó ella, mientras limpiaba la mancha. Luego se acercó al fregadero para escurrir la bayeta—. Pensé que sí.

—Pone John Shooter, ¿ve? —dijo Mort, colocando la página del título en su lugar y mostrándosela.

La señora Gavin dedicó a la página la mirada más breve que permite la cortesía y empezó a limpiar las puertas de los armarios.

—Pensé que era uno de esos..., ¿cómo se llaman? —preguntó—. Pseudonombres..., o nimos. Eso que a veces utilizan los escritores.

—No utilizo ninguno —respondió Mort—. Nunca lo he hecho.

Esta vez, la señora Gavin le dedicó a él una mirada breve —una mirada ligeramente divertida de astucia campesina—, antes de arrodillarse para limpiar el charco de Pepsi que había en el suelo.

—Supongo que no me lo diría si lo hiciera —dijo.

—Lamento el accidente —se excusó Mort, mientras se dirigía hacia la puerta.

—Es mi trabajo —contestó ella lacónicamente.

La señora Gavin no volvió a levantar la mirada. Mort captó la insinuación y se fue.

Se quedó un momento de pie en la sala, mirando la aspiradora abandonada en el centro. En su cabeza sonó la voz del hombre de cara arrugada' diciendo pacientemente: "Esto es entre usted y yo".

"No necesitamos a nadie más, señor Rainey. Esto es estrictamente entre usted y yo."

Mort pensó en aquella cara, la reconstruyó cuidadosamente poniendo en funcionamiento su mente entrenada para recordar rostros y actos, y pensó: "No fue una aberración momentánea, ni una manera extravagante de conocer a un autor a quien puede o no considerar famoso. Regresará."

De pronto, se volvió hacia su estudio al tiempo que enrollaba el manuscrito.

#### 4

Tres de las cuatro paredes del estudio estaban cubiertas de librerías, y una de ellas había quedado reservada para las diversas ediciones de su obra, nacionales y extranjeras. Había publicado seis libros en total: cinco novelas y un libro de relatos. El libro de relatos y las dos primeras novelas habían recibido una buena acogida entre su familia y algunos amigos. La tercera novela, *El chico del organillero*, se había convertido de inmediato en un best-seller.

Después, se reeditaron los trabajos anteriores, que funcionaron bastante bien, aunque nunca alcanzaron la popularidad de sus libros posteriores.

El libro de relatos se llamaba *Todos tiran la moneda*, y la mayoría de ellos se habían publicado originalmente en revistas para hombres, rodeados de fotos de mujeres con mucho maquillaje en los ojos y poco más encima. Uno de los relatos había aparecido en el *Ellery Queen's Mystery Magazine* y se llamaba "*Tiempo de siembra*". Ese era el que ahora buscaba.

*Una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era todo lo que tenías, no era una buena mujer. Ésa era, al menos, la opinión de Tommy Havelock. Por eso decidí matarla. Sabía incluso en qué lugar lo haría, en qué lugar exacto: en el pequeño trozo de jardín que tenía ella en el ángulo formado por la casa y el granero al juntarse.*

Mort se sentó y comenzó a leer con detenimiento ambas narraciones, hacia atrás y hacia delante. Cuando llegó a la mitad, comprendió que en realidad no era necesario seguir. En algunos lugares variaban las palabras; en otros hasta las palabras eran las mismas, una por una. Prescindiendo de ese detalle, eran exactamente iguales. En ambos, un hombre mataba a su mujer. En ambos, la esposa era una puta fría e indiferente a quien sólo le interesaban su jardín y sus conservas.

En ambos, el asesino enterraba a su cónyuge en el jardín y después lo cuidaba, logrando una cosecha verdaderamente espectacular. En la versión de Morton Rainey, la cosecha era de guisantes. En la de Shooter, de maíz. En ambas versiones, el asesino terminaba por volverse loco, y la policía lo encontraba ingiriendo increíbles cantidades de las cosechas en cuestión y jurando que se libraría de ella, que al final acabaría librándose de ella.

Mort nunca se había considerado un gran escritor de relatos de horror; de hecho, en "*Tiempo de siembra*" no había nada sobrenatural, pero de todos modos resultaba más bien escalofriante. Amy, al terminar de leerlo con un pequeño estremecimiento, había dicho "Supongo que es bueno, pero el cerebro de ese hombre... ¡Dios mío, es una caja de gusanos!"

Eso había resumido bastante bien sus propios sentimientos. El paisaje de "*Tiempos de siembra*" no era de aquellos que le interesaba frecuentar, y no era ningún "Corazón revelador", pero pensaba que había hecho un buen trabajo en la descripción del quebranto homicida de Tom Havelock. El editor del *Ellery Queen* se había mostrado de acuerdo con él, y también los lectores; pues se recibieron cartas muy elogiosas. El editor le había pedido más, pero Mort nunca había aparecido con otro relato ni remotamente parecido a "*Tiempo de siembra*".

*—Sé que puedo hacerlo —dijo Todd Downey, cogiendo otra panocha de maíz de la olla hirviendo—. Estoy seguro de que, con el tiempo, ella acabará por desaparecer.*

Ése era el final de Shooter.

*—Estoy convencido de que puedo ocuparme de este asunto —les dijo Tom Havelock, mientras se servía otra ración de guisantes del cazo rebosante, hirviente—. Estoy seguro de que, con el tiempo, su muerte será un misterio hasta para mí.*

Así era como terminaba el cuento de Mort Rainey.

Mort cerró su ejemplar de "*Todos tiran la moneda*" y, pensativo, volvió a colocarlo en el estante de las primeras ediciones.

Se sentó y empezó a revolver lenta y exhaustivamente los cajones de su escritorio. Era un mueble grande, tanto que los tipos de la mudanza se habían visto obligados a entrarlo desmontado, y tenía un montón de cajones. El escritorio era de su exclusivo dominio; ni Amy ni la señora Gavin le habían puesto jamás la mano encima, y los cajones estaban llenos de papeles acumulados durante diez años. Hacía cuatro que Mort había dejado de fumar, y si quedaban cigarrillos en la casa, sería seguramente allí. Si encontraba alguno, fumaría. En ese momento, estaba loco por un cigarrillo. Si no encontraba ninguno, daba lo mismo; revisar toda aquella basura resultaba relajante. Viejas cartas que había apartado para contestar y no había contestado nunca; aquello que en su momento parecía importante y ahora se veía antiguo, incluso prehistórico; postales que había comprado y no había enviado nunca; fragmentos de manuscritos en diversos estados de elaboración; media bolsa de Doritos viejísimos, sobres, recortes, cheques anulados... Percibía allí capas casi geológicas, capas de verano congeladas en su sitio. Y resultaba relajante. Terminó con un cajón y pasó al siguiente, sin dejar de pensar en John Shooter y en cómo le hacía sentirse la historia de John Shooter. ¡La suya, mierda!

Por supuesto, lo más evidente era que le producía la sensación de necesitar un cigarrillo. No era la primera vez que se sentía así en los últimos cuatro años; había habido momentos en que sólo ver a alguien fumando tras el volante de un coche contiguo al suyo, detenido en un semáforo, podía desatar un ansia furiosa y momentánea de tabaco. Pero, naturalmente, en ese caso la palabra clave era "momentánea". Aquellos sentimientos pasaban pronto, como furiosos chaparrones. Cinco minutos después de caer una espesa cortina de agua, vuelve a brillar el sol. Nunca había sentido la necesidad de entrar en la tienda más próxima para comprar tabaco, ni de revolver en la guantera en busca de uno o dos cigarrillos sueltos, como hacía ahora en su escritorio.

Se sentía culpable, y eso era absurdo. Irritante. No había robado el relato de John Shooter y lo sabía. Si se había producido un robo (cosa hartamente evidente, porque a Morton le resultaba imposible creer que dos relatos pudieran ser tan semejantes sin el conocimiento previo de uno de los dos escritores), el ladrón era Shooter.

Claro.

Lo veía tan claro como su propia nariz, como el redondo sombrero negro en la cabeza de John Shooter.

Y sin embargo se sentía alterado, intranquilo, culpable. Se sentía perdido de una manera para la cual tal vez no hubiese palabra.

¿Alguna razón? Bueno, porque...

En ese momento, Mort levantó una fotocopia del manuscrito de *El chico del organillero* y encontró un paquete de cigarrillos L&M. ¿Es que seguían fabricando L&M? No lo sabía. El paquete era viejo y estaba arrugado, pero no vacío. Lo sacó y lo miró.

Pensó que lo debía de haber comprado en 1985, basándose en la ciencia informal de estratificación que podía llamarse, a falta de una palabra mejor, Escritorología. Al fin y al cabo, *El chico del organillero* se había publicado en enero de 1986 y la fotocopia estaba encima del paquete de L&M.

Miró dentro del paquete. Vio tres diminutos clavos de ataúd, todos en fila.

"Viajeros en el tiempo de otra era", pensó Mort. Se metió un cigarrillo en la boca y fue a la cocina en busca de una cerilla de la caja que había junto al fogón. "Viajeros en el tiempo de otra era, cabalgando a través de los años, pacientes viajeros cilíndricos con la misión de esperar, perseverar, atender a la llegada del momento apropiado para ponerme en el camino del cáncer de pulmón. Y al parecer el momento ha llegado."

—Probablemente sabrá a mierda —dijo en voz alta a la casa vacía, pues hacía mucho que la señora Gavin se había ido.

Encendió el cigarrillo, pero no sabía a mierda. Tenía un gusto muy bueno. Regresó hacia el estudio, fumando y sintiéndose agradablemente mareado. "¡Ah! La espantosa y paciente persistencia de la adicción", pensó. ¿Qué había dicho Hemingway? Este agosto no, este septiembre tampoco, este año debes hacer lo que quieras.

Pero el momento llega. Siempre lo hace. Más tarde o más temprano vuelves a meterte algo en tu vieja boca. Un trago, un cigarrillo, quizás el cañón de la escopeta. Este agosto no, este septiembre...

Por desgracia, estaba en octubre.

Un momento antes, mientras revisaba el escritorio, había encontrado un viejo bote de cristal medio lleno de cacahuetes. Dudaba mucho de que se pudieran comer, pero la tapa del bote servía de maravilla como cenicero. Se sentó ante su escritorio, miró el lago (las barcas que viera antes habían desaparecido, igual que la señora Gavin), disfrutó de su hábito antiguo y malsano, y descubrió que podía pensar con un poco más de ecuanimidad en John Shooter y su relato.

Por supuesto, el tipo pertenecía a la tribu de los Locos Frustrados. Si necesitaba alguna prueba, ya la tenía. En cuanto a cómo le hacía sentirse el descubrimiento de que la semejanza era real...

Bueno, un relato era una cosa, una cosa real. En todo caso, uno podía considerarlo así, sobre todo si alguien te había pagado por él. Pero, en otro sentido más importante, no era en absoluto una cosa. No era como un florero, una silla o un coche. Era tinta sobre papel, pero no era ni tinta ni papel. A veces la gente le preguntaba de dónde sacaba sus ideas, y aunque él se burlaba de la pregunta, siempre lo hacía sentirse vagamente avergonzado, espurio. Al parecer, creían que en alguna parte había un Depósito Central de Ideas (de la misma forma que se suponía que en alguna parte había un cementerio de elefantes, y en otra una fabulosa ciudad perdida de oro), y que él debía tener un mapa secreto que le permitía ir y volver. Pero él sabía. Podía recordar dónde estaba cuando se le ocurrieron ciertas ideas y sabía que, con frecuencia, la idea era el resultado de ver o percibir alguna conexión extraña entre objetos, sucesos o gente que antes no parecía tener ninguna. No podía expresarlo mejor. En cuanto a por qué veía dichas conexiones o sentía el impulso de escribir relatos después de haberlas visto, no tenía ni la menor idea.

Si John Shooter hubiera golpeado a su puerta diciendo "Me robó mi coche", en lugar de "Me robó mi historia", Mort habría rechazado la idea rápidamente y con decisión. Habría podido hacerlo aunque los coches en cuestión hubieran sido del mismo año, marca, modelo y color. Le habría mostrado al hombre del sombrero redondo el registro de su coche, invitándole a comparar el número del papel rosado con el que había en la puerta de su casa y lo habría mandado a paseo.

Sin embargo, cuando uno tiene una idea para un relato, nadie le entrega una factura de compra. No se podía rastrear el origen.

¿Por que tendría que poderse? Nadie te daba una factura cuando conseguías algo gratis. Tú le cobrabas a quien quisiera comprártela: revistas, periódicos, editores, compañías cinematográficas ¡Oh, claro que sí! Les cobrabas todo lo posible y, si podías, un poco más también, para compensar todas las veces que los bastardos te regateaban el precio. Pero el artículo llegaba a tus manos gratis, limpio y sin hipotecas. Ésa era la razón.

Por eso se sentía culpable aun cuando sabía que no había plagiado la historia del granjero John Shooter. Se sentía culpable porque escribir relatos siempre le había parecido un poco como robar, y probablemente siempre se lo parecería. John Shooter era simplemente la primera persona que aparecía en el umbral de su puerta y lo acusaba de ello en voz alta. Pensó que, inconscientemente, hacía años que esperaba algo así.

Mort aplastó el cigarrillo y decidió echarse a dormir una siesta. Después pensó que no era una buena idea. Sería mejor, más sano, tanto mental como físicamente, comer algo, leer una media hora y después dar un agradable paseo junto al lago. Estaba durmiendo demasiado, y dormir demasiado era un buen síntoma de depresión. A mitad de camino de la cocina, se desvió hacia el gran diván modular que había en la sala, contra la pared de la ventana. "Al demonio con todo —pensó poniéndose una almohada bajo la nuca y otra bajo la cabeza—. Estoy deprimido."

Su último pensamiento antes de dormirse fue una repetición. "Ese tipo todavía no ha terminado conmigo. No, todavía no. Regresará."

## 5

Soñó que estaba perdido en un inmenso campo de maíz y que caminaba tropezando constantemente. El sol reverberaba en los doce relojes que llevaba repartidos entre los dos antebrazos, y cada reloj marcaba una hora diferente.

"¡Por favor, ayúdenme! —gritaba—. ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Estoy perdido y tengo miedo!"

Delante de él, el maíz se agitaba y susurraba. Entonces, Amy aparecía por un lado y John Shooter por el otro. Ambos iban armados con un cuchillo.

"Estoy convencido de que puedo ocuparme de este asunto —dijo Shooter mientras Amy y él avanzaban sobre Mort con los cuchillos en alto—. Estoy seguro de que, con el tiempo, su muerte será un misterio hasta para nosotros."

Mort se volvió para huir, pero una mano —la de Amy, estaba seguro— lo asió por el cinturón y le obligó a retroceder. Entonces, los cuchillos, centelleando bajo el caliente sol de aquel inmenso jardín secreto...

## 6

Lo que le despertó una hora y cuarto más tarde fue el teléfono.

Luchó por salir de un sueño terrible (alguien lo perseguía, eso era todo cuanto recordaba claramente) y sentarse en el diván. Tenía un calor horrible; cada centímetro de su cuerpo parecía estar cubierto de sudor. El sol había entrado por ese lado de la casa mientras dormía y le había dado de lleno a través de la ventana durante Dios sabe cuánto tiempo. Mort se dirigió lentamente hacia la mesilla del teléfono, en el recibidor, andando como un hombre con traje de buzo que avanza en contra de la corriente por el lecho de un río, con la cabeza latiéndole sordamente y un gusto de gofio viejo y muerto en la boca. A cada paso que daba hacia delante, el recibidor parecía retirarse un paso más y a Mort se le ocurrió, no por primera vez, que probablemente el infierno fuera semejante a la manera como te sentías al despertar de un sueño largo y profundo en una tarde calurosa. Lo peor no era el malestar físico. Lo peor era aquella sensación angustiosa, desorientada, de estar en cierto modo fuera de ti mismo, como si fueras un observador mirando a través de cámaras duales de televisión con lentes borrosas.

Cogió el teléfono, pensando que sería Shooter.

"Sí, será él, por supuesto. La única persona en el mundo con la que no debería hablar con la guardia baja y la mitad del cerebro desenganchado de la otra mitad. Claro que será él, ¿quién si no?"

—¿Diga?

No era Shooter, pero, mientras escuchaba la voz procedente del otro lado de la línea contestando a su saludo, descubrió que había por lo menos otra persona con la cual no debía hablar mientras estaba en situación de vulnerabilidad psíquica.

—Hola, Mort —dijo Amy—. ¿Estás bien?

## 7

Aquel mismo día, más tarde, Mort se puso la camisa de franela roja extralarga que utilizaba como chaqueta a comienzos del otoño y dio el paseo que hubiera debido dar antes. Bump, el gato, lo siguió el tiempo suficiente como para asegurarse de que Mort iba en serio. Después regresó a casa.

Mort caminó lenta y voluntariosamente, sumergido en la atmósfera de una tarde exquisita que parecía ser toda ella cielo azul hojas rojas y aire dorado. Caminó con las manos hundidas en los bolsillos, procurando no impedir que el sereno influjo del lago atravesara su piel y lo calmara, como siempre había hecho antes. Suponía que esa era la razón por la cual había venido, en lugar de quedarse en Nueva York, como esperaba Amy, mientras se dirigían concienzudamente hacia el divorcio. Había venido porque era un lugar mágico, sobre todo en otoño, y al llegar sintió que si había en el planeta un bulto triste que necesitaba un poco de magia, ese era él. Y si aquella vieja magia le fallaba, ahora que su escritura se había vuelto tan rancia, no sabía qué iba a hacer.

Resultó que no necesitaba preocuparse por ello. Al cabo de un rato, el silencio y aquella extraña atmósfera de espera que siempre poseía el lago Tashmore cuando finalmente llegaba el otoño y los veraneantes se habían ido, empezaron a influir en él, ayudándolo a relajarse como lo habrían hecho

unas manos gentiles. Sin embargo, ahora tenía algo más en qué pensar, aparte de John Shooter: Amy. Sonaba casi como si quisiera que regresase.

—Por supuesto que estoy bien —había dicho, hablando en el tono de un borracho que quiere convencer a la gente de que está sobrio. En realidad, seguía tan aturdido que se sentía borracho.

Las palabras le llenaban la boca como si fueran troncos de piedra blanda. Había continuado abriéndose paso, con gran cautela, a través de las formalidades iniciales y los gámbitos de la conversación telefónica como si lo hiciera por primera vez—. ¿Y cómo estás tú?

—¡Oh! Muy bien, muy bien —contestó ella, dejando escapar aquella risilla que habitualmente quería decir que estaba flirteando o terriblemente nerviosa. Mort dudaba de que estuviera flirteando con él a esas alturas, y comprender que ella también estaba nerviosa contribuyó a tranquilizarlo un poco—. Se me ocurrió que estando ahí solo, podría pasarte cualquier cosa y nadie se enteraría.

—En realidad no estoy solo —dijo tranquilamente—. Hoy estuvo aquí la señora Gavin y ayer vino Greg Carstairs a mirar el tejado.

—¡Ah! Lo había olvidado —exclamó Amy.

Por un momento, a él le sorprendió lo natural que sonaba la conversación. "Escuchándonos —pensó—, nadie pensaría que en mi cama se acuesta un miserable agente de la propiedad inmobiliaria, o, al menos, en lo que solía ser mi cama." Esperó que regresara la ira—la ira dolorosa, celosa, traicionada—, pero allí donde había estado aquel sentimiento intenso aunque desagradable, sólo se movió un fantasma.

—Bueno, Greg no lo olvidó —afirmó Mort—. Vino alrededor de las cuatro y media, y estuvo andando a gatas por el tejado durante casi dos horas.

—¿Está muy mal?

Se lo explicó, y durante los cinco minutos siguientes continuaron hablando del tejado, mientras Mort iba despertando lentamente; hablaron de los tejados viejos como si las cosas fueran como siempre habían sido, como si fueran a pasar el verano siguiente juntos bajo las nuevas chapas de cedro, de la misma manera en que habían pasado los nueve veranos anteriores bajo las antiguas. "Que me den un tejado y algunas vigas, y hablaré para siempre con esta bruja", pensó Mort.

Mientras se escuchaba manteniendo su parte de la conversación, empezó a sentir una sensación de irrealidad cada vez mayor.

Se sentía como si estuviera retornando al estado de zombi —medio despierto, medio dormido— en el que se encontraba sumido al descolgar el teléfono. Llegó un momento en que no pudo soportarlo más. Si se trataba de un concurso para ver quién aguantaba más fingiendo que los últimos seis meses no habían existido, estaba dispuesto a ceder. Más que dispuesto.

Ella estaba preguntando dónde conseguiría Greg las vigas de cedro y si contrataría gente del pueblo, cuando Mort la interrumpió.

—¿Por qué has llamado, Amy?

Hubo un momento de silencio, durante el cual Mort percibió que Amy pensaba y descartaba respuestas como si se estuviera probando sombreros, y eso sí que provocó el regreso de la ira. Era una de esas cosas —en realidad, una de las pocas— que podía afirmar honestamente que detestaba de ella. Aquella duplicidad totalmente inconsciente.

—Ya te lo dije —respondió por fin Amy—, para saber si estabas bien.—Su voz sonaba otra vez agitada e insegura, lo que por lo general significaba que decía la verdad. Cuando Amy mentía siempre sonaba como si estuviera afirmando que la tierra es redonda—. Tenía uno de mis presentimientos... Sé que no crees en ellos, pero no debes de haber olvidado que los tengo y que yo creo en ellos, ¿no es así, Mort?

La cuestión era que no había en ella nada de su habitual cólera ofensiva o defensiva. Sonaba casi como si estuviera rogándole algo.

—Sí, lo sé.

—Bueno, pues tuve uno. Estaba preparándome un bocadillo para almorzar y tuve la sensación de que tú..., en fin, de que podías no estar bien. Me aguanté un rato, pensando que se me pasaría, pero no fue así. Así que me decidí a llamar. Estás bien, ¿no?

—Sí.

—¿Y no ha sucedido nada?

—Bueno, algo sucedió —dijo Mort, tras un instante de debate interno. Pensaba que era posible, incluso probable, que John Shooter ("si ése es su nombre", insistía en agregar su cerebro) hubiera tratado de encontrarlo en Derry antes de ir allí. Al fin y al cabo, Derry era el lugar donde solía estar en esa época del año. Tal vez Amy lo hubiera enviado a Tashmore.

—Lo sabía —afirmó Amy—. ¿Te lastimaste con esa maldita sierra, o...?

—Nada que requiera hospitalización —respondió Mort, sonriendo un poco—. Sólo un contratiempo. ¿Te dice algo el nombre de John Shooter, Amy?

—No, ¿por qué?

Mort dejó escapar un débil suspiro irritado. Amy era una mujer brillante, pero siempre había tenido una especie de cortocircuito entre el cerebro y la boca. Recordaba que una vez había dicho que debería tener una camiseta con la leyenda: "Habla primero, piensa después."

—No digas que no sin pensar. Tómame unos segundos para reflexionar con calma. El tipo es bastante alto, debe de medir uno ochenta aproximadamente, tendrá unos cuarenta y cinco años. Por las facciones parece más viejo, pero se mueve como un hombre en torno a la cuarentena. Su cara es de campesino: buen color y muchas arrugas del sol. Cuando lo vi, pensé que parecía un personaje de Faulk...

—¿De qué se trata, Mort?

En ese momento sus sentimientos afloraron de nuevo y comprendió por qué, pese a su dolor y confusión, había rechazado los impulsos que sentía —sobre todo de noche— de preguntarle si al menos no podían intentar limar sus diferencias. Supuso que sabía que si lo pedía con la insistencia suficiente, ella hubiera aceptado.

Pero los hechos eran los hechos: en su matrimonio había habido muchas más cosas malas aparte del agente de la propiedad de Amy.

Ahora había aparecido aquella cualidad taladrante de su voz; era otro síntoma de lo que los había destrozado. Lo que decía por debajo de las palabras era: ¿Y ahora qué has hecho? Pero no era una

simple pregunta, sino la exigencia de una explicación: ¿En qué clase de lío te has metido? Explícate.

Cerró los ojos y, antes de contestar, volvió a dejar escapar el aire por entre los dientes apretados. Después le habló de John Shooter, de su manuscrito y de su relato. Amy recordaba con toda claridad "Tiempo de siembra", pero afirmó no haber oído nunca hablar de un hombre llamado John Shooter. No era el tipo de nombre que se olvida, según dijo, y en eso Mort se inclinaba a darle la razón. Y, desde luego, tampoco lo había visto.

—¿Estás segura? —insistió Mort.

—Claro que sí —contestó Amy. Sonaba como si la insistencia de Mort le provocara cierto resentimiento—. Desde que te fuiste, no he visto a nadie de esas características. Y, antes de que me digas que no hable sin pensar, déjame asegurarte que tengo un recuerdo muy claro de lo que ha sucedido desde entonces.

Amy hizo una pausa, y él advirtió que ahora le costaba un gran esfuerzo hablar, que posiblemente sentía verdadero dolor.

Una mínima y mezquina parte de él se regocijó. La mayor parte no; la mayor parte de él se sentía disgustada al descubrir que había otra, por pequeña que fuera, a la que esto le hacía feliz. No obstante, ello no ejerció efecto alguno sobre su mecanismo interior.

El Mort mezquino podía perder, pero también parecía impermeable a los intentos del Mort más grande por eliminarlo.

—Tal vez lo haya visto Ted —dijo Mort.

Ted Milner era el agente de la propiedad inmobiliaria. Todavía le resultaba difícil creer que ella lo hubiera dejado por un agente de la propiedad inmobiliaria, y suponía que eso era parte del problema, la vanidad que había permitido que las cosas llegaran a ese punto.

Desde luego no iba a afirmar, sobre todo no ante sí mismo, que había sido tan inocente como un corderito.

—¿Se supone que eso es gracioso?

Amy parecía enfadada, avergonzada, apenada y desafiante al mismo tiempo.

—No —contestó. Empezaba a sentirse cansado otra vez.

—Ted no está aquí —dijo ella—. Ted rara vez viene aquí. Yo... yo voy a su casa.

"Gracias por hacerme esa confianza, Amy", estuvo a punto de decir, pero se contuvo. Sería estupendo terminar por lo menos una conversación sin una tormenta de acusaciones. De modo que no le agradeció la confianza, ni tampoco dijo: "Eso cambiará."

Y, sobre todo, no preguntó: "¿Qué demonios te pasa, Amy?"

Más que nada, porque entonces ella hubiera podido preguntarle lo mismo.

Amy le había sugerido que llamara a Dave Newsome, el policía de Tashmore. Al fin y al cabo, el tipo podía ser peligroso. Mort contestó que no creía que fuera necesario, al menos todavía no, pero que si John Shooter regresaba, probablemente le haría una llamada a Dave. Después de intercambiar algunos comentarios afilados, colgaron.

Él sabía que a Amy le había molestado su oblicua sugerencia de que Ted podía estar en ese mismo momento sentado en la silla del oso Morty o durmiendo en la cama del oso Morty, pero francamente no sabía cómo hubiera podido evitar mencionar a Ted Milner antes o después. En definitiva, el hombre había pasado a formar parte de la vida de Amy. Y además, ella lo había llamado a él. Había tenido uno de esos grandiosos presentimientos y lo había llamado.

Mort llegó al lugar donde el camino del lago se bifurcaba. El sendero de la derecha ascendía la pronunciada pendiente por donde se regresaba a Lake Drive. Cogió ese sendero, caminando lentamente y saboreando el color del otoño. Al llegar a la última curva, desde donde veía la cinta estrecha del asfalto, no se sintió sorprendido al distinguir la polvorienta furgoneta azul con matrícula de Mississippi aparcada allí, como un perro castigado y atado a un árbol, y la delgada figura de John Shooter apoyada contra el parachoques derecho, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mort esperó que su ritmo cardíaco se acelerara, que la adrenalina corriera por su cuerpo, pero su corazón mantuvo el ritmo normal y sus glándulas conservaron la compostura, lo que, al menos por el momento, significaba que se quedaron quietas.

El sol, que se había ocultado tras una nube, volvió a salir, y los colores otoñales, que ya eran brillantes antes, parecieron ahora encenderse. Reapareció su propia sombra, oscura, larga y nítida. El sombrero negro de Shooter parecía más negro, su camisa azul, más azul, y el aire era tan claro que el hombre parecía recortado de una porción de realidad más brillante y vital que la que Mort veía habitualmente. Entonces comprendió que sus razones para no llamar a Dave Newsome eran erróneas, que había estado equivocado o bien había perpetrado un pequeño engaño, tanto para sí mismo como para Amy. La verdad era que quería manejar este asunto personalmente. "Tal vez sólo para demostrarme que hay cosas que todavía puedo manejar", pensó. A continuación, retomó el ascenso de la colina hacia donde John Shooter esperaba apoyado contra su coche.

## 9

El paseo por el camino del lago había sido largo y lento. Su mente no sólo había estado ocupada recordando la llamada de Amy mientras el caminaba por encima o en torno a árboles caídos, o se detenía para arrojar una piedra chata al agua (cuando era niño, había logrado que una realmente buena —de esas que llamaba "chatitas"— saltara hasta nueve veces, pero hoy su mejor marca había sido cuatro). También había pensado en la manera de enfrentarse con Shooter cuando éste regresara, si es que lo hacía.

Era cierto que había sentido cierta culpa pasajera —o quizá no tan pasajera— al ver hasta qué punto se asemejaban ambos relatos. Sin embargo, ese problema ya lo había resuelto; no era más que la culpa difusa que sentían de vez en cuando todos los escritores de ficción. En cuanto al propio Shooter, los únicos sentimientos que le provocaba eran fastidio, cólera y una especie de alivio. Estaba lleno de una ira sin objeto; lo había estado durante meses. Resultaba reconfortante contar por fin con alguien a quien atribuirle ese sentimiento podrido y maloliente.

Mort conocía aquel viejo dicho que afirma que si cuatrocientos monos golpean sin interrupción cuatrocientas máquinas de escribir durante cuatro millones de años, uno de ellos terminará por producir las obras completas de Shakespeare. Él lo creía. Aun admitiendo que fuera verdad, John Shooter no era un mono y, por arrugada que tuviera la cara, tampoco era tan viejo.

De modo que Shooter había copiado su relato. La razón por la que había elegido "Tiempo de siembra" era algo que estaba más allá de su capacidad de conjetura; pero sabía que eso era lo que había sucedido por dos motivos: porque había descartado la coincidencia y porque sabía perfectamente que, si bien él podía haber robado esa historia, como todas las demás, del Gran Banco de Ideas del Universo, no se la había robado al señor John Shooter del Gran Estado de Mississippi.

Pero ¿de dónde la había copiado Shooter? En opinión de Mort, ésta era la cuestión más importante; en la respuesta podía estar su oportunidad de exponer a Shooter como falsario y estafador.

No había más que dos respuestas posibles, porque "Tiempo de siembra" sólo se había publicado dos veces: primero en el *Ellery Queen's Mystery Magazine* y después en su libro *Todos tiran la moneda*. Por lo general, las fechas de publicación de los relatos aparecen en la página del copyright, al principio del libro, y es lo que se había hecho en *Todos tiran la moneda*. Mort había mirado la correspondiente a "Tiempo de siembra", y había descubierto que la publicación original en el Ellery correspondía al número de junio de 1980. La antología *Todos tiran la moneda* había sido publicada por St. Martin's Press en 1983. Desde entonces se había reeditado varias veces —todas, menos una, en ediciones de bolsillo—, pero eso no importaba. El material con el que tenía que trabajar eran esas dos fechas, 1980 y 1983, basándose en su esperanzada creencia de que, aparte de los agentes y los abogados de las editoriales, nadie prestaba mucha atención a aquellas líneas en cuerpo pequeño de la página de copyright.

Confiado en que tal fuera el caso de John Shooter, y en que éste simplemente diera por sentado —como lo hacía la mayor parte de los lectores— que un relato que él leía por primera vez en una antología no tenía existencia previa, Mort se acercó al hombre hasta quedar situado frente a él al borde de la carretera.

## 10

—Supongo que a estas alturas ya habrá podido leer mi relato —dijo Shooter. Hablaba con la misma indiferencia que si estuviera haciendo comentarios superficiales acerca del tiempo.

—Sí.

Shooter asintió con gravedad.

—Imagino que le hizo recordar algo, ¿no?

—Claro que sí —aceptó Mort, y con estudiada negligencia preguntó—: ¿Cuándo lo escribió?

—Pensé que lo preguntaría —dijo Shooter. Esbozó una tímida sonrisa secreta, pero no dijo nada más. Sus brazos permanecían cruzados sobre el pecho, con las manos apoyadas a los lados, justo bajo las axilas. Daba la impresión de que se sentiría contentísimo si se quedara para siempre donde

estaba, o por lo menos hasta que el sol se hundiera detrás del horizonte y dejara de calentarle la cara.

—Claro —dijo serenamente Mort—. Tengo que hacerlo, ¿sabe? Si dos tipos aparecen con el mismo relato, la cosa es seria.

—Muy seria —aceptó Shooter en tono meditabundo

—Y la única manera de resolver una cosa así —continuó Mort—, de decidir quién copió a quién, es descubrir quién fue el primero en escribir las palabras. —Contempló los difusos ojos azules de Shooter con los suyos, secos e imparciales. En las cercanías, un pájaro pió pomposamente en una masa arbolada, y después calló—. ¿No le parece?

—Supongo que sí —aceptó Shooter—. Supongo que es la razón por la cual he venido desde Mississippi.

Mort escuchó el ronroneo de un vehículo que se aproximaba.

Ambos se volvieron en la dirección del sonido y vieron aparecer por encima de la colina más cercana el Scout de Tom Greenleaf arrastrando tras de sí un pequeño ciclón de hojas caídas. Tom, un sano y robusto nativo de Tashmore de setenta y pico años, era el encargado de la mayor parte de las casas de ese lado del lago que no controlaba Greg Carstairs. Al pasar, Tom saludó levantando la mano. Mort le respondió. Shooter sacó una mano y levantó un dedo en un gesto amistoso que, de una manera oscura, hablaba de muchos años pasados en el campo, de la incontable e inmemorial cantidad de veces que había saludado de esa misma manera casual a los conductores de camiones, tractores, trilladoras y embaladoras. Después, cuando el Scout de Tom se perdió de vista, volvió a apoyar la mano sobre las costillas, de modo que sus brazos quedaron de nuevo cruzados.

Mientras las hojas crujían y descansaban otra vez en el camino, su mirada paciente, inalterable, casi eterna, volvió a posarse en el rostro de Mort Rainey.

—¿Qué estábamos diciendo? —preguntó casi con dulzura.

—Estábamos tratando de establecer la procedencia —respondió Mort—. Eso significa...

—Sé lo que significa —le respondió Shooter, dedicándole una mirada a la vez serena y moderadamente despreciativa—. Sé que llevo ropa de comemierda, que tengo un coche de comemierda y que provengo de una larga línea de comemierdas, lo cual tal vez me convierta en un comemierda, pero no necesariamente en un comemierda estúpido.

—No —aceptó Mort—, supongo que no. Pero ser listo no implica que sea necesariamente honesto. En realidad, creo que con frecuencia sucede al revés.

—Si no lo hubiera sabido, usted me lo habría dado a entender —dijo secamente Shooter.

Mort sintió que se ruborizaba. No le gustaba que se burlaran de él y rara vez le sucedía, pero Shooter acababa de hacerlo con la facilidad con que un tirador experimentado abate a un pichón.

Sus esperanzas de hacer caer a Shooter en una trampa disminuyeron. No hasta cero, pero casi. Listo y astuto no son lo mismo, pero ahora sospechaba que Shooter era ambas cosas. Sin embargo, no tenía sentido hablar de eso. No quería permanecer más tiempo del necesario junto a aquel hombre. En cierto modo, había esperado esta confrontación desde el momento en que se convenció de que era inevitable. Quizá sólo era un descanso en una rutina que ya se había vuelto aburrida y desagradable. Ahora quería que terminara. Ya no estaba seguro de que John Shooter estuviera loco

—al menos, no del todo—, pero creía que podía ser peligroso. Era absolutamente implacable. Decidió arriesgar su mejor baza y terminar con el asunto: basta de fintas.

—¿Cuándo escribió su relato, señor Shooter?

—Tal vez no me llame Shooter —contestó el hombre con aspecto más bien divertido—. Tal vez sea sólo un pseudónimo.

—Ya veo. ¿Y cuál es su nombre verdadero?

—No dije que no lo fuera; dije "tal vez". De todos modos, no tiene nada que ver con nuestro asunto.

Hablaba con serenidad, al parecer más interesado en una nube que avanzaba lentamente por el cielo azul hacia el sol poniente.

—Vale —aceptó Mort—, pero sí lo tiene la fecha en que escribió ese relato.

—Lo escribí hace siete años —dijo, sin dejar de observar la nube, que ahora había tocado el borde del sol y presentaba un fleco dorado—. En 1982.

"Bingo —pensó Mort—. Astuto o no, terminó por meterse en la trampa. Es evidente que sacó el relato de la antología. Y como *Todos tiran la moneda* se publicó en 1983, pensó que cualquier fecha anterior serviría. Amigo, deberías haber leído la página del copyright."

Esperó una sensación de triunfo que no llegó. Sólo un sordo sentimiento de alivio al ver que se podía enviar al alegre lunático a paseo sin más problemas ni confusiones. Sin embargo, sentía curiosidad; era la maldición de la clase escritora. Por ejemplo, ¿por qué especialmente ese relato, un relato tan distinto de los que solía escribir, tan absolutamente atípico? Y, si el tipo pretendía acusarlo de plagio, ¿por qué elegir un oscuro relato cuando hubiera podido cocinar el mismo tipo de manuscrito casi idéntico de un best-seller como *El chico del organillero*? Eso hubiera sido jugoso; esto era casi un chiste.

"Supongo que copiar una novela se hubiera parecido demasiado a un trabajo", pensó Mort.

—¿Y por qué esperó tanto tiempo? —preguntó—. Quiero decir que mi libro de relatos se publicó en 1983, hace seis años. Ya van para siete.

—Porque no lo sabía —contestó Shooter. Apartó la mirada de la nube y volvió a observar a Mort con aquella inquietante mirada de leve desprecio—. Supongo que un hombre como usted imagina que todos los habitantes de América, si no todos los de cada país en que se publican sus libros, leen lo que él ha escrito.

—Creo que tengo una idea más ajustada —dijo Mort, aprovechando su turno para ser seco.

—Pero eso no es verdad —continuó Shooter, ignorando lo que había dicho Mort con aquel estilo aterradoramente sereno y obsesivo que le caracterizaba—. No es verdad en absoluto. Jamás vi ese relato hasta mediados de junio, del pasado junio.

Mort estuvo a punto de decir: "Bueno, ¿sabes qué, chico? ¡Yo nunca vi a mi esposa en la cama con otro hombre hasta mediados de mayo!" Si dijera algo en voz alta, ¿lograría conmover a Shooter?

Miró la cara del hombre y decidió que no. La serenidad salía de aquellos ojos difusos igual que la bruma surge de las colinas en un día que promete ser de un calor infernal. Ahora, Shooter parecía un pastor fundamentalista a punto de arrojar fuego y lava sobre las cabezas gachas y temblorosas de su rebaño, y por primera vez Mort Rainey sintió realmente miedo de aquel hombre. Sin embargo, también seguía enfadado. Volvió a sentir lo mismo que había sentido casi al finalizar su primer encuentro con John Shooter: asustado o no, no pensaba quedarse allí y aceptar que aquel hombre lo acusara de robo. Y menos aún ahora, cuando el tipo había revelado la falsedad de la acusación por su propia boca.

—Déjeme adivinar —dijo Mort—. Un tipo como usted es demasiado selectivo en sus lecturas como para molestarse en leer la basura que escribo. Usted se mantiene fiel a tipos como Marcel Proust y Thomas Hardy, ¿eh? Por la noche, después de ordeñar, le gusta encender una de esas acogedoras lámparas de queroseno, ponerla en la mesa de la cocina, que, por supuesto, está cubierta con uno de esos manteles tan hogareños a cuadros rojos y blancos, y descansar leyendo un rato *Tess* o *En busca del tiempo perdido*. Tal vez los fines de semana se suelta un poco el pelo, se achispa y saca algún Erskine Caldwell o Annie Dillard. Quien le dijo que yo había copiado su relato tan trabajosamente elaborado fue uno de sus amigos. ¿No es así, señor Shooter..., o como se llame?

Su voz había adquirido un tono áspero; le sorprendió descubrir que estaba al borde de una furia real, aunque después advirtió que no estaba sorprendido del todo.

—No. No tengo amigos —dijo Shooter con el tono seco de un hombre que establece un hecho, sin más—. Ni amigos, ni familia, ni esposa. Tengo una pequeña propiedad a unos treinta kilómetros al sur de Perkinsburg y, ya que lo menciona, sí tengo un mantel a cuadros en la mesa de la cocina. Pero en el pueblo hay luz eléctrica; sólo saco las lámparas de queroseno cuando hay tormenta y se caen los cables.

—Bien por usted —dijo Mort.

Shooter ignoró el sarcasmo.

—Heredé la propiedad de mi padre y la mejoré con un poco de dinero que me dejó mi abuela. Tengo unas veinte vacas lecheras, en eso también ha acertado, y por las noches escribo relatos. Supongo que usted tiene uno de esos ordenadores de lujo, con pantalla, pero yo me las arreglo con una máquina portátil.

Hizo una pausa, y durante un momento ambos escucharon el susurro crujiente de las hojas, movidas por el ligero viento del fin de la tarde.

—En cuanto a la similitud de su relato con el mío, la descubrí por mi cuenta. Verá, se me ocurrió que podría vender la granja. Pensé que, con un poco más de dinero, podría escribir durante el día, cuando estoy despejado, en lugar de hacerlo por la noche. El agente de Perkinsburg quería que fuera a ver a un tipo de Jackson que tiene un montón de granjas lecheras en Mississippi. No me gusta conducir más de veinte o veinticinco kilómetros, me produce dolor de cabeza; sobre todo si parte del trayecto es urbano, porque allí es donde dejan sueltos a todos los tontos, así que cogí el autobús. Me preparaba para subir cuando recordé que no había cogido nada para leer. Odio los viajes largos en autobús sin algo para leer.

Mort se descubrió asintiendo involuntariamente. Él también detestaba viajar —fuese en autobús, tren, avión o coche— sin algo para leer, algo más sustancioso que el periódico.

—En Perkinsburg no hay estación de autobuses. Los Greyhound sólo se detienen unos cinco minutos en el Rexall y continúan el viaje. Ya estaba subiendo al autobús cuando advertí que tenía

las manos vacías. Le pedí al conductor que me esperara un momento pero me dijo que ni hablar, que ya iba con retraso y que dentro de tres minutos saldría. Si yo estaba, estupendo, y si no, podía besarle el culo cuando volviéramos a encontrarnos

"Habla como un escritor —pensó Mort—. Que me cuelguen si no."

Trató de apartar ese pensamiento —no parecía ser una manera correcta de pensar—, pero no lo logró del todo.

—Bueno, entré corriendo en aquel drugstore. Había uno de esos antiguos expositores de alambre con libros de bolsillo, de esos que giran, como el que hay en el almacén que está cerca de su casa.

—¿El Bowies's?

Shooter asintió.

—Exacto. De todos modos, cogí el primer libro que me vino a la mano. Por lo que vi en la cubierta, hubiera podido ser una edición bolsillo de la Biblia. Pero no lo era. Era su libro de relatos *Todos tiran la moneda*. Y por lo que sé, eran sus relatos. Todos salvo uno.

"Páralo ahora —pensó Mort—. Va derecho a un estallido, así que apágale la mecha."

Pero descubrió que no quería. Tal vez Shooter era un escritor.

Cumplía con las dos exigencias principales: contaba una historia que uno quería escuchar hasta el final, aunque tuviera una idea bastante ajustada de cuál era, y estaba tan lleno de mierda que crujía.

En lugar de decir lo que hubiera debido decir, que aun suponiendo —lo cual era dar un amplio margen a la imaginación— que Shooter dijera la verdad, él, Mort, le había ganado con ese maldito relato por dos años, dijo:

—Así que leyó "Tiempo de siembra" en el autobús de la Greyhound mientras se dirigía a Jackson a vender su granja el mes de junio pasado.

—No, lo leí al regreso. Vendí la granja y volví en el Greyhound con un cheque de sesenta mil dólares en el bolsillo. A la ida había leído las primeras seis historias. No me parecieron demasiado excepcionales, pero servían para pasar el tiempo.

—Gracias.

Shooter lo observó un momento.

—No estaba haciéndole un cumplido.

—¿Cree que no lo sé?

Shooter se quedó pensativo un instante y se encogió de hombros.

—En todo caso, durante el regreso leí otras dos, y después ésa. La mía.

Miró la nube, que se había convertido en una masa transparente de oro centelleante, y después otra vez a Mort. Su expresión era tan imparcial como siempre, pero Mort comprendió de pronto que había cometido un grave error al creer que aquel hombre poseía siquiera una brizna de paz o serenidad. Lo que había confundido con estas cosas era la férrea máscara de control adoptada por

Shooter para evitar matar a Morton Rainey con sus propias manos. Su rostro era inexpresivo, pero sus ojos ardían con la furia más profunda y salvaje que Mort había visto nunca. Comprendió lo estúpido que había sido al ascender el sendero desde el lago hacia lo que realmente podía ser su muerte a manos de aquel tipo. Estaba ante un hombre lo bastante loco y enfadado como para cometer un asesinato.

—Me sorprende que nadie le haya hablado antes de ese relato. No se parece a ninguno de los demás, ni siquiera un poco.

La voz de Shooter seguía siendo serena, pero ahora Mort la identificó con la voz de un hombre esforzándose por no golpear, aplastar, tal vez estrangular; con la voz de un hombre que sabe que lo único que necesitaría para cruzar la frontera entre hablar y matar sería escuchar su propia voz elevándose en espiral hacia los registros de la furia; la voz de un hombre que sabe lo increíblemente fácil que resultaría convertirse en una multitud capaz de realizar un linchamiento.

De pronto, Mort se sintió como alguien que camina por una habitación oscura sembrada de finísimos alambres, que conducen a paquetes de explosivos de gran potencia. Resultaba difícil creer que unos momentos antes había estado seguro de controlar la Situación. Sus problemas —Amy, su imposibilidad de escribir— parecían ahora datos sin importancia en un paisaje sin importancia.

En cierto sentido, habían dejado de ser problemas. Ahora sólo tenía un problema, que consistía en sobrevivir el tiempo suficiente para regresar a casa, por no hablar del tiempo suficiente para ver ponerse el sol.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. No se atrevía a decir nada.

Ahora no. La habitación estaba llena de alambres.

—Estoy muy sorprendido —repitió Shooter con aquella voz pesada y pareja, que ahora sonaba como una espantosa parodia de la serenidad.

Mort se escuchó decir:

—Mi esposa. A ella no le gustó. Ella dijo que no se parecía a nada que hubiera escrito antes.

—¿Cómo lo consiguió? —preguntó Shooter lentamente y con fiereza—. Eso es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo demonios se las arregló un gilipollas garrapateador lleno de dinero como usted para llegar a un pueblo de mierda de Mississippi y robarme mi maldito relato? Además, me gustaría saber por qué, a menos que haya robado los otros también, pero por el momento me conformo con saber cómo.

La monstruosa injusticia de aquellas palabras provocó el retorno de la ira de Mort, como si fuera una sed no saciada. Durante un momento olvidó que estaba solo en la carretera del lago, con aquel lunático de Mississippi.

—Córtela —dijo ásperamente.

—¿Cortarla? —preguntó Shooter mirando a Mort con una especie de estupefacción torpe—. ¿Cortarla? ¿Qué mierda quiere decir con eso?

—Ha dicho que escribió su relato en 1982 —contestó Mort—. Creo que yo escribí el mío a fines de 1979. No recuerdo la fecha exacta, pero sé que se publicó por primera vez en junio de 1980. En una revista. Le gano por dos años, señor Shooter o como se llame. Si alguien puede interponer una demanda por plagio, soy yo.

Mort no lo vio moverse exactamente. Estaban de pie junto al coche de Shooter, mirándose, y al segundo siguiente se encontró contra la puerta del lado del conductor, con las manos de Shooter apretando sus brazos y la cara de Shooter pegada a la suya, frente con frente. Entre ambas posturas, sólo tuvo la borrosa sensación de que lo cogían y le obligaban a darse la vuelta.

—Miente —afirmó Shooter, y de su aliento se desprendió un seco aroma a canela.

—¡Y una mierda! No miento —replicó Mort, y se lanzó contra el peso opresivo del hombre.

Shooter era fuerte, casi con seguridad más fuerte que Mort Rainey, pero éste era más joven y, además, contaba con la vieja furgoneta como apoyo. Consiguió romper el cerco de Shooter y hacerle retroceder trastabillando dos o tres pasos.

"Ahora vendrá a por mí —pensó Mort. Aunque no había tenido una pelea desde el "si tú me empujas, yo te empujo" del patio escolar, en cuarto curso, le sorprendió descubrir que su cabeza estaba clara y fresca—. Vamos a rompernos la cara por ese maldito relato.

Bueno, vale. De todos modos, hoy no tenía nada que hacer."

Pero no sucedió. Shooter levantó las manos, las miró, vio que estaban apretadas y se obligó a abrirlas. Mort vio el esfuerzo que le costaba al hombre recuperar aquella capa de control y sintió una especie de espanto. Shooter se llevó una mano abierta a la boca y se secó los labios, lenta y deliberadamente.

—Demuéstrelo —dijo.

—Vale. Venga a casa conmigo. Le mostraré la fecha que consta en la página de copyright.

—No —repuso Shooter—. El libro no me interesa. El libro me importa un pito. Muéstreme el relato. Muéstreme la revista con el relato, para que pueda leerlo.

—No tengo la revista aquí.

Estaba a punto de agregar algo, pero Shooter levantó la cara al cielo y emitió un ladrido de risa. El ruido era tan seco como el de un hacha partiendo leña.

—No —dijo. La furia seguía ardiendo y bailando en sus ojos, pero parecía bajo control—. No, apuesto a que no la tiene.

—Escúcheme —dijo Mort—. Habitualmente, éste es sólo un lugar donde venimos mi esposa y yo en verano. Aquí tengo ejemplares de mis libros y de mis ediciones extranjeras, pero también he publicado artículos y ensayos en muchas revistas, además de relatos. Esas revistas están en la casa que ocupamos durante todo el año. La de Derry.

—¿Y entonces por qué no está usted allí? —preguntó Shooter.

Mort podía leer en sus ojos incredulidad y una especie de satisfacción irritante. Era evidente que Shooter había esperado que él tratara de zafarse del asunto y que, en su opinión, eso era precisamente lo que Mort estaba haciendo. O tratando de hacer.

—Estoy aquí porque... —Interrumpió la explicación para preguntar—: ¿Y usted cómo sabía que estaría aquí?

—Me limité a mirar la contraportada del libro que compré —respondió Shooter.

En ese momento, Mort hubiera podido golpearse la frente con una palmada de frustración y comprensión súbitas. Claro, tanto en la edición en tapa dura como en la de bolsillo aparecía una fotografía que le había hecho la propia Amy. Era una instantánea excelente. Él estaba en primer plano, la casa a media distancia y detrás el lago Tashmore. El epígrafe rezaba simplemente: "Morton Rainey, en su hogar del Maine occidental." Así que Shooter se había dirigido al oeste de Maine, y probablemente no había tenido que entrar en demasiados bares o drugstores para encontrar a alguien que dijera:

—¿Mort Rainey? ¡Diablos, sí! Tiene una casa en Tashmore. ¡En realidad, es amigo mío!

Bueno, en todo caso eso respondía a una pregunta.

—Estoy aquí porque mi esposa y yo nos hemos divorciado —dijo—. El divorcio acaba de hacerse efectivo. Ella se quedó en Derry. Cualquiera otro año, esta casa hubiera estado vacía.

—¡Ajá! —exclamó Shooter.

El tono de su voz volvió a enfurecer a Mort. "Está mintiendo —decía—. Pero en este caso no importa mucho, porque sabía que mentiría. Al fin y al cabo, mentir es su oficio, ¿no?"

—Bueno, lo hubiera encontrado en cualquier sitio —prosiguió, clavando en Mort una mirada chispeante—. Lo hubiera encontrado aunque se hubiese mudado a Brasil.

—Lo creo —dijo Mort—. En todo caso, o se equivoca o intenta estafarme. En honor suyo, estoy dispuesto a creer que se trata de un error, porque parece sincero. (¡Oh, Dios, claro que sí!) El hecho es que publiqué ese relato dos años antes de la fecha en que usted dice que lo escribió.

Vio una vez más aquel resplandor demente en los ojos de Shooter, pero desapareció enseguida. Sin embargo, no lo había eliminado, sino simplemente embridado, como si sujetara a un caballo desbocado.

—¿Y dice que esa revista está en su otra casa?

—Sí.

—Y en esa revista está el relato.

—Sí.

—¿Y la fecha de esa revista es junio de 1980?

—Sí.

Al principio, aquel ritual laborioso había provocado la impaciencia de Mort (entre cada pregunta se producía una pausa larga y meditativa), pero luego le hizo albergar cierta esperanza. Era como si el hombre intentara convencerse de que lo que Mort le decía era verdad, una verdad que parte de John Shooter debió de haber sabido todo el tiempo, porque la semejanza casi exacta entre las dos historias no era una coincidencia. Mort seguía creyéndolo firmemente, pero había llegado a aceptar la idea de que Shooter podía no tener un recuerdo consciente de haber cometido un plagio. Porque era evidente que el hombre estaba loco.

Mort no estaba tan asustado como la primera vez que viera aquel odio y aquella furia danzando en los ojos de Shooter, como si fueran el reflejo del incendio incontrolado de un granero.

Cuando empujó al hombre, éste había trastabillado, y Mort pensó que si llegaban a una pelea, probablemente podría mantenerse firme, o incluso arrojarlo al suelo.

Sin embargo, sería mejor que las cosas no llegaran a ese punto.

De una manera extraña e involuntaria, había empezado a sentir cierta pena por Shooter.

Mientras tanto, el caballero proseguía obstinadamente su camino.

—Esa otra casa, la que se ha quedado su esposa, ¿también está en Maine?

—Sí.

—¿Y ella está allí?

—Sí.

Esta vez la pausa fue mucho más larga. Shooter le producía la extravagante sensación de ser un ordenador procesando una pesada carga de información. Por último, dijo:

—Le daré tres días.

—Muy generoso de su parte —replicó Mort.

El largo labio superior de Shooter se levantó, dejando a la vista unos dientes demasiado parejos para ser otra cosa que una dentadura postiza encargada por correo.

—No me tome a la ligera, hijo —dijo—. Estoy haciendo lo posible por contenerme, y me sale bastante bien, pero...

—¡Usted! —exclamó Mort—. ¿Y qué pasa conmigo? ¡Esto es increíble! ¡Sale de la nada y me hace la acusación más seria que se le puede hacer a un escritor, y cuando le digo que tengo pruebas de que o bien se equivoca o bien miente por su maldita boca, empieza a felicitarse por saber contenerse! ¡Increíble!

Shooter entornó los ojos y le dirigió una mirada astuta.

—¿Pruebas? —preguntó—. No veo ninguna prueba. Lo escucho hablar, pero hablar no es una prueba.

—¡Ya se lo he dicho! —gritó Mort. Se sentía indefenso, como un hombre tratando de boxear con una intrinca red de telas de araña—. ¡Se lo expliqué todo!

Shooter miró largo rato a Mort, después se volvió y metió la mano por la ventanilla abierta del coche.

—¿Qué hace? —preguntó Mort con voz tensa.

Ahora sí sentía la adrenalina corriendo por su cuerpo, preparándolo para pelear o huir —probablemente esto último— si Shooter estaba buscando la gran escopeta que Mort vio de pronto con los ojos de su imaginación.

—Sólo busco mis cigarrillos —contestó Shooter—. Tranquilícese.

Cuando sacó el brazo del coche, tenía en la mano un paquete rojo de Pall Mall. Lo había cogido del tablero.

—¿Quiere uno?

—Tengo los míos —dijo Mort con cierto malhumor, y sacó el viejo paquete de L&M del bolsillo que había debajo de la roja camisa de franela abierta.

Cada uno encendió un cigarrillo de su propio paquete.

—Si seguimos así, acabaremos pegándonos —dijo por fin Shooter—, y no es eso lo que pretendo.

—¡Jesús bendito, yo tampoco!

—Una parte suya sí —le contradijo Shooter. Continuaba estudiando a Mort por debajo de los párpados con aquella expresión de astucia campesina—. Una parte de usted quiere precisamente eso. Pero no creo que sea yo o mi relato lo que le dan ganas de pelear. Tiene alguna otra pulga en la oreja que le molesta y que dificulta este asunto. Parte de usted quiere pelear, pero lo que no comprende es que si empezamos a pelear, la cosa no terminará hasta que uno de nosotros esté muerto.

Mort buscó algún indicio de que Shooter estuviera exagerando a propósito, pero no vio ninguno. De pronto sintió frío en la base de la columna vertebral.

—Así que voy a darle tres días —prosiguió Shooter—. Usted llama a su ex y hace que le mande la revista con el relato, si es que existe, y yo regresaré. Por supuesto, no hay ninguna revista; creo que ambos lo sabemos, pero me parece que usted necesita dedicarse a meditar larga y seriamente.— Miró a Mort con una desconcertante expresión de piedad severa antes de añadir—: Nunca creyó que alguien llegara a descubrirlo, ¿verdad? Realmente no lo creyó.

—Si le muestro la revista, ¿se irá? —preguntó Mort. Estaba hablando más para sí mismo que para Shooter—. Supongo que lo que verdaderamente quiero saber es si merece o no la pena.

De pronto, Shooter abrió la puerta de su coche y se deslizó ante el volante. La velocidad con la que el tipo podía moverse a Mort le resultaba escalofriante.

—Tres días. Utilícelos como quiera, señor Rainey.

Puso en marcha el motor. Ronroneaba con el silbido bajo característico de las bujías sucias, y el hedor de aceite que salía del tubo de escape contaminaba el aire de la tarde moribunda.

—Lo correcto es correcto y lo justo, justo. Lo primero es llevarlo a un lugar donde usted comprenda que lo tengo cogido y que no puede salirse de este lío como probablemente se ha salido de los líos durante toda su vida. Esto es lo primero —repitió, mirando inexpresivamente a Mort por la ventanilla—. Lo segundo —agregó— es la verdadera razón por la que he venido.

—¿Y cuál es? —se escuchó preguntar Mort. Resultaba extraño y bastante irritante, pero volvía a sentir la invasión incansable de la culpa, como si de verdad hubiera hecho aquello de lo que lo acusaba el loco.

—Ya hablaremos de eso —contestó Shooter mientras ponía la primera—. Entre tanto, piense en lo que es correcto y justo.

—¡Usted está chalado! —gritó Mort, pero Shooter ya avanzaba por el camino del lago hacia el lugar donde éste conectaba con la carretera 23.

Mort se quedó mirando hasta que la furgoneta se perdió de vista y después regresó lentamente a la casa. A medida que se acercaba, se sentía cada vez más vacío. La ira y el miedo habían desaparecido. Sólo se sentía frío, cansado y nostálgico de un matrimonio que ya no existía y que, por lo que empezaba a intuir, jamás había existido.

## 11

Cuando se encontraba a medio camino del sendero que bajaba por la colina desde el camino del lago hacia la casa, empezó a sonar el teléfono. Mort echó a correr, pese a saber que no llegaría y maldiciéndose por su reacción estúpida. ¡Que le hablaran del perro de Pavlov!

Había abierto la puerta de tela metálica y trataba de hacer girar el picaporte de la puerta interior, cuando el teléfono enmudeció. Entro, cerró la puerta y miró el teléfono, que estaba sobre un pequeño escritorio antiguo que Amy había encontrado en un mercadillo de Mechanic Falls. En ese momento, no le costaba nada imaginar que el teléfono le devolvía la mirada con estudiada impaciencia mecánica: "No me preguntes, jefe. Yo no invento las noticias, sólo las transmito." Pensó que tenía que comprar una de esas máquinas que cogen mensajes..., o quizá no. Cuando lo pensaba con detenimiento, comprendía que el teléfono no era precisamente su aparato favorito. Si la gente te necesitaba realmente, terminaba por volver a llamar.

Se preparó un bocadillo y un bol de sopa, y después descubrió que no los quería. Se sentía solo, desdichado y algo contagiado de la demencia de John Shooter. No le sorprendió mucho advertir que la suma de dichos sentimientos era el sueño. Empezó a lanzar miradas ansiosas al diván.

"Vale —susurró una voz interior—. Pero recuerda: no puedes echar a correr y esconderte. Esta mierda seguirá aquí cuando despiertes." Pensó que era cierto, pero que mientras tanto todo desaparecería, todo quedaría misericordiosamente borrado. Lo único que podía decirse con seguridad de las soluciones a corto plazo, era que resultaban mejor que nada. Decidió que llamaría a casa (su cerebro insistía en llamar hogar a la casa de Derry, y sospechaba que esto cambiaría pronto), pediría a Amy que cogiera el ejemplar de la Ellery donde aparecía "Tiempo de siembra" y se lo enviara por correo urgente. Después, se desplomaría en el diván y dormiría un par de horas. Se levantaría alrededor de las siete, iría, ya más fresco, al estudio y escribiría un poco más de mierda.

"Y mierda es lo único que conseguirás con esa actitud", le reprochó la voz interior.

—¡Vete al carajo! —le espetó Mort, pensando que una de las ventajas de vivir solo era que podías hablar contigo mismo en voz alta sin que nadie se preguntara si estabas loco.

Cogió el teléfono y marcó el número de Derry. Escuchó los habituales chasquidos de las llamadas interurbanas y luego el más irritante de los sonidos telefónicos: el tut-tut-tut de la señal de comunicación. Amy estaba hablando por teléfono con alguien, y cuando Amy se ponía a hablar la conversación podía prolongarse durante horas. Tal vez incluso podía durar días.

—¡Oh, mierda, estupendo! —exclamó Mort, colgando el receptor con la fuerza suficiente como para hacer sonar débilmente la campanilla.

Vale, ¿y ahora qué, hombrecito?

Supuso que podía llamar a Isabelle Fortin, que vivía al otro lado de la calle, pero de pronto eso le pareció demasiado laborioso, además de aburrido. Isabelle ya estaba tan metida en la ruptura entre Amy y él que había hecho de todo excepto filmar escenas domésticas. Además, eran más de las cinco. Fuera cual fuese la hora en que Amy depositara la revista en el correo, ésta no emprendería su viaje de Derry a Tashmore hasta la mañana siguiente.

Trataría de hablar con Amy más tarde, y si la línea seguía ocupada (o si, por casualidad, Amy continuaba con la misma conversación), entonces llamaría a Isabelle y le daría el mensaje. En ese momento, el canto de sirena del diván de la sala era demasiado fuerte como para ignorarlo.

Mort desconectó el teléfono —quien hubiera llamado cuando bajaba por el sendero, tendría que esperar un poco más— y se fue a la sala.

Colocó los cojines en su posición habitual, uno detrás de la cabeza y otro debajo de la nuca, y miró hacia el lago, donde el sol se ponía en el extremo de una larga huella dorada y espectacular.

"Nunca en mi vida me había sentido tan solo y tan espantosamente mal", pensó con cierta sorpresa. Después, los párpados se cerraron muy despacio sobre los ojos inyectados en sangre, y Mort Rainey, a quien todavía le faltaba descubrir lo que era el verdadero horror, se quedó dormido.

## 12

Soñó que estaba en un aula.

Era un aula conocida, aunque no hubiera podido decir por qué. Estaba allí con John Shooter, que llevaba una bolsa de comestibles colgada de un brazo. Shooter sacó una naranja de la bolsa y empezó a arrojarla al aire con expresión meditabunda. Miraba en dirección a Mort, pero no a él; su mirada parecía fija en algo que estaba más allá del hombro de Mort. Éste se volvió y vio una pared, una pizarra y una puerta con un panel superior de vidrio esmerilado. Al cabo de un momento, pudo descifrar la frase que figuraba en el cristal y que él veía invertida: "Bienvenido a la escuela de las experiencias duras."

La escritura de la pizarra resultaba más fácil de leer. "Tiempo de siembra. Un relato de Morton Rainey." De pronto, algo pasó silbando por encima del hombro de Mort, junto a su cabeza. Era la naranja. Cuando Mort se echó hacia atrás, la naranja se estrelló contra la pizarra, reventó con un asqueroso sonido acuático, y su pulpa quedó adherida a las palabras escritas con tiza.

Mort se volvió hacia Shooter. "¡Pare!", gritó con voz temblorosa y gruñona.

Shooter volvió a buscar en su bolsa. "¿Qué pasa? —preguntó con su voz tranquila y severa—. ¿Acaso no distingue las naranjas sanguinas cuando las ve? ¿Qué clase de escritor es usted?"

Y arrojó otra, que escupió su jugo carmesí sobre el nombre de Morton y empezó a gotear lentamente por la pared.

"¡Ya basta!", gritó Mort. Pero Shooter volvió a buscar en la bolsa, lenta e implacablemente. Sus dedos largos y callosos se hundieron en la piel de la naranja que sacó. La sangre empezó a deslizarse por la superficie de la naranja, en forma de gotas del tamaño de una cabeza de alfiler.

"¡Basta! ¡Basta, por favor! ¡Basta! ¡Si para, lo admitiré! ¡Admitiré cualquier cosa! ¡Cualquier cosa! Si usted..."

## 13

—... para, sí para...

Estaba cayendo.

Mort se agarró al borde del diván justo a tiempo de ahorrarse un breve y tal vez doloroso viaje hasta el suelo de la sala. Se volvió hacia el respaldo del sofá y se quedó allí un momento, apretando los cojines, temblando y tratando de aferrar los flecos del sueño.

Recordó algo acerca de un aula, naranjas sangrientas y una escuela de las experiencias duras. Pero incluso esto se le escapaba, y el resto ya había desaparecido. Fuera lo que fuese, había sido real.

Demasiado real.

Por fin abrió los ojos, pero no había gran cosa que ver; había dormido hasta mucho después del crepúsculo. Se sentía horriblemente rígido, sobre todo en la base de la nuca, y sospechaba que había dormido al menos cuatro horas, quizá cinco. Se abrió paso cuidadosamente hacia el interruptor de la luz de la sala, arreglándoselas para evitar, por una vez, la mesilla de café octogonal con tablero de cristal (sustentaba la opinión de que la mesilla era semiconsciente y gustaba de cambiar ligeramente de posición al anochecer, para poder castigar mejor sus canillas), y salió al recibidor para volver a llamar a Amy. De camino, miró el reloj. Eran las diez y cuarto. Había dormido más de cinco horas. No era la primera vez que le pasaba y sabía que ni siquiera pagaría por ello con el insomnio nocturno. A juzgar por experiencias pasadas, se quedaría dormido en cuanto apoyara la cabeza en la almohada.

Levantó el auricular del teléfono y quedó momentáneamente desconcertado por el silencio mortal, hasta que recordó que había desconectado el maldito aparato. Deslizó el cable entre los dedos hasta que encontró el enchufe, se volvió para conectarlo e hizo una pausa.

Desde allí podía mirar a través de la pequeña ventana que había a la izquierda de la puerta, que le proporcionaba un ángulo de visión del porche, donde el misterioso y desagradable señor Shooter dejara ayer su manuscrito, bajo una piedra. Veía también el contenedor de la basura, y algo que había encima; en realidad, dos cosas: una clara y otra oscura. La oscura parecía repulsiva; durante un instante, Mort pensó que había una enorme araña agazapada y sintió miedo.

Dejó caer el cable del teléfono y encendió a toda prisa la luz del porche. Transcurrió un lapso — no sabía de qué magnitud ni le importaba— durante el cual fue incapaz de moverse

Lo blanco era una hoja de papel, una hoja normal y corriente de papel de mecanografía. Aunque el contenedor de la basura estaba a unos buenos quince pasos del lugar donde él se encontraba, las pocas palabras que figuraban en él estaban escritas con letras grandes y Mort podía leerlas con facilidad. Pensó que Shooter debía de haber usado un lápiz de mina extremadamente blanda o un trozo de carbonilla. El mensaje decía: "Recuerde, tiene 3 días. No estoy bromeando."

Lo oscuro era Bump. Al parecer, Shooter le había roto el cuello antes de clavarlo a la tapa del cubo con un destornillador de la caja de herramientas de Mort.

## 14

No tuvo conciencia del momento en que superó la parálisis. Se encontraba inmóvil en el recibidor, junto a la mesilla del teléfono, mirando al bueno de Bump, que parecía haber criado un destornillador justo en medio del pecho, en el lugar donde tenía una mancha blanca que a Amy le gustaba llamar el "babero" de Bump; y un instante después estaba de pie en el porche, sintiendo cómo el frío aire nocturno penetraba a través de la fina tela de su camisa, y tratando de mirar en seis direcciones distintas al mismo tiempo.

Hizo un esfuerzo por calmarse. Por supuesto, Shooter se había ido. Por eso había dejado la nota. No parecía ser el tipo de chalado que disfrutaría contemplando el lógico horror de Mort al descubrir a Bump. Era un lunático, de acuerdo, pero no de esa clase. Simplemente había usado el gato contra Mort, de la misma manera en que un granjero a final de la cuarentena podía usar una palanca para mover una piedra rebelde. No había en ello nada personal; simplemente, era un trabajo que tenía que hacer.

Después pensó en la expresión de los ojos de Shooter aquella tarde y se estremeció violentamente. Sí que era algo personal. Era personal en todos los sentidos posibles.

—Cree que lo hice —susurró Mort a la fría noche del oeste de Maine. Las palabras salían de su boca a ráfagas ásperas, cortadas por el castañeteo de los dientes—. Ese loco hijo de puta está convencido de que lo hice.

Mort se acercó al contenedor de la basura; el estómago le dio un vuelco, como si fuera un perro haciendo cabriolas, y su frente se cubrió de sudor frío. No estaba seguro de poder hacer lo que debía. La cabeza de Bump estaba vuelta hacia la izquierda, lo que le daba un grotesco aire inquisitivo. Los diminutos dientes, limpios y afilados como agujas, asomaban por su boca entreabierta. La parte del destornillador que había atravesado su ("babero") piel estaba ligeramente manchada de sangre. Bump era un gato amistoso; si Shooter se hubiera aproximado a él, no habría escapado. Mientras se secaba el sudor, Mort pensó que debió de ser precisamente eso lo que Shooter hizo. Después, había levantado el gato, le había roto el cuello con los dedos como si fuera un bastón de caramelo y lo había clavado a la tapa del contenedor. Todo eso había sucedido mientras Mort dormía, si no el sueño de los justos, al menos el de los desprevenidos.

Mort arrugó el papel, se lo guardó en el bolsillo trasero del pantalón y apoyó la mano en el pecho de Bump. El cuerpo del animal, que aún no estaba completamente rígido ni frío, se movió bajo su mano. El estómago se le revolvió, pero Mort obligó a su otra mano a cerrarse en torno al mango de plástico amarillo del destornillador y a sacarlo.

Tiró el destornillador al suelo y cogió al pobre Bump con la mano derecha, como si fuera una bolsa de trapos. Ahora, su estómago practicaba la caída libre, rodaba, rodaba, rodaba... Levantó la pesada tapa del contenedor, y la sujetó con el gancho que le impedía caer sobre los brazos o la cabeza de quien estuviera metiendo la basura dentro. En el interior había tres latas. Mort levantó la tapa de la del centro y depositó suavemente en ella el cuerpo de Bump, que rodeó la parte superior de una bolsa de basura color verde oliva como si fuera una estola de piel.

De pronto, se sintió furioso con Shooter. Si el hombre hubiera aparecido en el sendero en ese momento, Mort se habría abalanzado sobre él sin pensarlo dos veces, lo habría derribado y habría intentado estrangularlo. "Tranquilo. Es contagioso", pensó.

Tal vez lo fuera. Y tal vez no le importara. No se trataba sólo de que Shooter hubiera matado a su único compañero en aquella solitaria casa; era que lo había hecho mientras Mort dormía y de una manera tal que el pobre y viejo Bump se había convertido en un objeto repugnante, en algo sobre lo cual era difícil no vomitar.

Más que nada era el hecho de que se había visto obligado a depositar a su querido gato en una lata de basura, como cualquier residuo inservible. "Mañana lo enterraré. En aquel cuadrado blando a la izquierda de casa. Mirando hacia el lago."

Sí, pero esta noche Bump yacería en una situación indigna encima de una bolsa de basura, dentro del contenedor, porque un hombre —un loco hijo de puta— podía estar rondando por allí, y ese hombre estaba resentido a causa de un relato en el que Mort Rainey ni siquiera había pensado en los últimos cinco años aproximadamente. El hombre en cuestión estaba loco; en consecuencia, a Mort le daba miedo enterrar a Bump esa noche porque, con nota o sin ella, Shooter podía estar vigilándolo.

"Quiero matarlo. Y si ese loco bastardo me empuja un poco más, tal vez lo intente."

Entró, cerró la puerta de golpe y pasó el cerrojo. Después recorrió lentamente la casa, cerrando las puertas y ventanas. Una vez hecho esto, regresó a la ventana que había junto a la puerta del porche y se quedó mirando pensativo la oscuridad exterior. Veía el destornillador tirado en el suelo y el oscuro anillo que había quedado en la hoja al hundirla Shooter en la tapa del contenedor.

De pronto recordó que su objetivo era intentar ponerse en contacto con Amy otra vez.

Conectó el teléfono. Sus dedos marcaron con rapidez, oprimiendo los viejos números familiares que resumían la idea de hogar, mientras se preguntaba si le contaría a Amy lo de Bump.

Después de los chasquidos preliminares, se produjo una pausa inusualmente larga. Estaba a punto de colgar cuando un chasquido final, tan fuerte que casi pareció un golpe, dio paso a una voz de robot que le decía que el número que había marcado se encontraba fuera de servicio.

—Maravilloso —murmuró—. ¿Qué demonios hiciste, Amy? ¿Lo usaste hasta que se rompió?

Apretó el botón de desconexión, pensando que no tendría más remedio que llamar a Isabelle Fortin; mientras buscaba el número en su memoria, el teléfono sonó.

Hasta entonces no había advertido hasta qué punto estaba nervioso. Emitió un débil grito quebrado y saltó hacia atrás, dejando caer el auricular al suelo y tropezando inmediatamente después con el maldito banco que Amy había comprado y colocado junto a la mesa del teléfono; ese banco que nadie, salvo Amy, había usado jamás.

Manoteó, se agarró a la librería y consiguió mantener el equilibrio. Después, levantó el auricular.

—¡Hola! ¿Es usted, Shooter? —dijo, porque en aquel momento, cuando parecía que todo el mundo estaba volviéndose al revés, no podía imaginar que pudiera ser otra persona.

—¿Mort?

Era Amy, y hablaba casi a gritos. Conocía muy bien el tono de los últimos dos años de su matrimonio. Era frustración o furia, probablemente lo segundo.

—Mort, ¿eres tú? ¡Por Dios! ¿Eres tú? ¿Mort? Mort.

—Sí, soy yo —respondió, sintiéndose de pronto agotado

—¿Dónde demonios te habías metido? ¡Llevo tres horas intentando hablar contigo!

—Durmiendo —dijo.

—Desconectaste el teléfono —afirmó ella con el tono fatigado pero acusador de alguien que ha recorrido ese camino antes—. Bueno, compañero, elegiste un excelente momento para hacerlo.

—Te llamé alrededor de las cinco...

—Estaba en casa de Ted.

—Bueno, allí había alguien —dijo él—. Tal vez...

—¿Qué quieres decir con que había alguien? —preguntó Amy con la velocidad de un relámpago—. ¿Quién?

—¿Cómo diablos quieres que lo sepa, Amy? Eres tú quien está en Derry, ¿recuerdas? Tú, Derry, yo, Tashmore. Lo único que se es que cuando llamé la línea comunicaba. Si estabas en casa de Ted, supongo que Isabelle...

—Sigo en casa de Ted —le interrumpió Amy. Ahora, su voz sonaba curiosamente plana—. Supongo que estaré en su casa durante bastante tiempo, me guste o no. Mort, alguien incendió nuestra casa. Alguien la incendió hasta los cimientos.

De pronto, Amy se echó a llorar.

## 15

Él estaba tan obsesionado con John Shooter que su suposición inmediata —mientras estaba aturdido en el recibidor de la única casa Rainey restante, con el teléfono pegado a la oreja— fue que Shooter era el incendiario. ¿Motivo? Claro, evidente. Quemó la casa, una casa victoriana restaurada que valía 800.030 dólares, para librarse de una revista. Del *Ellery Queen's Mystery Magazine*, para ser exactos. Y en concreto del número de junio de 1980.

Pero ¿podía haber sido Shooter? Seguramente no. Entre Derry y Tashmore había más de ciento cincuenta kilómetros, y el cuerpo de Bump aún se mantenía cálido y flexible; la sangre que impregnaba el destornillador estaba pegajosa, pero no seca.

Si se apresuraba...

"¡Oh! Déjalo, ¿quieres? Si continúas así, no tardarás en culpar a Shooter de tu divorcio y en pensar que te has pasado durmiendo dieciséis horas de cada veinticuatro porque Shooter te ha estado poniendo fenobarbital en la comida. ¿Y después? Podrías empezar a escribir cartas a los periódicos afirmando que el rey de la cocaína en América es un caballero de Culo del Cuervo, en el

estado de Mississippi, llamado John Shooter. Que el tipo en cuestión mató a Jimmy Hoffa y también fue el famoso segundo tirador que disparó a Kennedy desde el promontorio en noviembre de 1963. El tipo está loco, vale, pero ¿de verdad piensas que recorrió ciento cincuenta kilómetros en dirección norte e incendió tu maldita casa para hacer desaparecer una revista? Sobre todo teniendo en cuenta que debe de haber ejemplares de esa misma revista repartidos por todo el territorio de Estados Unidos. Sé serio."

Y, sin embargo, si se apresuraba...

No. Era ridículo, pero Mort advirtió de pronto que no podría mostrarle al hombre su maldita prueba. A menos que...

Su estudio estaba en la parte trasera de la casa; habían arreglado lo que una vez fuera la parte superior del recinto donde se guardaban los carruajes.

—Amy —dijo.

—¡Es tan horrible! —sollozó ella—. Estaba en casa de Ted, e Isabelle llamó... Dijo que había por lo menos quince coches de bomberos..., las mangueras escupiendo agua..., la muchedumbre mirando..., curiosos..., mirones... Ya sabes cómo odio que la gente se quede mirando la casa, aunque no esté ardiendo...

Tuvo que morder con fuerza la parte interior de sus mejillas para ahogar un loco aullido de risa. Reír ahora sería lo peor, lo más cruel que podría hacer, porque lo sabía. Después de años de lucha, su éxito en el oficio que había elegido había supuesto algo grande y satisfactorio para él; a veces se sentía como un hombre que se ha abierto paso por una selva peligrosa donde la mayor parte de los aventureros muere, y al hacerlo hubiera ganado un premio fabuloso. Amy se había alegrado por él, al menos al principio, pero para ella la cosa tenía un lado amargo: la pérdida de su identidad, no sólo en el plano de la vida privada sino también en el de la autonomía.

—Sí —dijo Mort con la máxima suavidad de que fue capaz, sin dejar de morderse las mejillas para evitar reírse. Si reía, sería a causa de la desafortunada manera en que Amy se había expresado, pero ella no lo vería así. Durante los años pasados juntos, había malinterpretado su risa muy a menudo—. Sí, lo sé, cariño. Cuéntame lo que sucedió.

—¡Alguien incendió nuestra casa! —exclamó Amy entre lágrimas—. ¡Eso es lo que sucedió!

—¿Es una pérdida total?

—Sí, lo dijo el jefe de bomberos.

La oía tragar saliva tratando de controlarse. De pronto, volvió a echarse a llorar.

—¡Se quemó por com... completo!

—¿Incluso mi estudio?

—Allí es donde empezó —contestó Amy—. Al menos, es lo que supone el jefe de bomberos. Y encaja con lo que vio Patty.

—¿Patty Champion?

Los Champion eran dueños de la casa contigua a la de los Rainey, por el lado derecho; ambas propiedades estaban separadas por un cinturón de tejos que había ido enmarañándose sin control con el paso de los años.

—Sí. Espera un segundo, Mort.

Mort oyó un potente soplido cuando ella se sonó. Al reaparecer en la línea, Amy parecía más calmada.

—Patty le explicó a los bomberos que había sacado a pasear al perro. Esto fue poco después de oscurecer. Pasó frente a nuestra casa y vio un coche aparcado bajo el pórtico. Después oyó un estallido dentro y vio fuego en la ventana grande de tu estudio.

—¿Vio qué clase de coche era? —preguntó Mort.

Tenía una sensación desagradable en la boca del estómago. A medida que se enteraba de cosas, el asunto de John Shooter empezaba a adquirir una importancia y unas dimensiones insospechadas. No se trataba sólo del maldito número de junio de 1980 del Ellery, sino de casi todos sus manuscritos —los publicados y los incompletos—, de la mayor parte de sus primeras ediciones, de las traducciones y los artículos periodísticos...

¡Ah! Pero eso era sólo el comienzo. Había perdido sus libros, al menos cuatro mil volúmenes. Si el daño era tal como Amy decía, toda la ropa de ella se habría quemado, así como los muebles antiguos que había reunido —a veces con su ayuda, pero casi siempre sola—. Ahora todo aquello había quedado reducido a cenizas y escoria. Sus joyas y los papeles personales de ambos, como pólizas de seguro y cosas por el estilo, probablemente estuvieran a salvo (se suponía que la caja fuerte escondida en la parte trasera del armario de arriba era a prueba de incendio), pero las alfombras turcas serían ceniza, las cerca de mil cintas de vídeo se habrían convertido en un montón de plástico fundido, el equipo audiovisual, su ropa, sus fotografías, miles de fotografías...

¡Dios santo! ¡Y lo primero en que había pensado era en aquella maldita revista!

—No —dijo Amy, contestando a la pregunta que Mort olvidó haber formulado al comprender lo enorme de la pérdida personal—, no pudo decir qué clase de coche era. Por lo visto, pensó en un cóctel Molotov o algo así, porque el fuego salió por la ventana inmediatamente después del ruido de cristales. Según contó, empezó a correr por el sendero de entrada, y entonces se abrió la puerta de la cocina y salió un hombre. Bruno empezó a ladrarle, pero Patty se asustó y lo hizo retroceder, aunque él estuvo a punto de soltarse. Entonces, el hombre se metió en el coche, lo puso en marcha y encendió los faros. Patty dijo que la luz casi la cegó. Levantó el brazo para protegerse los ojos, y el coche salió disparado de debajo del pórtico... Es lo que dijo... Ella se apretó contra la cerca delantera y tiró de Bruno lo más fuerte que pudo, porque si no el hombre lo hubiera atropellado. Después, el tipo salió por el sendero de entrada y bajó la calle a toda velocidad.

—¿Y no vio en ningún momento qué clase de coche era?

—No. Al principio estaba oscuro, y después, cuando empezó a brillar el fuego a través de la ventana de tu estudio, los faros la cegaron. Regresó corriendo a su casa y llamó a los bomberos. Isabelle dice que llegaron enseguida, pero ya sabes cómo es nuestra vieja casa..., cómo era..., y lo rápido que arde la madera seca... sobre todo si se usa gasolina...

Sí, lo sabía. Vieja, seca, llena de madera: la casa era el sueño erótico de un pirómano. Pero ¿quién? Si no era Shooter, ¿quién?

Esta noticia terrible, que venía a coronar los acontecimientos del día como un postre espantoso al final de una comida abominable, había anulado casi por completo su capacidad de razonamiento.

—Dijo que probablemente era gasolina... Me refiero al jefe de bomberos... Él llegó primero, pero después vino la policía y no paró de hacer preguntas, Mort, la mayor parte sobre ti..., acerca de los enemigos que pudieras tener..., enemigos... Yo dije que no creía que tuvieras enemigos... Traté de contestar a todas sus preguntas...

—Estoy seguro de que lo hiciste lo mejor que pudiste —le dijo amablemente.

Ella siguió como si no lo hubiera oído, hablando entrecortadamente, como una operadora telegráfica repitiendo noticias espantosas en voz alta a medida que eran escupidas por los cables.

—Ni siquiera sabía cómo decirles que estamos divorciados... No lo sabían, por supuesto. Al final, fue Ted quien tuvo que decírselo... Mort..., la Biblia de mi madre... estaba en el dormitorio, en la mesilla de noche... Dentro había fotos de mi familia..., y era lo único..., lo único suyo que te... tenía...

Su voz se disolvió en sollozos.

—Iré mañana —dijo Mort—. Si salgo a las siete, puedo llegar hacia las nueve y media. Tal vez a las nueve, ahora que no hay tanto tráfico como en verano. ¿Dónde dormirás esta noche? ¿En casa de Ted?

—Sí —dijo ella, sorbiendo—. Sé que no te gusta, Mort, pero no sé que hubiera hecho esta noche sin él..., cómo hubiera podido manejar..., ya sabes..., todas sus preguntas...

—Entonces me alegro de que lo tuvieras —dijo él con firmeza. La calma y la civilización de su voz le resultaron realmente sorprendentes—. Cuídate. ¿Tienes tus píldoras?

Durante los últimos seis años de matrimonio, ella había tomado tranquilizantes, pero sólo cuando tenía que volar o cuando él debía asistir a algún acto público. Uno de esos que exigían la presencia de la denominada "esposa".

—Estaban en el botiquín —dijo ella con voz monótona—. No importa. No estoy estresada, sólo desesperada.

Mort estuvo a punto de decirle que creía que ambas cosas eran la misma, pero decidió no hacerlo.

—Llegaré tan pronto como pueda —dijo—. Si crees que yendo esta noche podría hacer algo...

—No —contestó ella—. ¿Dónde nos encontraremos? ¿En casa de Ted?

De pronto, inesperadamente, él vio su mano sosteniendo una de esas llaves maestras que tienen las camareras de los hoteles. La vio girar en la cerradura de la puerta de una habitación de motel.

Vio cómo se abría la puerta. Vio los rostros sorprendidos por encima de la sábana: el de Amy a la izquierda, el de Ted Milner a la derecha. La mirada desencajada de él era oblicua y confusa a causa del sueño, y a Mort le había recordado un poco a Alfalfa en aquellas tiras breves de Little Rascals. Además, ver el pelo de Ted desordenado por el sueño, había hecho que el tipo le pareciera real por primera vez. Había visto su confusión y sus hombros desnudos. Y, de pronto, casi al azar, pensó: "Una mujer capaz de robar tu amor, cuando tu amor era todo lo que tenías..."

—No —dijo—, en casa de Ted no. ¿Qué te parece la pequeña cafetería de la calle Witcham?

—¿Preferirías que fuese sola?

No parecía enojada, pero sí dispuesta a enojarse. "¡Qué bien la conozco! —pensó Mort—. Cada movimiento, cada ascenso y caída de su voz, cada expresión. ¡Y qué bien debe de conocerme ella!"

—No —respondió—. Trae a Ted. No pasa nada.

Sí pasaba, pero podía soportarlo. Al menos eso pensaba.

—Entonces, a las nueve y media —dijo ella, y a Mort le pareció que se inclinaba un poco—. En Marchman's.

—¿Se llama así?

—Sí. Restaurante de Marchman.

—Vale, a las nueve y media o un poco antes. Si llego primero, haré una marca de tiza en la puerta...

—... y si yo llego primero, la borraré —terminó ella el viejo chiste, y ambos rieron un poco.

Mort descubrió que hasta reír dolía. ¡Claro que se conocían! ¿No se suponía que para eso servían todos aquellos años juntos?

¿Y acaso no era ésa la razón por la que dolía tanto descubrir que aquellos años no sólo podían terminar sino que habían terminado realmente?

Recordó de pronto la nota sujeta bajo la temblorosa tapa del contenedor: "Recuerde, tiene 3 días. No estoy bromeando." Pensó decir: "Amy, yo también he tenido algunos problemas aquí." Pero se dio cuenta de que no podía añadir más peso al que ella ya soportaba. Era su problema.

—Si hubiera sucedido más tarde, al menos habrías salvado tus cosas —estaba diciendo ella—. No quiero ni pensar en todos los manuscritos que debes de haber perdido, Mort. Si hace dos años, cuando Herbert lo sugirió, hubieras comprado aquellos muebles a prueba de incendio, tal vez...

—No creo que importe —dijo Mort—. El manuscrito de la nueva novela lo tengo yo. —Y era verdad. Las catorce rígidas y asquerosas paginas que lo constituían estaban allí—. ¡Al demonio con el resto! Te veré mañana, Amy. Yo...

("te amo")

Apretó la boca. Estaban divorciados. ¿Podía amarla aún? Parecía casi perverso. Y, aunque la amara, ¿tenía derecho a decírselo?

—... lamento mucho todo esto —fueron sus palabras.

—Y yo, Mort. Lo lamento muchísimo.

Estaba empezando a llorar otra vez. Mort oía la voz de alguien —de una mujer, quizás Isabelle Fortin— consolándola.

—Duerme un poco, Amy.

—Y tú también.

Colgó. De pronto, la casa pareció mucho más silenciosa que cualquiera de las otras noches que había pasado solo en ella; tan solo se oía el viento nocturno susurrando en torno a los aleros y, a lo lejos, un somorgujo cantando en el lago. Sacó la nota del bolsillo, la alisó y volvió a leerla. Era el tipo de cosa que se suponía que uno guardaba para la policía. En realidad, era el tipo de cosa que se suponía que ni siquiera debía tocar hasta que la policía hubiera tenido la posibilidad de fotografiarla y echarle sus polvitos mágicos. Era —por favor, redoble de tambores y estallido de trompetas— una prueba.

"Bueno, a la mierda", pensó Mort, estrujándola una vez más.

Nada de policía. Probablemente Dave Newsome, el policía local, tenía dificultades para recordar lo que había comido durante el desayuno cuando llegaba la hora del almuerzo; y Mort no podía imaginarse llevando el asunto al sheriff del condado o a la policía estatal. Al fin y al cabo, no era como si hubiesen atentado contra su vida; habían matado a su gato, pero un gato no es una persona.

Y después de las devastadoras noticias de Amy, John Shooter parecía haber perdido toda importancia. Era uno de los Locos Frustrados, estaba chalado y podía ser peligroso, pero Mort se sentía cada vez más inclinado a tratar de manejar el asunto solo aunque Shooter fuera peligroso. Sobre todo si era peligroso.

La casa de Derry tenía prioridad sobre John Shooter y sus ideas de lunático. Incluso sobre el detalle de quién la había incendiado, fuera Shooter o algún otro maniático resentido, perturbado o ambas cosas. La casa y, suponía, Amy. Evidentemente, estaba mal, y ofrecerle consuelo no podía ser malo para ninguno de los dos. Tal vez incluso ella...

Desechó toda especulación de lo que podía llegar a hacer Amy. Por ese camino no veía más que dolor. Era mejor creer que se trataba de un camino cortado.

Fue al dormitorio, se quitó la ropa y se echó en la cama con las manos bajo la cabeza. El somorgujo volvió a cantar, desesperado y distante. Pensó otra vez que Shooter podía estar allí fuera, agazapado, con la cara como un círculo pálido bajo el extraño sombrero negro. Shooter estaba chalado, y aunque había utilizado las manos y un destornillador con Bump, eso no eliminaba la posibilidad de que tuviera un arma.

Pero Mort no creía que Shooter estuviera ahí fuera, armado o desarmado.

"Llamadas —pensó—. De camino a Derry, tengo que hacer por lo menos dos. Una a Greg Carstairs, y otra a Herb Creekmore. Si salgo a las siete, es demasiado temprano para hacerlas desde aquí, pero podría usar una de las cabinas que hay en el peaje de Augusta..."

Se colocó de lado, pensando que tardaría mucho en dormirse, y entonces el sueño rodó sobre él como una ola tersa y oscura. Y si alguien se acercó a espiarlo mientras dormía, no se enteró.

El despertador sonó a las seis y cuarto. Se tomó media hora para enterrar a Bump en la parcela arenosa situada entre la casa y el lago, y a las siete estaba en marcha, tal como había planeado. Había recorrido quince kilómetros y entraba en Mechanic Falls una ajetreada localidad formada por una fábrica textil que había cerrado en 1970, cinco mil almas y un semáforo que hacía guiños de color ámbar en la intersección de las carreteras 23 y 7, cuando observó que su viejo Buick despedía

humo. Entró en la gasolinera de Bill, maldiciéndose por no haber mirado el indicador. Si hubiera atravesado Mechanic Falls sin observar cuánto había bajado el nivel, habría podido tener problemas y llegado realmente tarde a su cita con Amy.

Mientras el empleado trataba de llenar el pozo sin fondo del Buick, se dirigió al teléfono público que había contra la pared.

Saco del bolsillo trasero izquierdo del pantalón su maltratada agenda y marcó el número de Greg Carstairs. Pensó que, siendo temprano, tal vez incluso pudiera encontrarlo, y tuvo razón.

—¿Diga?

—Hola, Greg... Soy Mort Rainey.

—Hola, Mort. Parece que has tenido problemas en Derry, ¿eh?

—Sí —contestó Mort—. ¿Lo han dicho en las noticias?

—En Canal 5.

—¿Y cómo se veía?

—¿Cómo se veía qué? —replicó Greg.

Mort dio un respingo, pero si alguien tenía que decírselo, se alegraba de que fuese Greg Carstairs. Era un exhippie amable y de cabellos largos que se había integrado en una secta religiosa más bien oscura —tal vez la de Swedenborg—, poco tiempo después de Woodstock. Tenía esposa y dos hijos, uno de siete años y otro de cinco, y por lo que Mort podía recordar, la familia estaba tan chalada como el propio Greg. Uno se acostumbraba tanto a la permanente sonrisilla del hombre que en las pocas ocasiones en que no se le veía, el tipo parecía desnudo.

—Tan malo como todo eso, ¿eh?

—Sí —respondió sencillamente Greg—. Debe de haberse consumido como un cohete. Lo siento de veras, tío.

—Gracias. Ahora voy para allá, Greg. Te llamo desde Mechanic Falls. ¿Puedes hacerme un favor mientras estoy ausente?

—Si te refieres a las vigas, creo que llegarán...

—No, no es eso. Se trata de otra cosa. Durante los últimos dos o tres días ha estado molestándome un tipo. Un chalado. Afirma que le robé un relato que escribió hace seis o siete años. Cuando le dije que había escrito mi versión del mismo relato antes de cuando dice que lo hizo él, que podía demostrarlo, se puso violento. Yo esperaba que la cosa terminara ahí, pero no hubo suerte. Anoche, mientras yo dormía en el sofá, mató a mi gato.

—¿A Bump? —Greg pareció sobresaltarse, una reacción que en su caso equivalía a la estupefacción de cualquier otro—. ¿Mató a Bump?

—Exacto.

—¿Le has hablado de esto a Dave Newsome?

—No, y tampoco quiero hacerlo. Si puedo, preferiría arreglármelas solo.

—Mort, el tipo no parece exactamente un pacifista.

—Matar un gato no es lo mismo que matar a un hombre —dijo Mort—, y creo que podría manejarlo mejor que Dave.

—Bueno, en eso tal vez tengas razón —asintió Greg—. Desde que cumplió los setenta, Dave se ha debilitado un poco. ¿Qué puedo hacer por ti, Mort?

—Por un lado, me gustaría saber dónde para el tipo.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. El nombre que figura en el manuscrito que me mostró es John Shooter, pero después se puso tonto con eso, me dijo que podía ser un pseudónimo. Creo que lo es ... Al menos suena como un pseudónimo. En todo caso, dudo de que se haya registrado con ese nombre si está en un motel de la zona.

—¿Cómo es?

—Un metro ochenta, aproximadamente, y alrededor de los cuarenta y pico. Tiene una de esas caras castigadas por el tiempo: arrugas producidas por el sol en torno a los ojos y surcos en las comisuras de la boca, como si tuviera la barbilla entre paréntesis.

Mientras hablaba, el rostro de John Shooter aparecía en su conciencia cada vez con mayor claridad, como el rostro de un espíritu flotando en la bola de cristal de una adivina. Mort sintió que se le ponía la piel de gallina en el dorso de las manos y se estremeció un poco. Una voz semiconsciente le decía que estaba cometiendo un error o engañando deliberadamente a Greg. Shooter era peligroso. No había necesitado ver lo que el hombre le había hecho a Bump para saberlo. Lo había visto el día anterior por la tarde en los ojos de Shooter. Entonces, ¿por qué jugaba a perseguirlo?

"Porque sí —respondió otra voz más profunda, con una especie de firmeza peligrosa—. Porque sí, eso es todo."

La voz semiconsciente volvió a oírse, preocupada: "¿Tienes intención de hacerle daño? ¿Se trata de eso? ¿Tienes intención de hacerle daño?"

Pero la voz profunda se negó a contestar. Había enmudecido.

—Esa descripción corresponde a la de la mitad de los granjeros que hay por aquí —dijo Greg, dubitativo.

—Bueno, hay un par de cosas que pueden ayudar a identificarlo —replicó Mort—. Por ejemplo, es sureño. Tiene un acento que lo delata a un kilómetro de distancia. Lleva un gran sombrero negro, creo que de fieltro, de copa redonda, como esos sombreros que usan los Amish. Y conduce una furgoneta Ford azul, de principios de los sesenta, matrícula de Mississippi.

—Vale, eso está mejor. Preguntaré por ahí. Si está en la zona, alguien sabrá dónde. En esta época del año, las matrículas de fuera del estado llaman la atención.

—Lo sé —dijo Mort, y de pronto se le ocurrió algo más—. Podrías empezar preguntándole a Tom Greenleaf. Ayer estaba hablando con ese Shooter en el camino del lago, a unos quinientos

metros al norte de mi casa, cuando Tom pasó con su Scout. Nos saludó al pasar y le respondimos. Tom debió de echarle una buena mirada.

—Vale. Probablemente lo veré en el almacén de Bowie si voy alrededor de las diez a tomar un café.

—Él también estuvo allí —dijo Mort—. Lo sé porque mencionó el expositor de libros de bolsillo. Es uno de esos anticuados

—Y si lo encuentro, ¿qué?

—Nada —dijo Mort—. No hagas nada. Te llamaré esta noche.

Supongo que mañana por la noche ya estaré de vuelta. No sé qué demonios voy a hacer en Derry, salvo revolver entre las cenizas.

—¿Y qué pasa con Amy?

—Está con un tipo —respondió Mort, procurando no parecer demasiado rígido y probablemente sin conseguirlo—. Supongo que lo que vaya a hacer Amy tendrán que decidirlo entre ellos.

—¡Oh! Lo siento.

—No pasa nada.

Miró hacia la zona de los surtidores de gasolina, y vio que el chico había terminado de llenar el depósito de su coche y ahora limpiaba el parabrisas, una visión que no había esperado volver a tener en su vida.

—Esto de enfrentarte al tipo tú solo..., ¿estás seguro de que es lo que quieres hacer?

—Sí, creo que sí —dijo Mort.

Vaciló, percibiendo de pronto lo que probablemente le pasaba por la cabeza a Greg. Estaba pensando que si encontraba al tipo del sombrero negro y, como resultado, Mort resultaba herido, él, Greg, sería responsable.

—Oye, Greg, si quieres puedes venir conmigo cuando vaya a hablar con el tipo.

—Tal vez lo haga —contestó Greg, aliviado.

—Lo que él quiere son pruebas —dijo Mort—, de modo que tendré que conseguirlas.

—Pero dijiste que las tenías.

—Sí, pero no me creyó. Supongo que tendré que pasárselas por la cara para que me deje tranquilo.

—¡Ah! —exclamó Greg—. El tipo está loco, ¿no?

—Por supuesto.

—Bueno, veré si puedo encontrarlo. Llámame esta noche.

—Lo haré. Y gracias, Greg.

—De nada. Un cambio es tan bueno como un descanso.

—Eso dicen.

Se despidió de Greg y miró el reloj. Eran casi las siete y media; demasiado temprano para llamar a Herb Creekmore, a menos que quisiera sacarlo de la cama. Y no era tan urgente. Si paraba en el peaje de Augusta sería perfecto. Regresó al Buick mientras guardaba la agenda y sacaba el billetero. Le preguntó al chico cuánto le debía.

—Son veintidós cincuenta, con el descuento por pago en efectivo —dijo el chico, y, mirándolo tímidamente, añadió—: Señor Rainey, ¿podría firmarme un autógrafo? Tengo todos sus libros.

Eso le recordó otra vez a Amy y cómo detestaba a los cazadores de autógrafos. El propio Mort no los entendía, pero no veía ningún mal en ellos. Para Amy, resumían un aspecto de sus vidas que cada vez le resultaba más odioso. Hacia el final de su relación, él se retraía cada vez que alguien hacía esa pregunta en presencia de Amy. A veces, casi la oía pensar: "Si me amas, ¿por qué no los paras?" ¡Como si fuera posible! Su trabajo consistía en escribir libros que gente como este chico quisiera leer, o al menos eso le parecía. Cuando lo lograba, le pedían autógrafos.

Garrapateó su nombre en la parte trasera de una factura de crédito (al fin y al cabo, el muchacho le había lavado el parabrisas), y pensó que si Amy lo había culpado por hacer algo que a ellos les gustaba —y opinaba que lo había hecho sin ser realmente consciente de ello—, suponía que era culpable de verdad. Así estaban las cosas.

Después de todo, lo correcto era lo correcto y lo justo era lo justo.

Subió al coche y prosiguió su camino en dirección a Derry.

## 17

Pagó sus setenta y cinco centavos en el peaje y entró en la zona de aparcamiento situada junto a los teléfonos, al otro extremo. El día era soleado, fresco y ventoso. El viento —que venía del sudoeste, desde Litchfield, y corría sin encontrar obstáculos por la abierta explanada donde estaban las cajas— era lo bastante fuerte como para que los ojos de Mort se llenasen de lágrimas. De todos modos, lo disfrutaba. Casi podía sentir cómo desempolvaba las habitaciones del interior de su cabeza, que habían permanecido cerradas y a oscuras durante demasiado tiempo.

Utilizó la tarjeta de crédito para llamar a Herb Creekmore a Nueva York. A su apartamento, no al despacho. En realidad, Herb no llegaría a James & Creekmore, la agencia literaria de Mort Rainey, hasta por lo menos una hora después, pero Mort lo conocía desde hacía el tiempo suficiente como para imaginar que probablemente a esas alturas el hombre ya habría pasado por la ducha y estaría bebiendo una taza de café mientras esperaba a que desapareciera el vapor del espejo del baño para afeitarse.

Por segunda vez consecutiva, tuvo suerte. Herb contestó con una voz de la que casi había desaparecido la confusión del sueño.

"¿Tengo buena racha esta mañana o qué?", pensó Mort, sonriendo al frío viento de octubre. Al otro lado de los cuatro carriles de la autopista, veía a unos hombres colocando vallas contra la nieve en prevención del invierno que ya asomaba por el horizonte del calendario.

—Hola, Herb —dijo—. Te llamo desde una cabina en el peaje de Augusta. Mi divorcio ya es efectivo, mi casa de Derry se incendió anoche, un chalado mató a mi gato y está más frío que la hebilla del cinturón de un minero..., ¿sigo?

No había comprendido lo absurdo que resultaba el catálogo de sus agravios hasta que se oyó recitarlos en voz alto, y estuvo a punto de echarse a reír. ¡Jesús! Ahí fuera hacía frío, ¡pero era estimulante! ¡Era limpio!

—¿Mort? —preguntó con cautela Herb, como si sospechara que estaba siendo víctima de una broma pesada.

—A tu servicio —contestó Mort.

—¿Qué es eso de tu casa?

—Te lo explicaré, pero sólo una vez. Toma nota si tienes que hacerlo porque pienso estar de vuelta en mi coche antes de quedar congelado junto a este teléfono.

Empezó con Shooter y su acusación. Terminó con la conversación que había mantenido la noche anterior con Amy.

Herb, que había pasado bastante tiempo como invitado de Mort y Amy (y que, según suponía Mort, había quedado totalmente abrumado por su ruptura), expresó su sorpresa y su pena por lo que le había pasado a la casa de Derry. Preguntó si Mort tenía alguna idea de quién lo había hecho. Mort dijo que no.

—¿Sospechas de ese tal Shooter? —preguntó Herb—. Comprendo la significación de que el gato fuera asesinado sólo un rato antes de que despertaras, pero...

—Supongo que técnicamente es posible y no lo descarto por completo —respondió Mort—, pero tengo mis dudas. Tal vez sea sólo porque no puedo aceptar la idea de que un hombre queme una casa de veinticuatro habitaciones para librarse de una revista. Pero creo que sobre todo es porque lo conocí. Está firmemente convencido de que le robé el relato, Herb. Quiero decir que no tiene dudas sobre eso. Cuando le dije que podía mostrarle pruebas, su actitud fue la de: "Vale, hijo de puta, demuéstremelo."

—Sin embargo..., llamaste a la policía, ¿no?

—Sí, esta mañana hice una llamada —contestó Mort.

A pesar de que la afirmación era algo tramposa, no era una mentira absoluta. Había hecho una llamada esa mañana. A Greg Carstairs. Pero si le decía a Herb Creekmere, a quien visualizaba sentado en la sala de su apartamento de Nueva York con unos pantalones de tweed y una sofisticada camisa, que tenía intención de resolver el asunto solo, con ayuda de Greg, dudaba mucho de que Herb lo comprendiese. Herb era un hombre agradable y un buen amigo, pero era un estereotipo: hombre civilizado, modelo finales del siglo veinte, cortés y urbano. Era el tipo de hombre que cree en la asesoría. El tipo de hombre que cree en la meditación y la mediación. El tipo de hombre que cree en la conversación cuando está presidida por la razón, y en la inmediata delegación del problema a las autoridades cuando no lo está. Para Herb, la idea de que hay cosas que a veces un hombre debe hacer personalmente, tenía su lugar en las películas protagonizadas por Sylvester Stallone.

—Bueno, eso está bien —dijo Herb aliviado—. Ya tienes bastantes problemas como para preocuparte además por un psicópata de Mississippi. ¿Qué harás si lo encuentran? ¿Lo denunciarás por acoso?

—Preferiría convencerlo de que regresara a casa y se llevase consigo su escena de persecución —respondió Mort.

Su sentimiento de alegre optimismo, tan inesperado como indudablemente real, persistía. Suponía que pronto se estrellaría, pero por el momento no podía dejar de sonreír. Así que se limpió la goteante nariz con la manga de la chaqueta y continuó sonriendo. Había olvidado lo agradable que era tener una sonrisa permanente en los labios.

—¿Y cómo lo harás?

—Espero que con tu ayuda. Tienes archivadas mis ediciones, ¿no?

—Sí, pero...

—Bueno, necesito que cojas el número de junio de 1980 de la *Ellery Queen's Mystery Magazine*. Es donde aparece publicado "Tiempo de siembra". El mío lo he perdido a causa del incendio, pero...

—No lo tengo —le interrumpió Herb con calma

—¿No? —pestañeó Mort. Eso era algo que no había esperado—. ¿Y por qué no?

—Porque en 1980 faltaban dos años para que me convirtiera en tu agente. Tengo por lo menos un ejemplar de todo lo que vendí para ti, pero ése es uno de los relatos que vendiste tú.

—¡Mierda! —exclamó Mort, mientras repasaba mentalmente la página de créditos de *Todos tiran la moneda*. Junto a la mayoría de títulos, aparecía la siguiente frase: "Reeditado con el permiso del autor y sus agentes, James & Creekmore". Junto a "Tiempo de siembra" (y otros dos o tres más de la antología), tan sólo ponía: "Reeditado con permiso del autor."

—Lo siento —dijo Herb.

—¡Claro! Lo envié yo mismo. Recuerdo haber escrito la carta de cesión antes de enviarlo, pero es que parece que hayas sido siempre mi agente. —Rió un poco y agregó—: No hay ofensa.

—Claro que no —dijo Herb—. ¿Quieres que llame a Ellery? Deben de tener números atrasados.

—¿Lo harías? —preguntó Mort, agradecido—. Sería estupendo.

—Será lo primero que haga por la mañana, sólo que...

—¿Qué?

—Prométeme que no estás pensando enfrentarte solo con ese tipo una vez que tengas el ejemplar de la revista.

—Lo prometo —respondió rápidamente Mort.

Hacía trampas de nuevo, pero ¡qué demonios!, le había pedido a Greg que lo acompañara y Greg había aceptado, así que no estaría solo. Y al fin y al cabo, Herb Creekmore era su agente literario,

no su papá. En realidad, no era de su incumbencia la forma en que afrontaba él sus asuntos personales.

—Vale —dijo Herb—. Me ocuparé de eso. Llámame desde Derry. Mort..., tal vez no sea tan malo como parece.

—Me gustaría creerlo.

—Pero ¿no lo crees?

—Me temo que no.

—Está bien. —Herb suspiró y después añadió tímidamente—: ¿No pasa nada si te pido que le des un abrazo de mi parte a Amy?

—Nada, y se lo daré.

—De acuerdo. Ahora resguárdate del viento y continúa tu camino, Mort. Lo oigo silbar por el receptor. Debes de estar helándote.

—Voy para allá. Gracias otra vez, Herb.

Colgó y miró pensativo el teléfono un momento. Había olvidado que el Buick necesitaba gasolina, lo cual era un olvido menor, pero también había olvidado que Herb Creekmore no se había convertido en su agente hasta 1982, y eso no era tan menor.

Suponía que era a causa de un exceso de presión, pero ahora se preguntaba qué otra cosa podía haber olvidado.

La voz interior, no la de las regiones intermedias sino de la profunda, dijo de pronto: "Por ejemplo haber robado el relato. Tal vez lo olvidaste."

Lanzó una carcajada mientras regresaba deprisa hacia el coche.

Jamás había estado en Mississippi y ni siquiera ahora, atrapado como se encontraba en una "seca" de escritor, se le había ocurrido rebajarse al plagio. Se deslizó ante el volante y conectó el motor, pensando que, desde luego, de vez en cuando la mente de una persona inventaba mierda muy rara.

Mort no creía que la gente —ni siquiera los que trataban de ser totalmente honestos consigo mismos— supiera cuándo una cosa se había terminado. Pensaba que, con frecuencia, seguían creyendo o intentando creer, aunque las palabras no sólo estuvieran escritas en la pared, sino escritas en letras lo bastante grandes como para ser leídas a cien metros de distancia sin prismáticos. Si se trataba de algo que realmente te importaba y sentías que necesitabas, resultaba fácil engañarte a ti mismo, confundir tu vida con la televisión y convencerte de que eso que parecía estar mal terminaría por arreglarse, tal vez después de la siguiente tanda publicitaria. Suponía que, sin esa gran capacidad para el autoengaño, la raza humana estaría mucho más loca de lo que ya lo estaba.

Pero, a veces, la verdad se abría paso y, si habías intentado conscientemente eludir esa verdad, los resultados podían ser desastrosos. Era como estar en un lugar en el momento en que una ola enorme pasaba, no por encima, sino a través de un dique que habían puesto en el camino, arrastrando consigo el dique y a ti.

Mort Rainey experimentó una de esas manifestaciones cataclísmicas cuando los representantes de la policía y los bomberos se fueron y él, Amy y Ted Milner se quedaron solos, caminando lentamente en torno a las humeantes ruinas de la verde casa victoriana que había estado en el 92 de la calle Kansas durante ciento treinta y seis años. Fue mientras realizaban aquella melancólica inspección cuando comprendió que su matrimonio con la antigua Amy Dowd, de Portland, Maine, había terminado. No era un "período de tensión matrimonial» ni "una separación de prueba". No iba a ser uno de esos casos que se oían mencionar de vez en cuando, en que ambos cónyuges se arrepentían y volvían a casarse. Había terminado. Sus vidas juntos eran historia. Hasta la casa en la que habían compartido tan buenos momentos no era más que una serie de vigas incandescentes, desmoronadas en el hueco que fuera del sótano como los dientes de un gigante. Su encuentro en Marchman's, la pequeña cafetería de la calle Witcham, había ido bastante bien. Amy lo había abrazado, y él a ella, pero cuando intentó besarla en la boca, ella volvió con habilidad la cabeza, de modo que sus labios encontraron la mejilla. Besobeso, como decían en las fiestas de oficina. Me alegro de verte, querido.

Ted Milner, con su cabello seco perfectamente ordenado esta mañana, sin un solo rizo Alfalfa a la vista, los observaba desde una mesa del rincón. Tenía en la mano la pipa que Mort había visto entre sus dientes en diversas fiestas durante los últimos tres años, aproximadamente. Mort estaba convencido de que, en el caso de Ted, la pipa era un objeto artificioso, un pequeño artefacto utilizado con el único propósito de hacer que su dueño pareciera mayor. Porque ¿cuántos años tenía? Mort no estaba seguro, pero, si Amy tenía treinta y seis, pensó que Ted, con sus impecables tejanos lavados a la piedra y su camisa J. Press abierta en el cuello, tenía que ser por lo menos cuatro años más joven, tal vez más. Se preguntó si Amy había pensado que dentro de diez años podía tener problemas..., incluso dentro de cinco..., y después llegó a la conclusión de que para sugerírsele hacía falta ser mejor de lo que él era.

Preguntó si había alguna novedad. Amy dijo que no. Entonces empezó a hablar Ted con un ligero acento sureño mucho más suave que la pronunciación nasal de John Shooter.

Le dijo a Mort que el jefe de bomberos y un teniente del departamento de Policía de Derry se encontrarían con ellos en lo que Ted llamaba «el sitio». Querían hacerle unas preguntas. Mort dijo que le parecía estupendo. Ted preguntó si quería una taza de café: tenían tiempo. Mort contestó que eso tam-bién sería estupendo. Ted le preguntó cómo estaba. Mort volvió a utilizar la palabra estupendo. Cada vez que salía de su boca, había perdido algo más de sustancia. Amy contemplaba aquel intercambio con cierta aprensión, y Mort lo comprendió. El día que los había descubierto acostados juntos, le había dicho a Ted que lo mataría. En realidad, tal vez hubiera dicho algo sobre matarlos a los dos. Su recuerdo de la escena era brumoso. Sospechaba que el de ellos también podía serlo. No sabía nada de los otros dos vértices del triángulo, pero en su caso le parecía que la bruma no sólo era comprensible, sino compasiva.

Tomaron café. Amy le preguntó por John Shooter. Mort dijo que creía que la situación estaba bajo control. No habló de gatos, ni notas, ni revistas, y al cabo de un rato salieron de Marchman's y se dirigieron al 92 de la calle Kansas, donde una vez había estado su hogar.

El jefe de bomberos y el detective de la policía estaban allí como habían prometido, y también como habían prometido hicieron preguntas. La mayoría se referían a gente que pudiera tenerle la antipatía suficiente como para arrojar un cóctel Molotov en su estudio. Si Mort hubiera estado solo,

no habría mencionado a Shooter, pero si no lo hacía él lo haría Amy, de modo que relató el encuentro inicial tal como había sucedido.

—¿El tipo estaba enfadado? —preguntó el jefe de bomberos.

—¿Lo bastante como para venir a Derry e incendiar su casa? —preguntó Bradley, el detective.

Él estaba casi seguro de que Shooter no lo había hecho, pero no quería profundizar en sus breves encuentros con Shooter. En primer lugar, eso significaría decirles lo que le había hecho a Bump, y el asunto entristecería a Amy. La entristecería mucho y abriría una caja de gusanos que prefería dejar cerrada. Mort pensó que había llegado el momento de disimular otra vez.

—Al comienzo pudo haberlo estado —respondió—. Pero cuando descubrí que ambos relatos eran realmente similares, miré la fecha original de publicación del mío y...

—¿El de ese tipo no se ha publicado? —le interrumpió Bradley.

—No, estoy seguro de que no. Entonces, cuando ayer volvió a aparecer, le pregunté cuándo había escrito su relato, esperando que mencionara una fecha posterior a la de la publicación del mío, ¿comprende?

El detective Bradley asintió.

—Estaba tratando de probar que le había ganado de mano.

—Exacto. "Tiempo de siembra" aparece en un libro de relatos que publiqué en 1983, pero se había publicado originalmente en 1980. Esperaba que el tipo se sentiría seguro con una fecha sólo un año o dos anterior a 1983. Tuve suerte. Dijo que lo había escrito en 1982, así que, ya ve, lo tenía.

Esperaba que las cosas terminaran allí, pero Wickersham, el jefe de bomberos, continuó.

—Usted y nosotros lo vemos, señor Rainey, pero ¿lo vio él?

Mort suspiró para sus adentros. Supuso que se podía disimular hasta cierto punto, pero que si las cosas se prolongaban el tiempo suficiente, se llegaba a un extremo en el cual había que decir la verdad o inventar una mentira directa. Y ese punto había llegado.

Pero ¿el asunto le concernía a él o a ellos? A él. Vale. Y tenía intención de que las cosas siguieran siendo así.

—Sí —dijo—, lo vio.

—¿Qué hizo? —preguntó Ted. Mort lo miró con moderado fastidio. Ted apartó la vista, como si experimentara el deseo de jugar con su pipa. La pipa estaba en el coche. La camisa J. Perry no tenía bolsillo para llevarla.

—Se fue —dijo Mort. Su irritación con Ted, que no tenía derecho alguno a interferir, le facilitó la mentira. Además, el hecho de estar mintiéndole a Ted se lo ponía más fácil—. Murmuró algunas payasadas sobre la increíble coincidencia, saltó a su coche como si le hubieran prendido fuego al pelo y le estuviera llegando al culo, y se fue.

—¿Observó la marca del coche y la matrícula, señor Rainey? —preguntó Bradley. Había sacado un bloc y un bolígrafo.

—Era un Ford —dijo Mort—. Lo siento, pero no puedo ayudarlo con la matrícula. No era de Maine, pero aparte de eso...

Se encogió de hombros y trató de parecer contrito. Por dentro se sentía cada vez más incómodo por la forma en que se desarrollaban las cosas. Mientras se las daba de listo, sorteando la posibilidad de la mentira directa, le había parecido una manera de ahorrarle a Amy el dolor de saber que el loco le había roto el cuello a Bump y lo había atravesado con un destornillador. Pero ahora se había colocado en una posición comprometida. Había dado dos versiones distintas del mismo hecho a dos grupos distintos de personas. Si se reunían y comparaban, las cosas se pondrían feas para él. Explicar sus razones para mentir podía resultar incómodo. Suponía que aquellas comparaciones eran muy improbables en la medida en que Amy no hablara con Greg Carstairs o con Herb Creekmere. Pero ¿qué sucedería si, cuando él y Greg cogieran a Shooter y le refregaran por los morros el número de junio de 1980 de Ellery, se producía una conmoción?

"No importa —se dijo—, cuando llegue el momento, quemaremos ese puente." Aquella idea le hizo recuperar en cierto modo el buen humor que había sentido mientras hablaba con Herb en el peaje, y estuvo a punto de que se le escapara una risita. La contuvo. Si hacía eso, se preguntarían por qué reía, y supuso que tendrían razón al preguntárselo.

—Supongo que, a estas alturas, Shooter debe de estar regresando a...

("Mississippi")

—... al lugar de donde vino —terminó, casi sin interrupción.

—Parece verosímil —dijo el teniente Bradley—, pero me inclino por investigar este asunto, señor Rainey. Tal vez haya convencido al tipo de que se equivocaba, pero eso no quiere decir que se haya ido apaciguado. Es posible que viniera aquí e incendiara su casa sólo porque se sentía cegado... Perdone, señora Rainey.

Amy le dedicó una sonrisilla forzada y desechó la disculpa con un gesto de la mano.

—¿Lo crees posible?

"No —pensó Mort—, no lo creo. Si hubiera decidido quemar la casa, creo que habría matado a Bump antes de salir para Derry, por si yo despertaba antes de su regreso. En ese caso, la sangre habría estado seca y Bump rígido cuando lo encontré. Y no sucedió así. Pero no puedo decirlo. Ni aunque quisiera. Entre otras cosas, porque se preguntarían por qué he ocultado lo de Bump tanto tiempo. Probablemente pensarían que tengo algunos tornillos flojos."

—Supongo que sí —respondió—, pero yo estuve con él. No me pareció del tipo de los que queman casas.

—Quieres decir que no era un Snope —dijo Amy de pronto.

Mort la miró sorprendido y sonrió.

—Exacto —contestó—. Un sureño, pero no un Snope.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Bradley con aire cansado.

—Es un viejo chiste, teniente —dijo Amy—. Los Snope son personajes de algunas novelas de William Faulkner. Se iniciaron en el mundo de los negocios quemando graneros.

—¡Ah! —exclamó Bradley desconcertado.

—Señor Rainey, no existe un tipo específico de incendiario —dijo Wickersham—. Los hay de todas formas y tamaños, créame.

—Bueno...

—Dígame algo más del coche, si puede —insistió Bradley, apoyando el lápiz sobre el bloc—. Quiero que la policía estatal tenga datos sobre ese tipo.

Súbitamente, Mort decidió mentir un poco más. En realidad, mucho más.

—Bueno, era un sedán. Eso puedo asegurarlo.

—¡Ajá! Un sedán Ford. ¿De qué año?

—Creo que de los setenta —contestó Mort. Estaba seguro de que habían fabricado la furgoneta más o menos hacia la época en que un hombre llamado Oswald había designado a Lyndon Johnson presidente de Estados Unidos. Hizo una pausa y agregó—: La matrícula era de color claro. Podría ser de Florida. No puedo jurarlo, pero podría ser.

—¡Ajá! ¿Y el tipo?

—Altura media. Pelo rubio. Gafas. De esas de montura redonda como las que le gustaban a John Lennon. En realidad, es todo lo que re...

—¿No dijiste que llevaba sombrero? —preguntó Amy de pronto.

Mort sintió que sus dientes se entrechocaban.

—Sí —respondió con calma—. Es verdad, lo había olvidado. Gris oscuro o negro. Pero parecía más bien una gorra. Ya sabe, con visera.

—Vale —dijo Bradley, cerrando el bloc de golpe—. Es algo por donde empezar.

—¿No puede haber sido un simple caso de vandalismo, la obra de un maníaco? —preguntó Mort—. En las novelas, todo se relaciona, pero la experiencia me dice que en la vida real a veces las cosas suceden simplemente.

—Es posible —asintió Wickersham—, pero revisar las conexiones evidentes no le hace mal a nadie.—Y, dedicando un pequeño guiño solemne a Mort, agregó—: A veces la vida imita al arte.

—¿Necesitan algo más? —le preguntó Ted, pasando un brazo por los hombros de Amy.

Wickersham y Bradley intercambiaron una mirada, y Bradley movió la cabeza.

—Creo que no, al menos por el momento.

—Sólo lo pregunto porque Amy y Mort tendrán que dedicar un rato al agente de seguros —dijo Ted—. Y tal vez también a un investigador de la central de la empresa.

El acento sureño del hombre le resultaba cada vez más irritante a Mort. Sospechaba que Ted provenía de una parte del sur que estaba varios estados más al norte que la tierra de Faulkner, pero de todos modos se trataba de una coincidencia que hubiera preferido evitar.

Los funcionarios estrecharon las manos de Amy y Mort, expresaron sus condolencias, les dijeron que avisaran si les sucedía algo más y se marcharon. Luego, los tres dieron otra vuelta en torno a la casa.

—Amy, lamento todo esto —dijo súbitamente Mort. Ella caminaba entre ambos y lo miró, al parecer sorprendida por algo que había percibido en su voz. Tal vez simple sinceridad—. Todo, lo lamento de veras.

—Yo también —dijo ella suavemente, y tocó su mano.

—Bueno, con Teddy somos tres —dijo Ted con solemne cordialidad.

Amy se volvió hacia él y, en ese momento, Mort hubiera podido estrangularlo alegremente hasta hacer que sus ojos saltaran y quedaran colgando de los nervios ópticos.

Ahora recorrían el lado oeste de la casa, en dirección a la calle.

Ahí arriba había estado el rincón por donde su estudio comunicaba con la casa, y no lejos de allí se encontraba el jardín de Amy.

Todas las flores habían muerto, y Mort pensó que tal vez fuera mejor así. El fuego había sido lo bastante intenso como para chamuscar toda la hierba verde en un radio de cinco metros en torno a la casa. Si las flores hubieran estado abiertas, también las habría chamuscado, y eso hubiese sido triste. Hubiese sido...

Súbitamente, Mort se detuvo. Estaba recordando los relatos.

El relato. Podía llamarse "Tiempo de siembra" o "Ventana secreta, secreto jardín", pero cuando se limaban las pequeñas diferencias eran una sola y misma cosa. Miró hacia arriba. Ahora sólo se veía el cielo azul, pero antes del incendio de la noche anterior había una ventana exactamente en el punto que estaba mirando. Era la ventana de la pequeña habitación contigua al lavadero, del cuartito donde Amy tenía su despacho. Allí, ella hacía los cheques, escribía su diario, realizaba las llamadas telefónicas indispensables...

Era el cuarto donde Mort sospechaba que Amy había empezado una novela hacía varios años. Y cuando la novela murió, fue el cuarto donde ella la enterró, decorosa y silenciosamente, en un cajón del escritorio. El escritorio estaba junto a la ventana. A Amy le gustaba ir allí por las mañanas. Ponia la lavadora en la habitación de al lado, y hacía su trabajo mientras esperaba que la chicharra le indicara que había llegado el momento de vaciar la lavadora y poner la ropa en la secadora. El cuarto se encontraba alejado de la parte principal de la casa, y a Amy, según decía, le gustaba su tranquilidad. Su tranquilidad y la clara y saludable luz de la mañana que entraba por la ventana. A ella le gustaba mirar por la ventana de vez en cuando, hacia sus flores, que crecían en el profundo rincón formado por la casa y el estudio. Y Mort la oyó diciendo: "Es la mejor habitación de la casa, al menos para mí, porque casi nadie va allí, salvo yo. Tiene una ventana secreta y da a un jardín secreto."

—¿Mort? —decía Amy.

Durante un instante, no le prestó atención, confundiendo su voz real con la voz que escuchaba en su cabeza, que era la del recuerdo. Pero ¿era un recuerdo real o falso? Ésa era la pregunta importante, ¿no? Parecía real, pero él había atravesado una época de gran estrés, incluso antes de lo de Shooter, Bump y el incendio.

¿No era al menos posible que estuviera padeciendo una..., bueno, una alucinación mnemotécnica? ¿Que estuviera tratando de que su pasado con Amy coincidiera en cierta forma con aquella maldita historia en la que un hombre se había vuelto loco y había matado a su esposa?

"¡Jesús, espero que no! Espero que no, porque si es así estoy demasiado cerca del derrumbe nervioso como para sentirme tranquilo."

—Mort, ¿te encuentras bien? —preguntó Amy, dándole un violento tirón de la manga y sacándolo del trance, al menos por el momento.

—Sí —contestó; y después, bruscamente, agregó—: No. Si quieres que te diga la verdad, me encuentro un poco mal.

—Tal vez sea el desayuno —dijo Ted.

Amy le lanzó una mirada que hizo que Mort se sintiera un poco mejor. No era muy amistosa.

—No es el desayuno —dijo con cierta indignación, y mostró las ruinas ennegrecidas—. Es eso. Salgamos de aquí.

—La gente de la compañía de seguros vendrá al mediodía —advirtió Ted.

—Bueno, falta más de una hora. Vamos a tu casa, Ted. Yo tampoco me encuentro bien. Me gustaría sentarme.

—Vale —dijo Ted en el tono ofendido de quien está pensando "no es necesario gritar", y que también le hizo sentirse mejor.

Y, a pesar de que aquella mañana, durante el desayuno, hubiera jurado que la casa de Ted Milner era el último lugar de la tierra adonde deseaba ir, los acompañó sin protestar.

## 19

Durante el viaje por la ciudad hacia la parte este donde Ted colgaba su sombrero, permanecieron en silencio. Mort no sabía en qué estarían pensando Amy y Ted, pero suponía que tal vez Amy pensara en la casa y Ted en si llegarían o no a tiempo para ver a los encargados de la compañía de seguros. En todo caso, sabía en qué estaba pensando él. Estaba tratando de descubrir si se estaba volviendo loco o no. ¿Esto es real o es un juego de Memory?

Finalmente, llegó a la conclusión de que Amy había dicho aquello acerca de su despacho junto al lavadero, no era un falso recuerdo. Ahora bien, ¿lo había dicho antes de 1982, cuando John Shooter afirmaba haber escrito un relato llamado "Ventana secreta, secreto jardín"? No lo sabía. Por mucho que se esforzara, de su cerebro confuso y dolorido todo lo que obtenía era un mensaje breve: respuesta incierta. Pero si ella lo había dicho, fuera cuando fuese, ¿no podía ser que el título de Shooter fuera una simple coincidencia? Tal vez, pero las coincidencias empezaban a acumularse, ¿no? Había llegado a la conclusión de que el incendio era, tenía que ser, una coincidencia. Pero el recuerdo del jardín de Amy con su cosecha de flores muertas... Bueno, cada vez resultaba más difícil creer que todo eso no estuviera ligado de una manera extraña, tal vez incluso sobrenatural.

¿Y acaso el propio Shooter no había estado igualmente confundido a su manera? "¿Cómo lo consiguió? —había preguntado, con la voz teñida de cólera y desconcierto—. Eso es lo que de

verdad quiero saber. ¿Cómo demonios un gilipollas garrapateador con dinero como usted llegó a un pueblo de mierda de Mississippi y robó mi maldita historia?" En aquel momento, Mort había pensado que, o bien se trataba de otra señal de la locura del tipo, o bien éste era un actor excelente. Ahora, en el coche de Ted, se le ocurrió por primera vez que ésa era exactamente la forma en que hubiera reaccionado él si las circunstancias se hubieran invertido.

Como había sucedido, en cierta forma. El único detalle en el que los relatos diferían de manera sustancial era en el título. Ambos eran correctos, pero Mort descubrió que ahora tenía una pregunta para hacer a Shooter, una pregunta muy semejante a la que Shooter le había hecho a él: "¿Y cómo se le ocurrió ese título, señor Shooter? Eso es lo que de verdad quiero saber. ¿Cómo demonios supo que, a dos mil kilómetros de su pueblo de mierda en Mississippi, la esposa de un escritor de quien según usted no oyó hablar hasta este año, tenía su propia ventana secreta que daba a su propio secreto jardín?"

Bueno, naturalmente había una sola manera de descubrirlo.

Cuando Greg encontrara a Shooter, Mort tendría que preguntárselo.

## 20

Mort rechazó la taza de café que le ofreció Ted y preguntó si tenía una Coca-Cola o una Pepsi. Ted tenía. Después de beberla, el estómago de Mort se asentó. Había supuesto que el solo hecho de estar allí, donde Ted y Amy jugaban a mamás y papás ahora que no tenían que molestarse en acudir a moteles pequeños y baratos de la ciudad, lo enfurecería e inquietaría. No fue así. Era sólo una casa, una casa donde todas las habitaciones parecían proclamar que su dueño era un Joven Soltero Calavera que Estaba Trepanando la Escalera. Mort descubrió que podía aceptarlo con tranquilidad, aunque volvía a inspirarle cierta inquietud por Amy. Pensó en su pequeño despacho, por donde entraba una luz clara y saludable, y en el ronroneo adormecedor de la secadora a través de la pared, su pequeña oficina con su ventana secreta, la única ventana de la casa que daba al ángulo profundo formado por la casa y el anexo, y reflexionó en lo mucho que pertenecía a ese lugar y en lo poco que parecía pertenecer a éste. Sin embargo, aquélla era una cuestión con la cual tendría que enfrentarse ella. Tras observar unos minutos esta otra casa, que no era un antro de iniquidad, sino simplemente una casa, Mort se dijo que podría vivir con aquello, que incluso podría estar contento.

Ella preguntó si pasaría la noche en Derry.

—No. Regresaré en cuanto terminemos con los de la compañía de seguros. Si surge algo más, pueden ponerse en contacto conmigo, o puedes hacerlo tú.

Le sonrió. Ella le devolvió la sonrisa y le rozó brevemente una mano. A Ted no le gustó. Miró por la ventana con el entrecejo fruncido y toqueteó su pipa.

## 21

Llegaron a tiempo para la reunión con los representantes de la compañía de seguros, lo que sin duda alguna tranquilizó a Ted Milner. A Mort no le entusiasmaba especialmente que Ted estuviera

allí. Al fin y al cabo, jamás había sido su casa, ni siquiera después del divorcio. No obstante, tenerlo allí parecía tranquilizar a Amy, así que no dijo nada.

Don Strick, el agente de la Compañía de Seguros Consolidated con quien habían tratado, los llevó a su oficina después de otra breve visita al "sitio". En el despacho encontraron a un hombre llamado Fred Evans, un investigador de campo de la Consolidated especializado en incendios. La razón por la cual Evans no había estado aquella mañana con Wickersham y Bradley se aclaró enseguida: había pasado la mayor parte de la noche anterior recorriendo las ruinas con una linterna celular y una cámara Polaroid.

Explicó que había regresado a su habitación del motel para echar un sueñecito antes de ver a los Rainey.

Evans le cayó muy bien a Mort. Parecía realmente apenado por la pérdida que habían sufrido Amy y él, mientras que todos los demás, incluido el señor Teddy Somos Tres, parecían haber proferido sólo las palabras tradicionales de condolencia antes de seguir con lo que cada uno de ellos consideraba la tarea que tenía entre manos (y en el caso de Ted Milner, pensó Mort, la tarea entre manos era conseguir que saliera de Derry y se fuera al lago Tashmore lo más pronto posible). Fred Evans no habló del número 92 de la calle Kansas como "el sitio"; se refería a él como "la casa".

Sus preguntas, si bien en esencia eran las mismas que habían hecho Wickersham y Bradley, resultaban más amables, minuciosas e insistentes. Pese a haber dormido como mucho cuatro horas, tenía los ojos brillantes, y su expresión era franca y clara. Después de hablar con él durante veinte minutos, Mort decidió que si alguna vez decidía incendiar una casa para cobrar el dinero del seguro, trataría con otra compañía que no fuera Consolidated o esperaría a que este hombre se jubilara.

Cuando terminó con sus preguntas, Evans les sonrió.

—Se han mostrado muy dispuestos a colaborar y quiero darles las gracias otra vez, tanto por las respuestas meditadas como por su amabilidad. En muchos casos, la gente se irrita en cuanto escuchan la expresión "investigador de seguros". Están alterados, lo cual es comprensible, y a menudo se toman la presencia de un investigador en la escena como una acusación de que han incendiado su propiedad.

—Dadas las circunstancias, me parece que no podrían habernos tratado mejor —dijo Amy, y Ted Milner asintió con tal violencia que parecía como si su cabeza pendiera del extremo de un hilo manejado por un titiritero con un ataque de nervios.

—Lo que viene es duro —prosiguió Evans, e hizo una seña a Strick, quien abrió un cajón y sacó unos papeles impresos en ordenador—. Cuando un investigador confirma que un incendio ha sido tan serio como evidentemente ha sido éste, debe mostrar a los clientes una lista de las pertenencias que están aseguradas. Estúdienla con atención, pues habrán de firmar una declaración jurada de que los artículos mencionados siguen perteneciéndoles y seguían en la casa cuando se produjo el incendio. Tendrían que poner una marca junto a cualquier artículo que hayan vendido desde la última renovación de seguro que hicieron con el señor Strick, y junto a cualquier artículo asegurado que no estuviera en la casa en el momento del incendio. —Antes de seguir, Evans se llevó una mano a la boca y se aclaró la garganta—. Me han dicho que hace poco se ha producido una separación de domicilios, de modo que esto último puede ser especialmente importante.

—Estamos divorciados —dijo francamente Mort—. Estoy viviendo en nuestra casa del lago Tashmore. Sólo la utilizábamos en verano, pero tiene un hogar y es habitable durante los meses fríos. Por desgracia, no llegué a trasladar el grueso de mis cosas. Estuve demorándolo.

Don Strick asintió comprensivamente. Ted cruzó las piernas, jugueteó con su pipa y dio en general la impresión de un hombre que procura no parecer tan aburrido como está.

—Háganlo lo mejor que puedan con la lista —dijo Evans. Cogió los papeles de manos de Strick y se los pasó a Amy por encima del escritorio—. Puede resultar un tanto desagradable. Es como ir en busca del tesoro, pero al revés.

Ted había dejado la pipa y miraba la lista. Su aburrimiento había desaparecido, al menos por el momento; sus ojos reflejaban tanta avidez como los de cualquier transeúnte contemplando los restos de un accidente grave. Amy se dio cuenta de que miraba y le acercó amablemente la hoja. Mort, que estaba sentado al otro lado, tiró de ella en sentido contrario.

—¿Le importa? —preguntó a Ted. Estaba enfadado, realmente enfadado, y todos lo percibieron en su voz.

—Mort... —dijo Amy.

—No voy a armar un escándalo con este asunto —le dijo Mort—, pero éstas eran nuestras cosas, Amy. Nuestras.

—No me parece... —empezó a decir Ted, indignado.

—No, señor Milner, él tiene razón —intervino Fred Evans con una moderación que a Mort le pareció que podía resultar engañosa—. Según la ley, usted no tiene ningún derecho a saber nada acerca de los artículos mencionados. Si a nadie le importa, lo pasamos por alto, pero creo que al señor Rainey sí le importa.

—Puede apostar lo que quiera a que al señor Rainey le importa —dijo Mort. Tenía las manos apretadas sobre el regazo; sentía cómo sus uñas marcaban sonrientes medias lunas en sus palmas.

Amy trasladó su mirada de ruego de Mort a Ted. Mort esperaba que Ted se inflara, resoplara y tratara de derribar la casa de alguien, pero no lo hizo. Pensó que esa suposición daba la medida de la hostilidad que sentía hacia el tipo. No conocía muy bien a Ted (aunque sabía que cuando se le despertaba súbitamente en un motel discreto se parecía un poco a Alfalfa), pero conocía a Amy.

Si Ted hubiera sido un pomposo, ya lo hubiera dejado.

Dirigiéndose a Amy con una suave sonrisa e ignorando por completo a Mort y a los demás, Ted dijo:

—¿Te ayudaría que me fuese a dar una vuelta a la manzana?

Mort trató de reprimirse, pero no lo logró del todo.

—¿Por qué no dos? —le preguntó con amabilidad fingida.

Amy le lanzó una mirada oscura y dura, y se volvió hacia Ted.

—¿Lo harías? Esto podría resultar algo más fácil...

—Claro —dijo él. La besó en el pómulo, y Mort tuvo otra revelación dolorosa: el hombre la quería. A lo mejor no la querría siempre, pero ahora la quería. Mort comprendió que había estado a punto de creer que Amy era sólo un juguete que había cautivado a Ted por un tiempo, un juguete del cual se cansaría pronto. Pero eso tampoco encajaba con lo que sabía de Amy.

Su instinto con la gente no solía engañarla, y sentía respeto por sí misma.

Ted se puso en pie y salió. Amy miró a Mort, ofendida.

—¿Estás satisfecho?

—Supongo —contestó—. Mira, Amy, probablemente no he manejado este asunto todo lo bien que hubiera podido, pero mis motivos son bastante honorables. En el transcurso de los años compartimos muchas cosas. Supongo que esto es lo último y creo que nos pertenece a los dos. ¿De acuerdo?

Strick parecía incómodo. Fred Evans, no. Su mirada iba de Mort a Amy, y otra vez a Mort, con el mismo interés que si estuviera asistiendo a un excelente partido de tenis.

—De acuerdo —dijo Amy en voz baja.

Él rozó ligeramente su mano y ella le sonrió. Era una sonrisa forzada, pero era mejor que nada.

Mort acercó su silla a la de ella, y ambos se inclinaron sobre la lista, con las cabezas juntas, como muchachos estudiando para un examen. A Mort no le costó mucho comprender por qué Evans les había hecho la advertencia. Creía haber captado la magnitud de la pérdida, pero se equivocaba.

Mirando las columnas de frío tipo de impresora, Mort pensó que no hubiera podido sentirse más abrumado si alguien hubiese cogido todo lo que había en la casa del 92 de la calle Kansas y lo hubiese dispersado por la manzana para que lo viera todo el mundo. Le parecía increíble haber olvidado tantas cosas, todas las cosas que habían desaparecido.

Siete artefactos eléctricos de importancia. Cuatro televisores, uno con reproductor de vídeo. La porcelana Spode y los muebles auténticos de estilo americano primitivo que Amy había comprado pieza por pieza. El valor del armario antiguo que había en el dormitorio era de 14.000 dólares. No habían sido coleccionistas de arte serios, pero sí buenos conocedores, y habían perdido doce piezas de pintura original valoradas en 22.000 dólares. Sin embargo, a Mort no le interesaba el valor en dinero. Estaba pensando en el dibujo de N. C. Wyeth de los dos niños saliendo a navegar en una pequeña barca. En el cuadro llovía; los niños llevaban impermeable y zuecos, y lucían una amplia sonrisa. Mort amaba aquel cuadro, y ahora ya no estaba. La cristalería Waterford. Los equipos deportivos guardados en el garaje: esquís, bicicletas de diez velocidades y la vieja canoa Old Town. En la lista figuraban los tres abrigo de piel de Amy. La vio hacer diminutas marcas junto a la nutria y el visón —al parecer, continuaban depositadas en la tintorería—, pero pasó el chaquetón de zorro sin marcarlo. Aquella prenda cálida y elegante para el otoño estaba colgada en el armario cuando estalló el incendio. Recordaba haberle regalado esa chaqueta para su cumpleaños, hacía seis o siete años. Ahora ya no existía. Su telescopio Celestron. Desaparecido. El enorme edredón de patchwork que la madre de Amy les había regalado cuando se casaron. La madre de Amy había muerto, y ahora las cenizas del edredón se unían a las suyas.

Lo peor, al menos para Mort, estaba hacia la mitad de la segunda columna, y en ese caso lo que dolía tampoco era su valor en dólares. "124 botellas de vino, valor: 4.900 dólares." El vino era una cosa que les gustaba a ambos. No es que fueran unos expertos, pero habían logrado reunir juntos una pequeña bodega en el sótano. Habían almacenado botellas y de vez en cuando descorchado una.

—Hasta el vino —dijo a Evans—. Hasta eso.

Evans le dirigió una mirada extraña que Mort no supo interpretar y luego asintió.

—La bodega no ardió porque había muy poco combustible en el tanque del sótano y no se produjo una explosión. Pero alcanzó una temperatura tan elevada que la mayor parte de las botellas estalló. Las pocas que se han salvado... Bueno, no entiendo mucho de vinos, pero dudo de que se las pueda beber. Tal vez me equivoco.

—No —dijo Amy. Una lágrima rodó por su mejilla y la secó con aire ausente.

Evans le ofreció su pañuelo. Ella movió la cabeza y volvió a inclinarse sobre la lista.

Diez minutos más tarde habían terminado. Firmaron en los lugares correctos y Strick fue testigo de las firmas. Ted Milner apareció unos instantes después, como si hubiera presenciado la escena por una pantalla secreta.

—¿Alguna cosa más? —preguntó Mort a Evans.

—De momento no, pero puede haberla. ¿Su número de Tashmore figura en el listín, señor Rainey?

—No —respondió mientras lo anotaba—. Por favor, si puedo ayudarle póngase en contacto conmigo.

—Lo haré —dijo, al tiempo que se levantaba con la mano tendida—. Estos asuntos resultan siempre desagradables. Lamento que hayan tenido que pasar por ello.

Después de estrecharles la mano, dejaron a Strick y Evans para que escribieran sus informes. Era la una pasada cuando Ted preguntó a Mort si deseaba almorzar con él y con Amy. Mort movió la cabeza.

—Quiero volver. Trabajar un poco y ver si puedo olvidar todo esto por un rato.

Se sentía como si realmente pudiera escribir. No era sorprendente. En los malos tiempos —en todo caso, hasta el divorcio, que parecía una excepción a la regla—, siempre le había resultado fácil escribir. Incluso necesario. Era bueno disponer de mundos ficticios donde refugiarse cuando el mundo real te había herido.

Esperaba a medias que Amy le pidiera que cambiara de idea, pero no lo hizo.

—Conduce con cuidado —dijo, y le dio un casto beso en la comisura de la boca—. Gracias por venir y ser tan..., tan razonable con todo.

—¿Puedo hacer algo por ti, Amy?

Ella movió la cabeza sonriendo un poco y cogió la mano de Ted. Si había estado buscando un mensaje, éste era demasiado claro como para no recibirlo.

Caminaron lentamente hacia el Buick de Mort.

—¿Está bien instalado allí? —preguntó Ted—. ¿Necesita algo?

Por tercera vez le sorprendió el acento sureño del hombre.

Sólo otra coincidencia.

—No se me ocurre nada —dijo, sacando las llaves del coche del bolsillo y abriendo la portezuela—. ¿De dónde es originario, Ted? Seguramente usted o Amy me lo habrán dicho alguna vez, pero me temo que no lo recuerdo. ¿Era Mississippi?

Ted rió cordialmente.

—Muy lejos de allí, Mort. Crecí en Tennessee, en un pueblecito llamado Shooter's Knob.

## 22

Mort regresó al lago Tashmore con las manos aferradas al volante, la columna vertebral rígida como una regla y la mirada fija en la carretera. Puso la radio con el volumen alto y se concentró ferozmente en la música cada vez que sentía reveladores signos de actividad mental detrás del centro de la frente. Antes de haber recorrido setenta kilómetros, sintió una sensación de presión en la vejiga. Ni siquiera pensó en hacer una parada para aliviarse. La necesidad de orinar era otra distracción excelente.

Llegó a Tashmore alrededor de las cuatro y media, y aparcó el Buick en su lugar acostumbrado, junto a la casa. Ahogó a Eric Clapton en mitad de un solo de guitarra al apagar el motor, y el silencio cayó como una carga de piedras envuelta en un colchón de espuma. En el lago no había ni una barca; en la hierba, ni un solo gusano.

"Mear y pensar tienen mucho en común —pensó, mientras salía del coche y se bajaba la cremallera del pantalón—. Puedes demorarlo, pero no indefinidamente."

Mort Rainey estaba de pie, orinando y pensando en ventanas y jardines secretos; pensaba en aquellos que podían tener lo último y en aquellos que podían mirar a través de lo primero. Pensaba en el hecho de que la revista que necesitaba para demostrar que cierto tipo era un lunático o un estafador, acababa de quemarse la misma noche en que había intentado ponerle las manos encima. Pensaba en el hecho de que el amante de su exmujer, un hombre al que detestaba cordialmente, procedía de un pueblo llamado Shooter's Knob, y que Shooter resultaba ser el pseudónimo del lunático o estafador antes mencionado, que había aparecido en la vida de Mort Rainey en el momento preciso en que el antedicho Mort Rainey empezaba a aceptar su divorcio no como un concepto académico sino como un hecho sencillo de su vida venidera.

Pensaba incluso en el hecho de que John Shooter afirmaba haber descubierto el plagio de Mort Rainey más o menos en la época en que Mort Rainey descubrió que su mujer le era infiel

Pregunta: ¿Se trataba de coincidencias?

Respuesta: Técnicamente era posible.

Pregunta: ¿Creía él que se trataba de coincidencias?

Respuesta: No.

Pregunta: Entonces, ¿acaso creía que se estaba volviendo loco?

—La respuesta es que no —dijo Mort—. No lo cree. Al menos, por el momento no.

Cerró la cremallera y rodeó la casa en dirección a la entrada.

Encontró la llave, empezó a meterla en la cerradura y volvió a sacarla. En cambio, apretó el picaporte y, cuando sus dedos se cerraron encima, sintió la absoluta certeza de que giraría con facilidad. Shooter había estado allí, había estado o estaba todavía. Y no había necesitado forzar la entrada. Este mamón no. Mort guardaba un duplicado de la llave en la vieja lata de jabón que había en un estante alto del cobertizo, que era de donde Shooter había cogido el destornillador cuando llegó el momento de clavar al pobre Bump a la tapa del cubo de la basura. Ahora estaba en la casa, curioseando o, tal vez, ocultándose. Era...

El picaporte se negó a moverse; los dedos de Mort resbalaron.

La puerta seguía cerrada.

—Vale, no pasa nada —dijo Mort, y hasta rió un poco mientras metía la llave en la cerradura y la hacía girar.

De todos modos, el que la puerta estuviera cerrada con llave no significaba que Shooter no estuviese en la casa. En realidad, cuando te parabas a pensarlo, hacía más probable el hecho de que estuviera en la casa. Podía haber usado el duplicado de la llave, volverlo a poner en su lugar y después cerrar la puerta desde dentro para no despertar las sospechas de su enemigo. Al fin y al cabo, lo único que había que hacer para cerrarla era apretar el botón del picaporte. "Está tratando de que me obsesione", pensó Mort al entrar.

La casa estaba llena de silencio y de sol crepuscular. Pero no parecía un silencio desocupado.

—Está tratando de que me obsesione, ¿no? —exclamó. Esperaba que su pregunta le sonara absurda incluso a él: un hombre solitario, paranoico, dirigiéndose al intruso que sólo existe en su imaginación. Pero no le parecía absurda. Al contrario, le daba la impresión de haber descubierto por lo menos la mitad del truco.

Tal vez no fuera mucho, pero la mitad era mejor que nada.

Entró en la sala, con su techo catedralicio, su pared-ventana frente al lago y, ¿cómo no?, el Sofá Mort Raine Famoso en Todo el Mundo, conocido también como el Diván del Escritor Comatoso. Una comedia sonrisilla le estiró las mejillas. Sentía las pelotas prietas y agazapadas en la bifurcación de la pelvis.

—Medio truco es mejor que nada, ¿eh, señor Shooter? —exclamó.

Las palabras murieron en el silencio polvoriento. En ese polvo percibía el olor de viejo humo de tabaco. Su mirada se posó en el deteriorado paquete de cigarrillos que había extraído del cajón de su escritorio. Se le ocurrió que la casa estaba impregnada de un olor —casi un hedor— horriblemente negativo: un olor no femenino. Después pensó: "No, es un error. No es eso. A lo que huele es a Shooter. Está impregnado de su olor y del de sus cigarrillos. No de los tuyos, sino de los suyos."

Dio una vuelta lenta, con la cabeza echada hacia atrás. En el centro del techo color crema, un dormitorio de la segunda planta daba a la sala; el hueco estaba protegido por maderas entrecruzadas de color castaño oscuro. Se suponía que esas maderas estaban allí para evitar que el desprevenido cayera y se estrellara en el suelo de la sala, pero también con intenciones decorativas. En aquel momento, a Mort no le parecieron especialmente decorativas; parecían los barrotes de la celda de

una cárcel. Lo único que veía de lo que él y Amy llamaban la habitación de invitados era el techo y uno de los cuatro postes de la cama.

—¿Esta ahí arriba, señor Shooter? —preguntó a voz en grito.

No hubo respuesta.

—¡Sé que está tratando de que me obsesione y huya! —dijo, empezando a sentirse un poquitín ridículo—. Pero no funcionará.

Unos seis años antes habían equipado el gran hogar de piedra de la sala con una estufa Blackstone Jersey. Junto a la estufa había un soporte con pinzas y herramientas para el fuego. Mort agarro el recogedor de ceniza por el mango, lo estudió un momento, lo dejó y cogió en su lugar el atizador. Luego, se colocó bajo la enrejada habitación de invitados y levantó el atizador como un caballero saludando a su dama. Después, se dirigió lentamente hacia las escaleras y empezó a subir. Ahora sentía que la tensión se abría paso por sus músculos, pero comprendió que no era Shooter lo que le daba miedo; lo que lo asustaba era no encontrar nada.

—Sé que está aquí y sé que está tratando de espantarme. Lo único que no sé es de qué se trata, y será mejor que cuando lo encuentre me lo diga.

Hizo una pausa en el rellano de la segunda planta; el corazón le latía con violencia. La habitación de invitados estaba a su izquierda, y el cuarto de baño de los invitados a su derecha. Y de pronto comprendió que sí, que Shooter estaba allí, pero no en el dormitorio. Eso era una treta; era lo que Shooter quería que creyera.

Shooter estaba en el lavabo.

Y mientras permanecía de pie allí, en el rellano, con el atizador apretado en la mano derecha y el sudor chorreando por su cabello y sus mejillas, Mort lo oyó. Fue un débil sonido, como si alguien se arrastrase. ¡Claro que estaba allí! Por el ruido, parecía estar de pie en la bañera. Se había movido infinitesimalmente. Te encontré, amiguito. ¿Estás armado, caraculo?

Mort pensó que era probable, pero no creía que se tratase de un revólver. Tenía la sensación de que toda la relación que el tipo guardaba con las armas era su pseudónimo<sup>1</sup>.

Shooter parecía más bien la clase de tipo que se siente más cómodo con instrumentos contundentes. Prueba de ello era lo que le había hecho a Bump.

"Apuesto a que es un martillo —pensó Mort, mientras con la mano libre se secaba el sudor de la nuca. Sentía como si sus ojos entraran y salieran de las órbitas al ritmo de los latidos de su corazón—. Apuesto a que es un martillo del cobertizo."

No había pensado en eso hasta que vio a Shooter. Lo vio claramente, de pie, en la ducha, con su sombrero negro de copa redonda y sus zapatos de trabajo color amarillo mierda, los labios entreabiertos sobre la dentadura comprada por catálogo en una sonrisa que en realidad era una mueca, el sudor deslizándose por su cara, corriendo por los profundos surcos como el agua a través de una red de alcantarillas de hojalata galvanizada, y el martillo del cobertizo levantado a la altura del hombro, como la maza de un juez. Estaba allí, de pie, en la ducha, esperando descargar el martillo. El próximo caso, alguacil.

---

<sup>1</sup> Shooter significa "tirador" (N. Del T.).

"Te conozco, compañero. Tengo tu número. Lo supe la primera vez que te vi. ¿Y sabes qué? Elegiste al escritor equivocado para joderlo. Creo que desde mediados de mayo tengo ganas de matar a alguien, y tú eres tan bueno como cualquier otro."

Volvió la cabeza hacia el dormitorio. Al mismo tiempo, estiró la mano izquierda (después de secarla con la camisa para que no resbalara en el momento crucial) y agarró el picaporte del baño.

—¡Sé que está ahí dentro! —gritó a la puerta cerrada del dormitorio—. ¡Si está bajo la cama, será mejor que salga! ¡Voy a contar hasta cinco! Si no ha salido, entraré golpeando, ¿me oye?

No hubo respuesta, pero la verdad es que ni la esperaba, ni la deseaba. Aumentó la presión en el picaporte del lavabo. Sin embargo, decidió que gritaría los números en dirección a la puerta de la habitación de invitados. No sabía si Shooter percibiría la diferencia en caso de tener la cabeza orientada hacia el lavabo, pero pensó que tal vez sí. Obviamente, el tipo era listo. Endemoniadamente listo.

Un instante antes de empezar la cuenta, oyó otro leve ruido en el lavabo. Aun estando tan cerca, no lo habría percibido si no hubiera estado escuchando con toda la concentración de que era capaz.

—¡Uno!

¡Cristo! ¡Estaba sudando como un cerdo!

—¡Dos!

El picaporte de la puerta del lavabo era como una piedra fría en su puño.

—¡Tr...!

Hizo girar el picaporte y entró de golpe, haciendo rebotar la puerta contra la pared con la fuerza suficiente como para rasgar el empapelado y aflojar el gozne inferior. Y allí estaba. Allí estaba, avanzando hacia él con el arma levantada, los dientes desnudos en una mueca asesina, y unos ojos dementes, absolutamente dementes. Mort descargó el atizador en un golpe silbante y tuvo el tiempo justo de comprender que Shooter no llevaba su sombrero redondo, que no era Shooter sino él, que el loco era él, antes que el atizador destrozara el espejo que había sobre el lavabo, el azogue se dispersara centelleando en la penumbra y el botiquín cayera dentro del lavabo. La puertecilla doblada se abrió como una boca, escupiendo frascos de jarabe para la tos, yodo y Listerine.

—¡He asesinado a un maldito espejo cabrón! —aulló.

Estaba a punto de arrojar el atizador cuando algo se movió en la ducha, tras la puerta esmerilada de la mampara, y se oyó un agudo chillido asustado. Sonriendo, Mort golpeó hacia un lado con el atizador, abriendo una herida aserrada en la puerta plástica y sacándola de sus carriles. Levantó el atizador con los ojos empanados y dilatados, y los labios estirados en la mueca que había imaginado en el rostro de Shooter.

Bajó lentamente el atizador. Descubrió que para poder dejarlo caer al suelo tenía que utilizar los dedos de la mano izquierda para abrir los de la derecha.

—¡Bestezuela huidiza y cobarde! —dijo al ratón de campo que corría ciegamente por la bañera—. ¿Qué pánico anida en tu corazoncillo?

Su voz sonaba ronca, plana y extraña. No parecía en absoluto su propia voz. Era como escucharse por primera vez en una grabación.

Se volvió y salió lentamente del lavabo por la puerta torcida con el gozne saltado, haciendo crujir los fragmentos de espejo roto con sus pisadas.

De pronto, sentía la necesidad de bajar, echarse en el sofá y dormir una siesta. De pronto, deseaba eso más que nada en el mundo.

## 24

Lo despertó el teléfono cuando el crepúsculo ya casi se había transformado en noche. Mort caminó despacio junto a la mesilla de café con tablero de vidrio que tan aficionada era a morder, con el extraño sentimiento de que, de alguna manera, el tiempo se había plegado sobre sí mismo. El brazo derecho le dolía como el demonio y la espalda no estaba en condiciones mucho mejores.

¿Exactamente con qué fuerza había descargado aquel atizador?

¿Cuánto pánico lo había impulsado? No le gustaba pensarlo.

Cogió el teléfono sin tomarse la molestia de pensar quién podía ser. Últimamente, la vida se había vuelto tan ajetreada que hasta podía ser el Presidente.

—¿Diga?

—¿Cómo le va, señor Rainey? —preguntó la voz.

Mort retrocedió, apartando un instante el teléfono del oído como si fuera una víbora a punto de picarlo. Luego volvió a apoyarlo despacio.

—Me va estupendamente, señor Shooter —dijo con una voz seca, sin rastro de saliva—. ¿Y cómo le va a usted?

—De maravilla —admitió Shooter, hablando con aquel espeso y crujiente acento sureño que por alguna razón resultaba tan desprotegido y notorio como un solitario granero sin pintar en medio del campo—. Pero no creo que usted esté realmente tan bien. Robarle a otro hombre no parece haberle preocupado. Pero el hecho de que le pillen..., eso sí que al parecer le ha provocado terribles angustias.

—¿De qué está hablando?

Shooter parecía más bien divertido.

—Bueno, me enteré por la radio de que alguien le incendió la casa. La otra casa. Y después, cuando regresó aquí, se diría que le dio un ataque o algo así al entrar. Gritando, destrozando cosas... O tal vez sea que los escritores de éxito como usted tienen pataletas cuando las cosas no salen como esperan. ¿Será eso?

"¡Dios mío! Estaba aquí. Estaba."

Mort se descubrió mirando por la ventana como si Shooter todavía pudiera estar allí, tal vez escondido entre los arbustos mientras hablaba con Mort por alguna especie de teléfono sin hilos. Ridículo, por supuesto.

—La revista con mi relato está en camino —dijo Mort—. Cuando llegue, ¿me dejará tranquilo?

Shooter seguía pareciendo divertirse de manera lánguida.

—No existe ninguna revista que tenga ese relato, señor Rainey. Usted y yo lo sabemos. Por lo menos, no de 1980. ¿Cómo podría existir si mi relato no estuvo listo para ser robado hasta 1982?

—¡Maldita sea! No robé su re...

—Cuando me enteré de lo de su casa —dijo Shooter—, salí y compre un Evening Express. Había una foto de lo que quedaba. No era mucho. También había una foto de su esposa. Es guapa —añadió tras una larga pausa y utilizando sarcástica y deliberadamente una pronunciación campesina—. ¿Cómo un hijo de perra como usted tiene la suerte de tener una esposa tan guapa, señor Rainey?

—Estamos divorciados —contestó—. Ya se lo dije. Tal vez descubrió lo feo que era. ¿Por qué no deja a Amy fuera de esto? Es entre usted y yo.

Por segunda vez en dos días, comprendió que había contestado el teléfono medio dormido y casi indefenso.

En consecuencia, Shooter controlaba la conversación casi por completo. Llevaba a Mort a rastras, marcaba todos los tantos.

"Entonces, cuelga."

Pero no podía; al menos, todavía no.

—Entre usted y yo, ¿eh? —dijo Shooter—. En ese caso supongo que no me habrá mencionado a nadie

—¿Qué es lo que quiere? ¡Dígame! ¿Qué demonios quiere?

—Desea conocer la segunda razón por la que vine, ¿no es eso? Quiero que me escriba un relato —le dijo tranquilamente Shooter—. Quiero que escriba un relato, ponga el nombre en él y me lo dé. Me lo debe. Lo correcto es lo correcto y lo justo es lo justo.

Mort permaneció inmóvil en el recibidor, con el teléfono apretado en el puño dolorido y una vena latiendo en el centro de la frente. Durante unos instantes, su ira fue tan absoluta que se encontró enterrado vivo en ella y lo único que pudo pensar fue:

"¡Así que es eso! ¡Así que es eso! ¡Así que es eso!", una y otra vez.

—¿Sigue ahí, señor Rainey? —preguntó Shooter con su voz serena y arrastrada.

—Lo único que escribiré para usted —respondió Mort, con la voz lenta y espesa como un jarabe a causa de la rabia— es su sentencia de muerte si no me deja en paz.

—Grandes palabras, peregrino —replicó Shooter en el tono paciente de un hombre que explica un problema sencillo a un niño estúpido—. Se atreve a pronunciarlas porque sabe que no puedo dañarlo. Si hubiera robado mi perro o mi coche, podría coger su perro o su coche. Podría hacerlo con la misma facilidad con que le rompí el cuello a su gato. Y si intentara impedírmelo, podría lastimarlo y hacerlo de todas formas. Pero esto es diferente. Las mercancías que quiero están dentro

de su cabeza. Tiene las mercancías guardadas en una especie de caja fuerte. El problema es que no puedo volar la puerta ni abrirla con el soplete. Tengo que encontrar la combinación, ¿no es eso?

—No sé de qué está hablando —dijo Mort—, pero el día en que consiga un relato mío la Estatua de la Libertad se pondrá pañales, peregrino.

Shooter dijo en tono meditabundo:

—Si pudiera la dejaría fuera de esto, pero empiezo a creer que no me va a dejar esa opción.

De pronto, toda la saliva de la boca de Mort desapareció, dejándola seca, vidriosa y caliente.

—¿Qué... qué quiere...?

—¿Quiere despertar de una de sus estúpidas siestas y descubrir a Amy clavada en la tapa del contenedor? —preguntó Shooter—. ¿O encender la radio una mañana y enterarse de que quedó segunda en una pelea con esa sierra que guarda en el garaje? ¿o acaso el garaje también ardió?

—Cuide sus palabras —susurró Mort. Sus ojos dilatados empezaron a picarle a causa de las lágrimas de ira y de miedo.

—Todavía le quedan dos días para pensarlo. Y yo lo pensaría muy bien, señor Rainey. Quiero decir que, si estuviera en su lugar, me dedicaría a pensar en ella. ¡Ah! Y no hablaría de esto con nadie. Sería como salir en plena tormenta y desafiar al rayo. Divorciado o no, se me ocurre que todavía siente algo por esa dama. Ha llegado el momento de crecer un poco. No puede salirse con la suya ¿Todavía no lo comprende? Sé lo que hizo y no voy a irme hasta obtener lo que es mío.

—¡Usted está loco! —gritó Mort.

—Buenas noches, señor Rainey —dijo Shooter, y colgó.

## 25

Mort se quedó allí un momento, con el auricular deslizándose por su oreja. Después, levantó el teléfono por la base. Estaba a punto de arrojarlo todo contra la pared, pero logró contenerse.

Volvió a dejarlo y realizó una docena de inspiraciones profundas, las suficientes como para hacer que se sintiera liviano y mareado.

Después, marcó el número de Herb Creekmore.

La amiga de Herb, Delores, descolgó a la segunda señal y llamó a Herb.

—Hola, Mort. ¿Qué pasa con la casa? —preguntó Herb, y su voz se apartó un poco del teléfono—. Delores, ¿quieres pasar la sartén al quemador de atrás?

"Hora de cenar en Nueva York —pensó Mort— y quiere que me dé por enterado. Bueno, ¡qué diablos! Un maníaco acaba de amenazar con transformar a mi esposa en filetes de ternera, pero la vida tiene que seguir, ¿no?"

—La casa ya no existe. El seguro cubrirá las pérdidas —respondió Mort, y tras hacer una pausa, añadió—: En todo caso, las pérdidas económicas.

—Lo siento —dijo Herb—. ¿Puedo hacer algo?

—Bueno, respecto a la casa no —contestó Mort—, pero gracias por ofrecerte. Pero sobre el relato...

—¿De qué relato hablas, Mort?

Volvió a sentir que su mano se apretaba en torno al auricular y se obligo a aflojarla. "No sabe cuál es la situación aquí. Tienes que recordar eso."

—De ése con el que mi lunático amigo me está dando la lata —dijo, tratando de mantener un tono de voz ligero y casi despreocupado—. "Tiempo de siembra". *Ellery Queen's Mystery Magazine*.

—¡Ah, ése! —exclamó Herb.

Mort sintió un sobresalto de miedo.

—No olvidarías llamar, ¿verdad?

—No, llamé —lo tranquilizó Herb—. Sólo que, por un momento, lo había olvidado. Con la pérdida de tu casa y todo eso...

—¿Y qué dijeron?

—No te preocupes por nada. Mañana me enviarán una fotocopia por mensajero y yo te la enviaré enseguida por correo urgente. La tendrás pasado mañana hacia las diez.

Durante un momento pareció que todos sus problemas estuvieran resueltos y empezó a relajarse. Después, recordó cómo habían ardido los ojos de Shooter y la manera en que había bajado la cabeza hasta que su frente y la de Mort casi se tocaron. Recordó el seco aroma de canela de su aliento al decir: "Miente."

¿Una fotocopia? No estaba seguro de que Shooter aceptara un ejemplar original, así que una fotocopia...

—No —dijo despacio—. No sirve, Herb. Nada de fotocopias ni de llamadas telefónicas del editor. Tiene que ser un ejemplar original de la revista.

—Bueno, eso es un poco más difícil. Naturalmente, tienen sus oficinas editoriales en Manhattan, pero almacenan los ejemplares en Pennsylvania, en las oficinas de suscripción. Sólo tienen unos cinco ejemplares de cada número; en realidad, es todo lo que pueden permitirse guardar, teniendo en cuenta que Ellery se publica desde 1941. Y la verdad es que no les gusta prestarlos.

—¡Vamos, Herb! ¡Esas revistas pueden encontrarse en mesas de rebajas en la mitad de las pequeñas librerías de Estados Unidos!

—De acuerdo, pero no la colección completa —objetó Herb. Tras hacer una pausa, añadió—: No sirve ni una llamada telefónica, ¿eh? ¿Me estás diciendo que ese tipo está tan loco que creería que está hablando con uno de tus miles de secuaces?

Al fondo se oyó una voz. "Herb, ¿quieres que sirva el vino?"

Herb volvió a hablar con la boca apartada del micrófono.

—Espera un par de minutos, Dee.

—Estoy retrasando tu cena —dijo Mort—. Lo siento.

—Gajes del oficio. Escucha, Mort, sé sincero conmigo, ¿ese tipo está tan loco como parece? ¿Es peligroso?

"Yo no hablaría acerca de esto con nadie. Sería como salir en plena tormenta y desafiar al rayo."

—No lo creo, pero quiero sacármelo de encima, Herb —contestó Mort, buscando el tono apropiado—. Me he pasado el último medio año atravesando una tormenta de mierda. Esto podría ser algo sobre lo que puedo actuar. Simplemente, quiero sacarme al chalado de encima.

—Vale —dijo Herb, súbitamente decidido—. Llamaré a Marianne Jaffery de Ellery. La conozco desde hace mucho tiempo. Si le pido que le pida al conservador de biblioteca, te juro que lo llaman así, conservador de biblioteca, que nos envíe un ejemplar del número de junio de 1980, lo hará. ¿Te parece bien que les diga que en un futuro próximo puedes tener un relato para ellos?

—¡Claro! —exclamó Mort. "Diles que lo firmaré con el nombre de John Shooter", pensó, y estuvo a punto de echarse a reír

—Vale. Ella hará que el conservador se lo envíe por correo urgente desde Pennsylvania. Pero devuélvelo en buenas condiciones o tendrás que encontrar un ejemplar de repuesto en esas rebajas de las que hablabas.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda tenerlo pasado mañana? —preguntó Mort, firmemente convencido de que Herb pensaría que estaba loco por preguntarlo, que estaba haciendo una montaña de un grano de arena.

—Creo que hay bastantes posibilidades —respondió Herb—. No puedo garantizarlo, pero casi.

—Gracias, Herb —dijo Mort, honestamente agradecido—. Eres un gran tipo.

—¡Bah! Olvídelo, señora —replicó Herb, haciendo aquella pésima imitación de John Wayne de la que se sentía tan absurdamente orgulloso.

—Ahora ve a cenar. Y dale a Delores un beso de mi parte.

Herb seguía con su humor John Wayne

—¡Al diablo! Le daré un beso de mi parte, peregrino.

"Grandes palabras, peregrino."

Mort sintió tal horror que estuvo a punto de gritar. La misma palabra, el mismo acento plano, arrastrado. De alguna manera, Shooter le había pinchado el teléfono y, llamara a quien llamase, era John Shooter quien contestaba. Herb Creekmore no era más que otro de sus pseudónimos y...

—¿Mort? ¿Sigues ahí?

Cerró los ojos. Ahora que Herb había abandonado la imitación de John Wayne, todo volvía a la normalidad. Era Herb otra vez y siempre lo había sido. Pero el hecho de que hubiera utilizado esa palabra había sido...

¿Qué?

"¿Otra carroza en el Desfile de las Coincidencias? Vale. Seguro. Ningún problema. Me quedaré en el bordillo y la miraré pasar. ¿Por qué no? Ya he dejado pasar media docena más grandes que esa."

—Estoy aquí, Herb —respondió, abriendo los ojos—. Intentaba descubrir cuánto te amo. Ya sabes, contando las maneras.

—Eres tonto —dijo Herb, obviamente complacido—. Y vas a manejar este asunto con cuidado y prudencia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces, creo que iré a cenar con la luz de mi vida.

—Parece una buena idea. Adiós, Herb, y gracias.

—De nada. Trataré de que llegue pasado mañana. Dee también te saluda.

—Apuesto a que sí, si es que quiere servir el vino —dijo Mort, y ambos cortaron riendo.

En cuanto dejó el teléfono sobre la mesilla, la fantasía regresó.

Shooter. Hacía de policía con voces diferentes. Claro que Mort estaba solo y era de noche, una situación propicia para engendrar fantasías. No obstante, no creía —al menos en el fondo— que John Shooter fuera un ser sobrenatural o un criminal peligroso. Si hubiera sido lo primero, sabría seguramente que Morton Rainey no había cometido plagio, al menos no con ese relato en especial, y si hubiera sido lo segundo, estaría haciendo trabajos manuales en un banco de trabajo, en lugar de tirándose pedos por los alrededores del oeste de Maine, intentando sonsacarle un relato a un escritor que hacía mucho más dinero con sus novelas.

Empezó a regresar lentamente hacia la sala, con la intención de dirigirse al estudio y conectar el ordenador, cuando una idea

("al menos no con ese relato en especial")

le hizo detenerse.

¿Qué quería decir exactamente no con ese relato en especial?

¿Es que alguna vez había robado el trabajo de otro?

Mort consideró seriamente esta cuestión por primera vez desde que Shooter apareciera en el porche con su montón de papeles. En bastantes reseñas de sus libros se había sugerido que no era un escritor original, que la mayor parte de su trabajo era una mera repetición. Recordaba a Amy leyendo una crítica de *El chico del organillero*, que hablaba primero de su ritmo y fácil lectura, y sugería después ciertas deudas del argumento. Ella había comentado: "¿Y qué? ¿Es que esa gente no sabe que sólo hay unas cinco historias realmente buenas, y que los escritores las cuentan una y otra vez con personajes diferentes?"

El propio Mort creía que había por lo menos seis historias: éxito, fracaso, amor y pérdida, venganza, confusión de identidad y búsqueda de un poder superior, se llamara Dios o el diablo. Él había relatado las cuatro primeras una y otra vez, obsesivamente, y ahora que pensaba en ello, "Tiempo de siembra" incluía por lo menos tres de esas ideas. Pero ¿era plagio? Si lo fuera, todos los novelistas del mundo serían culpables de ese crimen.

El plagio era un robo descarado. Y eso no lo había hecho nunca en su vida. Nunca.

—Nunca —dijo, y entró en su estudio con la cabeza alta y los ojos muy abiertos, como un guerrero entrando en el campo de batalla. Permaneció sentado allí durante la hora siguiente, sin escribir una sola palabra.

## 26

Su período estéril ante el ordenador lo convenció de que sería una buena idea beber la cena en lugar de comerla, e iba por el segundo bourbon con agua cuando volvió a sonar el teléfono. Se acercó cautelosamente, y de pronto deseó tener un contestador a pesar de lo poco que le gustaban. Al menos tenían una cualidad diamantina: podías controlar las llamadas y separar al amigo del enemigo.

Se quedó indeciso junto al teléfono, pensando lo mucho que le desagradaba el sonido de los teléfonos modernos. Antes no sonaban así, campanilleaban alegremente. Ahora, en cambio, emitían un agudo pitido ululante que parecía una migraña a punto de desatarse.

"Bueno, ¿vas a cogerlo o piensas quedarte aquí escuchando cómo lo hace?"

"No quiero volver a hablar con él. Me asusta y me enfurece, y no sé cuál de esos dos sentimientos me desagrada más."

"Tal vez no sea él."

"Tal vez sí."

Soportar el enfrentamiento de aquellas ideas opuestas en su cabeza era incluso peor que escuchar el irritante ti-ti-ti-ti del teléfono, así que lo cogió y masculló un "diga". Resultó que era alguien tan poco peligroso como Greg Carstairs, el encargado de su casa.

Greg hizo las ya familiares preguntas sobre la casa, y Mort volvió a contestarlas, pensando que explicar ese suceso parecía como explicar una muerte súbita: si había algo que te ayudaba a superar el shock, era la repetición constante de los hechos conocidos.

—Escucha, Mort, esta tarde encontré a Tom Greenleaf —dijo Greg, y a Mort le pareció que sonaba raro, como cauteloso—. Él y Sonny Trotts estaban pintando el Salón de la Parroquia Metodista.

—¡Ah! ¿Y le hablaste de mi camarada?

—Sí, lo hice —contestó Greg, en un tono que sonaba más cauteloso todavía.

—¿Y?

Hubo una pausa breve y después Greg dijo:

—Tom cree que seguramente te equivocaste de día.

—Me equivoqué de... ¿Qué quiere decir?

—Bueno —dijo Greg, como disculpándose—, dice que ayer por la tarde bajó por la carretera del lago y te vio; dice que te saludó con la mano y que tú le respondiste, pero, Mort...

—¿Qué? —preguntó Mort, aunque temía que ya sabía la respuesta.

—Tom dice que estabas solo —terminó Greg.

27

Durante un largo momento, Mort se quedó en silencio. No se sentía capaz de decir nada. Greg tampoco hablaba, de manera que Mort tuvo tiempo de pensar. Naturalmente, Tom Greenleaf no era un jovencito; tenía por lo menos tres años más que Dave Newsome, tal vez hasta seis. Pero ninguno de los dos estaba senil.

—¡Jesús! —exclamó finalmente Mort, con gran suavidad. La verdad era que se sentía desinflado.

—Mi idea —dijo tímidamente Greg—es que tal vez fue Tom quien se confundió un poco. Ya sabes que no es precisamente...

—Un jovencito —terminó Mort—. Lo sé, pero en Tashmore no hay nadie con mejor ojo para los forasteros que Tom. Ha estado recordando forasteros toda su vida, Greg. Es una de las cosas que hacen los encargados de cuidar casas, ¿no? —Tras un instante de vacilación, añadió—: ¡Nos miró! ¡Nos miró de frente a los dos!

Con sumo cuidado, como si pretendiera tomarle el pelo, Greg insinuó:

—Mort, ¿estás seguro de que no lo has soñado?

—Ni siquiera lo había considerado hasta ahora —respondió lentamente Mort—. Si nada de esto sucedió y yo voy por ahí diciendo a la gente que sí, supongo que eso me convierte en un loco.

—¡Oh! No lo creo —dijo apresuradamente Greg.

—Yo sí —afirmó Mort.

Y pensó: "Pero tal vez sea eso lo que realmente quiere. Lograr que la gente piense que estás loco. Y quizás, al final, lograr que sea verdad lo que la gente piensa.

"¡Ah, sí! ¡Claro! Y se le ocurrió asociarse con el viejo Tom Greenleaf para hacer el trabajo. En realidad, probablemente haya sido Tom quien fue a Derry y quemó la casa, mientras Shooter se quedaba aquí para liquidar al gato."

"Y ahora, piensa. Piensa de verdad. ¿Estaba aquí? ¿Estaba?"

De modo que Mort pensó en ello. Pensó concentrándose más que nunca; más incluso que cuando había pensado en Amy y Ted, y en lo que tenía que hacer con ellos después de descubrirlos en la cama aquel día de mayo. ¿Había soñado a John Shooter?

Volvió a pensar en la velocidad con que lo había cogido Shooter para arrojarle contra el coche.

—¿Greg?

—Estoy aquí, Mort.

—¿Tom tampoco vio el coche? ¿Una vieja furgoneta con matrícula de Mississippi?

—Dice que ayer no vio un solo coche en la carretera del lago.

Sólo a ti, de pie junto al extremo del sendero que baja al lago. Pensó que admirabas el paisaje.

"¿Esto es la vida o un juego de Memory?"

Seguía recordando la presión de las manos de Shooter en sus brazos, la velocidad con la que el hombre lo había arrojado contra el coche. "Miente", había dicho Shooter. Mort había visto la ira en sus ojos y había percibido un aroma a canela seca en su aliento.

Sus manos.

La presión de sus manos.

—Greg, espera un segundo.

—Claro.

Mort dejó el auricular e intentó arremangarse las mangas de la camisa. No tuvo mucho éxito porque le temblaban violentamente las manos, así que optó por desabrocharse la camisa y quitársela.

A continuación levantó los brazos. Al principio no vio nada. Después los hizo girar hacia fuera todo lo que pudo y las vio: dos marcas que empezaban a amarillear en la parte interior de cada brazo, justo encima de los codos.

Las marcas que dejaron los pulgares de John Shooter cuando lo agarró y lo arrojó contra el coche.

De pronto, le pareció que podía estar entendiendo y tuvo miedo. Pero no por él.

Por el viejo Tom Greenleaf.

Levantó el auricular del teléfono.

—¿Greg?

—Estoy aquí.

—¿Tom parecía estar bien cuando hablaste con él?

—Estaba agotado —respondió enseguida Greg—. Ese viejo tonto no tiene por qué ir todo el día arrastrándose por un andamio y pintando con el frío que hace. A su edad no. Parecía a punto de caer en el montón más próximo de hojas secas si no llegaba pronto a la cama. Entiendo lo que sugieres, Mort. Supongo que si estaba muy cansado, podría haberlo olvidado, pero...

—No, no es eso lo que pienso. ¿Estás seguro de que el agotamiento era todo? ¿Podría estar asustado?

Al otro lado de la línea se produjo un silencio largo y denso.

Mort no lo interrumpió, aunque se sentía impaciente. Tenía intención de conceder a Greg todo el tiempo que necesitara.

—No parecía él —dijo por fin Greg—. Parecía distraído, no sé, como ido. Lo atribuí a simple cansancio, pero tal vez no fuera eso. Al menos no todo.

—¿Podía estar ocultándote algo?

Esta vez la pausa no fue tan larga.

—No lo sé. Puede ser. Es todo lo que puedo decir con certeza, Mort. Me haces desear haber hablado más con él, haberlo presionado un poco más.

—Creo que sería una buena idea ir a su casa —dijo Mort—. Inmediatamente. Greg, sucedió como te dije. Si Tom dijo otra cosa pudo ser porque mi amigo le metió el miedo en el cuerpo. Ahora mismo paso a buscarte.

—Vale —aceptó Greg, pero parecía otra vez preocupado—. ¿Sabes? Tom no es de la clase de hombre que se asusta con facilidad.

—Estoy seguro de que ha sido así, pero tiene setenta y cinco años. Me parece que cuanto más viejo te haces, más fácilmente te asustas.

—¿Por qué no nos encontramos allá?

—Parece una buena idea.

Mort colgó el teléfono, echó al fregadero el resto de bourbon y se dirigió con el Buick hacia la casa de Tom Greenleaf.

Cuando Mort llegó, Greg le esperaba en el sendero. El Scout de Tom estaba junto a la puerta trasera. Greg llevaba una chaqueta de franela con el cuello levantado; el viento que venía del lago era lo bastante cortante como para resultar incómodo

—Está bien —le dijo enseguida a Mort.

—¿Cómo lo sabes?

Ambos hablaban en voz baja.

—Vi su Scout, de modo que me dirigí a la puerta trasera. Ha dejado una nota diciendo que ha tenido un día duro y que se ha acostado temprano. —Greg sonrió y apartó de su cara el largo cabello—. También dice que si alguno de sus clientes lo necesita, que acuda a mí.

—¿La nota está escrita con su letra?

—Sí. Una letra grande de viejo. La reconocería en cualquier parte. Di la vuelta y miré por la ventana de su dormitorio. Está dentro. La ventana está cerrada, pero es un milagro que no rompa el maldito cristal con sus ronquidos. ¿Quieres comprobarlo?

Mort suspiró y movió la cabeza.

—Pero algo va mal, Greg. Tom nos vio. A los dos. Unos minutos después de que pasara Tom, el hombre se enfadó y me cogió por los brazos. Tengo las marcas. Si quieres, te las muestro.

Greg movió la cabeza

—Te creo. Cuanto más pienso en ello, menos me gusta la manera en que me dijo que estabas solo cuando te vio. Por la mañana volveré a hablar con él. O podemos hacerlo juntos, si quieres.

—Eso sería estupendo. ¿A qué hora?

—¿Por qué no te vienes al local de la parroquia alrededor de las nueve y media? A esa hora ya habrá tomado dos o tres tazas de café. Antes del café no se le puede dirigir la palabra, pero después lograremos que baje del maldito andamio un rato. Tal vez le salvemos la vida. ¿Te parece bien?

—Sí —respondió, tendiéndole la mano—. Lamento haberte hecho salir de casa para una persecución fantasma.

Greg estrechó su mano.

—No es necesario. Aquí hay algo que no va bien y siento curiosidad por saber qué es.

Mort regresó a su Buick y Greg se sentó al volante de su camión. Se fueron en direcciones opuestas, dejando al viejo sumido en su agotador sueño.

Mort no logró dormirse hasta casi las tres de la madrugada.

Dio vueltas y más vueltas hasta que las sábanas acabaron por parecer un campo de batalla y ya no pudo soportarlo. Entonces, se fue al sofá de la sala envuelto en una especie de bruma, se golpeó las piernas con la pícara mesilla de café, maldijo con voz monótona, se acostó, ajustó los cojines detrás de su cabeza y, casi inmediatamente, se hundió en un pozo negro.

Cuando despertó a las ocho de la mañana siguiente, pensó que se encontraba estupendamente. Siguió pensando lo mismo hasta que bajó las piernas del sofá y se sentó. En ese momento se le

escapó un gemido tan alto que era casi un grito sordo, y durante un momento sólo pudo permanecer sentado, deseando ser capaz de sujetar su espalda, sus rodillas y su brazo derecho al mismo tiempo. Lo peor era el brazo, así que decidió sujetar ese miembro.

Había leído en alguna parte que, mientras es presa del pánico, la gente puede realizar hazañas de fuerza casi sobrenaturales; que no sienten nada mientras levantan un coche para liberar a un niño atrapado debajo, o mientras estrangulan a dobermans asesinos con las manos desnudas, pero que una vez pasado el momento de tensión comprenden hasta qué punto han forzado sus cuerpos. Ahora lo creía. Había abierto la puerta del lavabo de arriba con la fuerza suficiente como para hacer saltar uno de los goznes.

¿Cuanta fuerza había utilizado para blandir el atizador? A juzgar por el estado en que se encontraban su espalda y su brazo esa mañana, mucho más de la que le interesaba admitir. Tampoco quería pensar en el aspecto que presentarían los daños producidos arriba para una mirada menos inflamada. Sabía que él mismo arreglaría las cosas, al menos tanto como fuera posible. Mort pensó que Greg Carstairs ya debía de tener serias dudas sobre su cordura, pese a sus protestas en sentido contrario. Una mirada a la puerta rota, la mampara destrozada de la ducha y el botiquín abollado no contribuiría a sustentar la fe de Greg en su racionalidad. Recordaba haber pensado que tal vez la intención de Shooter era conseguir que la gente creyera que se había vuelto loco. Al examinar esta idea a la luz del día, ya no parecía estúpida; si acaso, parecía más lógica y creíble que nunca.

Sin embargo, su problema más acuciante era que había prometido encontrarse con Greg en el local de la parroquia dentro de noventa minutos —ahora ya menos— para hablar con Tom Greenleaf. Quedarse allí sentado enumerando sus dolores no le ayudaría a llegar allí.

Mort se obligó a ponerse en pie y cruzó lentamente el salón en dirección hacia el lavabo principal. Abrió la ducha con agua lo bastante caliente como para provocar nubes de vapor, tragó tres aspirinas y se metió bajo el chorro de agua.

Cuando salió, las aspirinas habían empezado a hacer su trabajo, y pensó que después de todo podría soportar el día. No sería divertido y tal vez, cuando hubiera terminado, se sentiría como si hubiera durado varios años, pero creía que era posible hacerlo.

"Este es el segundo día —pensó mientras se vestía. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo—. Mañana se cumple el plazo."

Eso le hizo pensar primero en Amy y después en Shooter diciendo: "Si pudiera la dejaría fuera de esto, pero empiezo a creer que no me va a dejar esa opción."

Un nuevo estremecimiento lo invadió. Primero, el loco hijo de puta había matado a Bump; después, había amenazado a Tom Greenleaf (bueno, probablemente había amenazado a Tom Greenleaf); y, por último, Mort había llegado a la conclusión de que, en realidad, era posible que Shooter hubiera incendiado su casa de Derry. Suponía que lo había sabido todo el tiempo y simplemente se había negado a admitirlo. Quemar la casa y librarse de la revista había sido su objetivo principal.

Un hombre tan loco como Shooter no se pararía a pensar en los demás ejemplares de la revista que había por ahí. Ese tipo de cosas no debía de formar parte de la visión del mundo de un lunático.

¿Y Bump? Probablemente, lo del gato se le ocurrió después.

Shooter regresó, vio al gato en la pendiente esperando a que lo dejaran entrar, se dio cuenta de que Mort seguía durmiendo y mató al gato por capricho. Si hubiera hecho el viaje de ida y vuelta a

Derry a toda velocidad, habría tenido el tiempo justo, pero podría haberlo hecho. Todo tenía sentido.

Y ahora amenazaba con implicar a Amy.

"Tendré que avisarla —pensó mientras se metía la camisa por la parte trasera de los pantalones—. La llamaré esta mañana, se lo contaré todo. Una cosa es enfrentarme solo a ese tipo, pero otra muy distinta es quedarse quieto, mientras un maníaco involucra a la única mujer a la que he amado realmente en algo de lo que ella no tiene ni idea."

Sí, pero primero hablaría con Tom Greenleaf y le sacaría la verdad. Si Tom no corroboraba su historia acerca de que Shooter andaba de verdad por ahí y era peligroso, la conducta de Mort parecería sospechosa o lunática, o ambas cosas. Sí, probablemente ambas. Así que primero había que resolver el problema de Tom.

Sin embargo, antes de encontrarse con Greg en el Salón de la Parroquia Metodista, tenía intención de detenerse en Bowie's y comer una de las famosas omelettes de tocino y queso de Gerda.

Un ejército funciona con el estómago, soldado Rainey. Tiene razón, señor. Salió al recibidor, abrió la pequeña caja de madera colgada en la pared, sobre la mesilla del teléfono, y buscó las llaves del Buick. Pero no estaban allí.

Frunció el entrecejo y se dirigió a la cocina. Allí estaban, encima del mármol, junto al fregadero. Las cogió y se quedó pensativo mientras las hacía saltar en la palma de su mano. ¿No las había guardado en la caja anoche, cuando volvió de casa de Tom? Trató de recordar, pero no pudo. No con certeza. Dejar las llaves en esa caja al regresar a casa era un hábito tan arraigado que realizaba el gesto maquinalmente. Si a un hombre a quien le gustan los huevos fritos se le pregunta qué desayunó hace tres días, lo más probable es que no lo recuerde. Supondrá que fueron huevos fritos, porque los come a menudo, pero no estará seguro. En fin, daba igual. Había vuelto cansado, dolorido y preocupado. Sencillamente, no lo recordaba.

De todos modos, no le gustaba.

No le gustaba en absoluto.

Se acercó a la puerta trasera y la abrió. Allí, en el suelo de madera del porche, estaba el sombrero negro de copa redonda de John Shooter.

Mort se quedó en la puerta, mirándolo, con las llaves del coche apretadas en una mano y el llavero de bronce colgando, de modo que recibía y reflejaba un haz de sol matinal. Oía los latidos de su corazón. Latía lenta y laboriosamente. Una parte de él había esperado esto.

El sombrero estaba exactamente en el mismo lugar donde Shooter había dejado el manuscrito. Y más allá, en el sendero, estaba su Buick. Al regresar la noche anterior lo había aparcado a un lado de la casa —eso sí lo recordaba—, pero ahora estaba aquí.

—¿Qué ha hecho? —gritó súbitamente Mort Rainey al sol de la mañana, y los pájaros que piaban desaprensivamente en los árboles enmudecieron de pronto—. ¡En nombre de Dios! ¿Qué ha hecho?

Pero si Shooter estaba allí, observándolo, no contestó. Tal vez pensó que Mort descubriría muy pronto lo que había hecho.

## 31

El cenicero del Buick estaba abierto y dentro había dos colillas. De cigarrillos sin filtro. Mort cogió una sujetándola con las uñas.

Su rostro se contraía en una mueca de disgusto. Estaba seguro de que sería un Pall Mall, la marca de Shooter. Lo era.

Hizo girar la llave y el motor respondió enseguida. Al salir, Mort no lo había escuchado latir y ronronear, pero de todas formas se encendió como si estuviese caliente. Ahora, el sombrero de Shooter estaba en el maletero. Mort lo había cogido con la misma aprensión que había demostrado con la colilla, sujetándolo por el ala con la punta de los dedos.

Debajo no había nada; ni tampoco dentro, salvo una franja más gastada que el resto y manchada de sudor. No obstante, desprendía un olor más preciso y acre que el sudor. Era un olor que, de una manera vaga, Mort reconocía aunque no lograba localizar.

Tal vez lo recordaría más tarde.

Dejó el sombrero en el asiento de atrás y luego recordó que antes de una hora vería a Greg y a Tom. No estaba seguro de que deseara que ellos vieran el sombrero.

No sabía exactamente por qué se sentía así, pero esta mañana parecía más seguro obedecer a sus instintos en lugar de cuestionarlos, de modo que guardó el sombrero en el maletero y salió hacia el pueblo.

## 32

De camino a Bowie's, volvió a pasar frente a la casa de Tom. El Scout ya no estaba en el sendero. Durante un instante, esto puso nervioso a Mort, pero después llegó a la conclusión de que era una buena señal, no mala: Tom ya debía de haber iniciado su jornada de trabajo. O tal vez hubiese ido a Bowie's. Tom era viudo y comía muchas veces en la barra de aquel establecimiento.

La mayoría de los miembros del Departamento de Obras Públicas de Tashmore se encontraba ante aquella barra, bebiendo café y hablando de la cercana temporada de caza del ciervo, pero Tom estaba ("muerto, está muerto, Shooter lo mató y adivina qué coche utilizó") ausente.

—¡Mort Rainey! —exclamó Gerda Bowie con su habitual tono rudo de frecuentadora de graderías. Era una mujer alta, con una abundante melena de cabello castaño y rizado, y un gran pecho redondeado—. ¡Hace años que no te veo! ¿Has estado escribiendo buenos libros últimamente?

—Intentándolo —respondió Mort—. ¿Me harías una de tus omelettes especiales?

—¡Mierda, no! —dijo Gerda y rió para demostrar que bromeaba. Los tipos de Obras Públicas con sus monos verde oliva rieron con ella. Mort deseó por un instante tener un enorme revólver como el que usaba Harry el Sucio bajo sus chaquetas deportivas de tweed. Pim-pam-pum. Tal vez así habría un poco de orden—. Enseguida, Mort.

—Gracias.

Cuando le llevó la omelette con tostadas y café, dijo en voz mas baja:

—Me enteré de lo del divorcio. Lo siento.

Él acercó la jarra de café a sus labios con una mano casi firme

—Gracias, Gerda.

—¿Te cuidas?

—Bueno, lo intento.

—Pues no tienes muy buen aspecto.

—Algunas noches me cuesta mucho dormir. Supongo que todavía no estoy habituado al silencio.

—Tonterías, a lo que no estás habituado todavía es a dormir solo. Pero te diré una cosa, Mort, un hombre no tiene por qué dormir solo el resto de su vida sólo porque su mujer no distingue una cosa buena cuando la tiene. Espero que no te importe que hable así.

—En absoluto —dijo Mort.

Pero sí le importaba. Pensó que Gerda Bowie hacía una pésima Ann Landers.

—Es que eres el único escritor famoso que hay en este pueblo.

—Probablemente sea el mejor.

Ella rió y le pellizó la oreja. Mort se preguntó fugazmente qué diría ella, y los hombretones de monos verde oliva, si él mordiera la mano que lo acariciaba. Le escandalizó un poco comprobar lo increíblemente atractiva que le resultaba aquella idea. ¿Estaban hablando realmente de él y Amy? ¿De verdad algunos decían que ella no distinguía una cosa buena cuando la tenía, y otros que por fin se había cansado de vivir con un loco y había decidido irse, sin saber ninguno de ellos de qué mierda hablaban ni cómo lo habían pasado Amy y él cuando estaban bien? Por supuesto que sí, pensó con fatiga. Era lo que mejor hacía la gente. Hablar de las personas cuyos nombres veía en los periódicos.

Miró su omelette y, de pronto, ya no la quiso.

Sin embargo, empezó a comerla y se las arregló para lograr que pasara la mayor parte por su garganta. De todos modos, sería un día largo.

Las opiniones de Gerda Bowie sobre su aspecto y su vida amorosa no podían cambiar esa evidencia.

Cuando terminó, pagó el desayuno y un periódico y salió de la tienda (los de Obras Públicas habían salido en masse cinco minutos antes, y uno de ellos se detuvo el tiempo necesario para pedirle un autógrafo para su sobrina, que cumplía años). Eran las nueve y cinco pasadas. Se quedó sentado ante el volante el tiempo necesario para revisar el diario en busca de un artículo sobre la casa de Derry, y lo encontró en la página tres. "Los inspectores de bomberos de Derry no dan pistas sobre el incendio Rainey", el título. El artículo tenía menos de media columna. La última frase decía, "No fue posible conseguir declaraciones de Morton Rainey, conocido autor de best-sellers,

como *El chico del organillero* y *La familia Delacourt*." Esto significaba que Amy no les había facilitado el número de Tashmore. Estupendo. Si hablaba con ella más tarde, le daría las gracias.

Pero lo primero era Tom Greenleaf. Cuando llegara al Salón de la Parroquia Metodista serían casi las nueve y veinte. Lo bastante cerca de las nueve y media. Puso el Buick en movimiento y se fue.

### 33

Cuando llegó al Salón de la Parroquia, en el sendero había un solo vehículo, un antiguo Ford Bronco con una caravana detrás y un cartel en cada puerta con la inscripción: "SONNY TROTTS. PINTURA-REPARACIONES DE CASAS-CARPINTERÍA EN GENERAL."

Mort vio a Sonny (un hombre bajo, de unos cuarenta años, calvo y con ojos alegres) sobre un andamio. Pintaba con movimientos amplios, mientras en la radio que tenía al lado sonaba algo llamado *Las Vegas*, de Ed Ames o Tom Jones; en todo caso, de uno de esos tipos que cantaban con los tres botones superiores de la camisa abiertos.

—¡Eh, Sonny! —llamó Mort.

Sonny siguió pintando, balanceándose hacia delante y hacia atrás con ritmo casi perfecto, mientras Ed Ames o quien fuera se preguntaba cantando qué es un hombre y qué tiene. Eran preguntas que Mort se había hecho una o dos veces, aunque sin el acompañamiento de los instrumentos de viento.

—¡Sonny!

Sonny dio un brinco. Del extremo de su brocha saltó pintura blanca y, por un instante, Mort pensó alarmado que podía caerse del andamio. Después se agarró a una de las cuerdas, se volvió y miró hacia abajo.

—¡Ah, señor Rainey! —dijo—. ¡Me dio un susto de muerte!

Por alguna razón, Mort pensó en el picaporte de Alicia en el país de las Maravillas y reprimió un violento chillido de risa.

—Señor Rainey, ¿se encuentra bien?

—Sí —respondió, tragando saliva con la cabeza gacha. Era un truco que había aprendido en la escuela parroquial hacía unos mil años, y era la única manera segura que había encontrado de evitar la risa. Como la mayor parte de los trucos que funcionaban, dolía.

—Creí que iba a caerse.

—Yo no —dijo Sonny con su risa característica. Apagó la voz que salía de la caja de ruidos en el momento en que se lanzaba a otro viaje sentimental—. Tom tal vez podría caerse, pero yo no.

—¿Y dónde está Tom? —preguntó Mort—. Quería hablar con él.

—Llamó temprano y dijo que hoy no podía venir. Le dije que no pasaba nada, que de todos modos no había trabajo suficiente para los dos —le explicó Sonny, mirándolo con aspecto

conspirador—. Claro que hay, pero esta vez Tom se ha pasado. Éste no es un trabajo para un tipo mayor. Dijo que tenía la espalda hecha trizas. Es lógico. No parecía el mismo.

—¿Y a qué hora fue eso? —preguntó Mort, tratando de parecer despreocupado.

—Temprano. A las seis o así. Estaba a punto de entrar en el viejo mierdatorio para mi fortificante matinal. Soy increíblemente regular —dijo Sonny muy orgulloso—. Por supuesto, Tom sabe a qué hora me levanto y empiezo a hacer cosas.

—Entonces, ¿no parecía estar bien?

—No. Lo noté extraño. —Sonny hizo una pausa con el entrecejo fruncido. Parecía como si estuviera haciendo un esfuerzo por recordar algo. Después, se encogió levemente de hombros y siguió hablando—: Ayer, el viento que venía del lago era muy frío. Probablemente se resfrió. Pero Tommy es de hierro. Con uno o dos días estará perfecto. Lo que me preocupa es que le dé por caminar por el andamio —dijo, señalándole con el pincel y enviando una lluvia de gotas blancas ante sus zapatos—. ¿Puedo hacer algo por usted, señor Rainey?

—No —respondió Mort. En su corazón había una pelota de miedo, como un pedazo de lona arrugada—. A propósito, ¿ha visto a Greg?

—¿Greg Carstairs?

—Sí.

—Esta mañana, no. Claro que él está en el negocio del transporte. —Sonny se echó a reír y añadió—: Se levanta más tarde que los demás.

—Bueno, pensé que él también vendría para ver a Tom —dijo Mort—. ¿Le importa que espere un poco? Tal vez aparezca.

—Será usted mi invitado —dijo Sonny—. ¿Le molesta la música?

—En absoluto.

—En estos tiempos se pueden conseguir buenas grabaciones de la televisión. Lo único que hay que hacer es darles el número de la Mastercard. Ni siquiera hay que pagar la llamada, es uno de esos números 900. —Sonny se inclinó ante la radio y miró seriamente a Mort—. Éste es Roger Whittaker —añadió en tono bajo y reverente.

—¡Ah!

Sonny apretó el Play. Roger Whittaker les dijo que había momentos (estaba seguro de que lo sabían) en que había mordido más de lo que podía masticar. Eso también lo había hecho Mort sin los instrumentos de viento. Caminó hasta el borde del sendero para coches, tamborileando en el bolsillo de su camisa con aire ausente. Le sorprendió un poco descubrir que el viejo paquete de L&M, reducido ahora a un superviviente, seguía allí. Encendió el último cigarrillo, esperando encontrar un sabor áspero. Pero no estaba mal. En realidad, casi no tenía sabor, como si los años se lo hubieran robado.

"No es lo único que se han llevado los años."

¡Qué gran verdad! Irrelevante, pero cierto. Fumó y miró la carretera. Ahora, Roger Whittaker les decía a él y a Sonny que en el puerto había un carguero y que pronto partirían para Inglaterra.

Sonny Trotts cantaba la última palabra de cada verso. Nada más; sólo la última palabra. Coches y camiones circulaban por la carretera 23 en ambos sentidos. El Ford Ranger de Greg no apareció.

Mort tiró el cigarrillo, miró su reloj y vio que eran las diez menos cuarto. Comprendió que tampoco Greg, que era religiosamente puntual, llegaría.

"Shooter los cogió a los dos.

"¡Oh, mierda, bien que lo sabes!

"Sí, lo sé. El sombrero. El coche. Las llaves."

Dio media vuelta y regresó hacia el andamio.

—Supongo que lo olvidó —dijo, pero Sonny no le oyó. Se balanceaba a uno y otro lado, perdido en el arte de la pintura y el alma de Roger Whittaker.

Mort volvió a su coche y se fue. Perdidó en sus pensamientos, no oyó que Sonny lo llamaba.

De todos modos, probablemente la música lo hubiera tapado.

## 34

Regresó a las diez y cuarto, salió del coche y empezó a caminar hacia la casa. A mitad del camino, dio la vuelta y abrió el maletero del coche. Allí estaba el sombrero, negro y rotundo, como una rana de verdad en un jardín imaginario. Lo cogió sin hacer tantos ascos como la primera vez, cerró el maletero de golpe y entró en la casa.

Se quedó de pie en el recibidor, sin saber qué haría después, y, de pronto, sin ninguna razón concreta, se puso el sombrero. Se estremeció al hacerlo, como se estremece en ocasiones un hombre al echarse un trago de licor fuerte. Pero se le pasó.

En realidad, el sombrero parecía quedarle bien.

Entró lentamente en el lavabo grande, encendió la luz y se colocó frente al espejo. Estuvo a punto de romper a reír: parecía el hombre con el rastrillo de aquel cuadro de Grant Wood: American Gothic. Se le parecía pese a que el hombre del cuadro no llevaba sombrero. El sombrero cubría por completo el pelo de Mort, como había cubierto el de Shooter (si Shooter tenía pelo; esto era algo que había que determinar, aunque Mort supuso que la próxima vez que lo viera lo sabría, porque ahora tenía su sombrero), y se apoyaba ligeramente en las puntas de sus orejas. Era muy divertido. En realidad, cómico.

Entonces, la inquieta voz de su cabeza preguntó: "¿Y por qué tenías que ponértelo? ¿A quién creías que te parecerías? ¿A él?" y la risa desapareció. Es verdad, ¿por qué se había puesto el sombrero? "Él quería que lo hicieras", dijo con gran calma la voz inquieta.

¿Sí? ¿Y por qué? ¿Por qué querría Shooter que Mort se pusiera su sombrero?

"Tal vez quiere que ...".

—¿Qué? —instó a la voz—. ¿Qué quiere?

Mort pensó que la voz se había ido, pero cuando estaba a punto de apagar la luz, volvió a hablar.

"... que te confundas", dijo.

En ese momento sonó el teléfono y se sobresaltó. Se sacó el sombrero con cierto sentimiento de culpabilidad (un poco a la manera de un hombre que teme que lo atrapen probándose la ropa interior de su mujer) y fue a contestar, pensando que sería Greg y resultaría que Tom estaba en su casa. Sí, claro, eso era lo que había pasado: Tom había llamado a Greg, le había hablado de Shooter y de sus amenazas, y Greg se había llevado al viejo a su casa, para protegerlo. Resultaba tan razonable que Mort no podía comprender cómo no lo había pensado antes.

Pero no era Greg. Era Herb Creekmore.

—Todo arreglado —dijo alegremente Herb—. Marianne me echó una mano. Es un encanto.

—¿Marianne? —preguntó estúpidamente Mort.

—¡Marianne Jaffery, de Ellery! —dijo Herb—. Ellery, "Tiempo de siembra", junio 1980. ¿Comprende estas cosas, buana?

—¡Ah! —exclamó Mort—. ¡Ah, estupendo! ¡Gracias, Herb! ¿Es seguro?

—Sí. La tendrás mañana. La revista, no una fotocopia. La han enviado... ¿Has vuelto a tener noticias del señor Shooter?

—Todavía no —respondió Mort, mirando el sombrero negro que tenía en la mano. Aún percibía el aroma extraño y evocador que despedía.

—Bueno, dicen que no tener noticias es una buena noticia. ¿Hablaste con el representante de la ley?

¿Había prometido a Herb que lo haría? Mort no estaba seguro, pero tal vez lo hubiera hecho. Lo mejor era ir sobre seguro.

—Sí. El viejo Dave Newsome no encendió una traca precisamente. Pensó que lo más probable era que el tipo estuviera jugando.

Era francamente horrible mentirle a Herb, sobre todo después del favor que le había hecho, pero ¿qué sentido tendría decirle la verdad? Era demasiado absurda, demasiado complicada.

—Bueno, al menos corraste la voz. Creo que eso es importante, Mort, de verdad.

—Sí.

—¿Algo más?

—No, pero un millón de gracias por esto. Me has salvado la vida —dijo, y mentalmente añadió que tal vez no fuera una figura retórica.

—Encantado. Recuerda que, en los pueblos, el Expreso Federal suele entregar la correspondencia directamente a la oficina de correos local. ¿Vale?

—Sí.

—¿Cómo va el nuevo libro? Hace días que quiero preguntarlo.

—¡Estupendo! —exclamó cordialmente Mort.

—Bueno, bien. Sácate de encima a este tipo y vuelve a él. El trabajo ha salvado a hombres mejores que tú y que yo, Mort.

—Lo sé. Recuerdos a tu dama.

—Gracias, recuerdos a... —Herb se detuvo de golpe, y Mort casi pudo verlo mordiéndose el labio. Resultaba difícil acostumbrarse a las separaciones. Decían que los amputados seguían sintiendo el pie que ya no estaba allí— a ti —terminó.

—De acuerdo —dijo Mort—. Cuídate, Herbert.

Se dirigió lentamente hacia la galería trasera y miró el lago. No había barcas. "Pase lo que pase, le he tomado la delantera. Puedo mostrarle la maldita revista. Tal vez no consiga calmarlo, pero también es posible que sí. Al fin y al cabo está loco, y nunca se sabe lo que puede hacer o no hacer la gente de la fabulosa tribu de los Locos Frustrados. En eso consiste su dudoso encanto, en que cualquier cosa es posible."

Incluso era posible que Greg estuviera en casa. Tal vez hubiera olvidado la cita en el local parroquial o hubiera surgido algo totalmente ajeno al asunto que los ocupaba. Sintiéndose repentinamente esperanzado, Mort se acercó al teléfono y marcó el número de Greg. El teléfono iba por la tercera llamada cuando recordó que Greg había dicho la semana anterior que su esposa y los chicos iban a pasar una temporada en casa de sus suegros. "Megan empieza la escuela el año próximo, y entonces les resultará más difícil viajar", había dicho.

Así que Greg había estado solo.

("El sombrero.")

Como Tom Greenleaf

("El coche.")

El joven esposo y el viejo viudo.

("Las llaves.")

¿Y cómo se hace? Bueno, tan sencillo como pedir una cinta de Roger Whittaker a la tele. Shooter va a casa de Tom Greenleaf, pero no en su furgoneta... ¡Ah, no! Eso sería como hacerse publicidad. Deja su coche aparcado en el sendero de Mort Rainey, o tal vez al lado de la casa. Va a casa de Tom en el Buick. Obliga a Tom a llamar a Greg. Probablemente, Greg está en la cama, pero tiene presente el estado de Tom y acude a toda prisa. Después, Shooter obliga a Tom a llamar a Sonny Trotts y decirle que no se encuentra lo bastante bien como para ir a trabajar. Shooter pone un destornillador junto a la yugular de Tom y sugiere que si Tom no lo hace bien, quedará convertido en un idiota lamentable. Tom lo hace bastante bien, aunque hasta Sonny, que no es demasiado brillante y acaba de levantarse, comprende que no suena normal.

Shooter clava el destornillador a Tom. Y cuando llega Greg Carstairs, usa el destornillador, o algo parecido, con él. Y...

"Te has vuelto rematadamente loco. No es más que un ataque de canguelo, eso es todo. Repite: eso... es... todo."

Era razonable, pero no le convencía. No era un Chesterfield.

No satisfacía.

Mort atravesó rápidamente la planta baja de la casa, tirándose del pelo.

"¿Y qué hay de los vehículos? El Scout de Tom y el Ranger de Greg. Agrégale el Buick, y Shooter es sólo un hombre."

No lo sabía, pero sí sabía que ya había bastante.

Cuando volvió junto al teléfono, sacó del cajón el listín telefónico y empezó a buscar el número de la policía local. De pronto se detuvo.

"Uno de esos vehículos era el Buick, mi Buick."

Dejó despacio el teléfono. Empezó a pensar de qué manera podría haber manejado Shooter todos los vehículos. No se le ocurrió nada. Era como estar sentado frente al ordenador cuando no tenías ideas: no lograbas más que una pantalla negra. Sabía que quería llamar a Dave Newsome, pero todavía no. Estaba apartándose del teléfono, sin dirigirse a ningún sitio en especial, cuando este sonó.

Era Shooter.

—Vaya al lugar donde nos vimos el otro día —dijo Shooter—. Baje un poco por el sendero. Me da la impresión de que usted piensa con la misma lentitud con que mastican los viejos, señor Rainey, pero estoy dispuesto a concederle el tiempo necesario. Volveré a llamar esta tarde. Cualquiera a quien llame entre ahora y entonces, es responsabilidad suya.

—¿Qué ha hecho? —preguntó una vez más. Esta vez, su voz había perdido toda la fuerza y era poco más que un susurro—: ¿Qué demonios ha hecho?

## 35

Se dirigió hasta el lugar en que el sendero y la carretera se unían, el lugar donde había estado hablando con Shooter cuando Tom Greenleaf tuvo la desgracia de verlos. Por alguna razón, le desagradaba la idea de usar el Buick. A ambos lados del sendero, los arbustos estaban aplastados y como esqueléticos; formaban un camino áspero. Recorrió tenso aquel camino, sabiendo lo que encontraría en el primer grupo de árboles lo bastante grande al que llegara. Y lo encontró. El Scout de Tom Greenleaf. Dentro estaban los dos hombres.

Greg Carstairs estaba sentado detrás del volante con la cabeza echada hacia atrás y un destornillador —esta vez era un Phillips— enterrado hasta el mango en la frente, encima del ojo derecho. El destornillador había salido de un armario de la alacena de casa de Mort. El mango de plástico rojo estaba deteriorado y era imposible no reconocerlo.

Tom Greenleaf estaba en el asiento trasero con un hacha plantada en lo alto de la cabeza. Tenía los ojos abiertos. En torno a las orejas tenía trozos secos de cerebro. En el mango del hacha, en letras rojas desvaídas, pero todavía legibles, se leía: "Rainey." Había salido del cobertizo.

Mort se quedó inmóvil, en silencio. Oyó cantar a un somorgujo. Un pájaro carpintero utilizó un árbol hueco para enviar señales en Morse. En el lago, una brisa fresca levantaba espuma; hoy, el agua era de un azul cobalto y la espuma hacía un bonito contraste.

Escuchó un crujido detrás. Se volvió con tal rapidez que estuvo a punto de caer. Habría caído si no se hubiera apoyado en el Scout. No era Shooter. Era una ardilla que lo miró con odio resplandeciente desde el lugar en que había quedado congelada, en medio del tronco de un arce envuelto en el rojo fuego del otoño.

Mort esperó a que su galopante corazón se tranquilizara y a que la ardilla trepara a la copa del árbol a toda prisa. Su corazón obedeció; la ardilla, no.

—Los mató a los dos —dijo por fin, hablándole a la ardilla—. Fue a casa de Tom en mi Buick. Después, fue a la de Greg en el Scout de Tom, con Tom al volante. Mató a Greg. Después hizo que Tom viniera aquí y lo mató a él. Usó mis herramientas para liquidarlos a los dos. Después, regresó andando a casa de Tom, o tal vez corriendo. Parece lo bastante robusto como para poder correr. Sonny encontró a Tom extraño y yo sé por qué. Cuando Sonny recibió aquella llamada, el sol se preparaba para salir y Tom ya estaba muerto. Era Shooter imitando a Tom. Y probablemente le haya resultado fácil. A jugar por el volumen con que sonaba la música esta mañana, Sonny debe estar un poco sordo. Cuando terminó con Sonny Trotts, Shooter volvió a meterse en mi Buick y regresó a mi casa. El Ranger de Greg sigue aparcado a la entrada de su casa, donde ha estado todo el tiempo. Y así es como...

La ardilla trepó corriendo por el tronco y desapareció entre las ardientes hojas rojas.

—... así es como sucedió —concluyó Mort con voz monótona.

De pronto, sintió que le fallaban las piernas. Retrocedió dos pasos por el sendero, pensó en los sesos de Tom Greenleaf secándose en sus mejillas, y sus piernas se doblaron. Cayó, y durante un rato el mundo desapareció.

## 36

Cuando volvió en sí, Mort se incorporó, se sentó, aturdido, y levantó el brazo para mirar el reloj. Marcaba las dos y cuarto, pero naturalmente debió de detenerse la noche anterior a esa hora; era media mañana cuando encontró el Scout de Tom, así que ahora no podía ser por la tarde. Se había desmayado y, considerando las circunstancias, no era sorprendente. Pero nadie se desmaya durante tres horas y media.

Sin embargo, el segundero continuaba describiendo su pequeño círculo regular.

"Debe de haberse puesto en marcha al sentarme, eso es todo."

Pero no era todo. El sol había cambiado de posición, y pronto se perdería tras las nubes que estaban cubriendo el cielo. El color del lago se había atenuado hasta adquirir un matiz indefinido.

De modo que había empezado a salir del desmayo o desvanecimiento, ¿y qué? Bueno, parecía increíble, pero supuso que debía de haberse quedado dormido. Los últimos tres días habían sido tensos, y la noche anterior no había podido dormirse hasta las tres, así que digamos que era una combinación de fatiga mental y física. Su mente se había desconectado. Y...

"¡Shooter! ¡Cristo! ¡Shooter dijo que llamaría!"

Al intentar ponerse en pie, su pierna izquierda cedió y Mort cayó hacia atrás con un pequeño ¡uf! en el que se mezclaban dolor y sorpresa. La pierna estaba llena de agujas y alfileres que danzaban como locas. ¿Por qué no había traído el Buick, por amor de Dios? Si Shooter llamaba y Mort no estaba allí para coger el teléfono, el hombre podía hacer cualquier cosa.

Volvió a intentarlo y esta vez lo logró. Pero, cuando trató de apoyarse en la pierna izquierda, ésta rechazó su peso y lo arrojó hacia delante. Estuvo a punto de golpearse la cabeza con el costado del camión; de pronto, se encontró mirándose en uno de los espejos retrovisores del Scout. La superficie convexa hacía que su cara pareciera una máscara grotesca del Salón de los Espejos. Al menos se había dejado el maldito sombrero negro en casa; Mort pensó que si hubiera visto eso en su cabeza, habría gritado. No hubiese podido evitarlo.

De pronto recordó que dentro del Scout había dos hombres muertos. Estaban allí sentados y rígidos, y de sus cabezas sobresalían herramientas.

Salió a gatas de la sombra del Scout, cogió su pierna izquierda, la pasó por encima de la derecha y empezó a golpearla con los puños, como si tratara de ablandar un filete de carne barata.

"¡Paral —gritó una vocecilla. Era el último jirón de racionalidad a su disposición, una lucecita sana en medio de lo que percibía como un vasto espacio de truenos entre las orejas—. ¡Para! Dijo que llamaría a última hora y sólo son las dos y cuarto. ¡Tienes mucho tiempo!"

Pero ¿qué pasaría si llamaba temprano? ¿Qué pasaría si en el profundo y lunático Sur la "última hora" empezaba después de las dos?

"Sigue golpeándote la pierna de esa manera y terminarás con un calambre. Y después ya veremos cómo te las arreglas para estar de regreso a tiempo para recibir la llamada."

Aquello funcionó. Consiguió obligarle a parar. Esta vez se puso en pie con mayor cautela y se quedó quieto un momento (procuró mantenerse de espaldas al Scout de Tom; no quería volver a mirar el interior), antes de intentar caminar. Descubrió que el hormigueo disminuía. Al principio, caminó con una cojera pronunciada, pero al cabo de una docena de pasos su marcha empezó a adquirir regularidad.

Estaba a punto de dejar atrás los arbustos que Shooter había pisoteado y roto con el Scout de Tom cuando oyó que se aproximaba un coche. Se dejó caer de rodillas sin pensarlo siquiera y vio pasar un viejo Cadillac herrumbroso. Pertenecía a Don Bassinger, que tenía una casa en el extremo más alejado del lago. Bassinger, un veterano alcohólico que pasaba la mayor parte del tiempo bebiéndose los restos de una herencia que había sido sustancial, solía usar la carretera del lago como atajo para llegar a lo que se conocía como el Camino Bassinger. Mort pensó que Don era prácticamente el único residente permanente de aquellos contornos.

Cuando el Caddy se perdió de vista, Mort se puso en pie y recorrió deprisa la pendiente que conducía a la carretera. Ahora se alegraba de no haber traído el Buick. Él conocía el Cadillac de Bassinger, y Bassinger conocía su Buick. Probablemente fuera demasiado temprano para que Don

estuviese totalmente borracho, y si su coche hubiera estado allí, aparcado cerca del lugar donde alguien haría pronto un descubrimiento extremadamente horrible, seguramente podría recordarlo.

"Está trabajando para implicarte en este asunto —pensó Mort mientras caminaba cojeando hacia su casa por la carretera del lago—. Eso es lo que ha estado haciendo todo el tiempo. Si alguien vio anoche un coche cerca de la casa de Tom Greenleaf, seguramente será tu Buick. Los mató con tus herramientas...

"Podría librarme de ellas —pensó de pronto—. Podría arrojarlas al lago. Tal vez me llevara un poco de tiempo sacarlas, pero creo que podría hacerlo.

"Me pregunto si podrías. Y, aunque lo hicieras..., bueno, casi con toda seguridad Shooter habrá previsto esa posibilidad. Parece haber previsto todas las demás. Y sabe que si trataras de hacer desaparecer el hacha y el destornillador, y la policía dragara el lago y los encontrara, las cosas se pondrían aún peor para ti. ¿Ves lo que ha hecho? ¿Lo ves?"

Sí. Lo veía. John Shooter le había hecho un regalo. Era una muñeca de alquitrán. Una enorme y reluciente muñeca de alquitrán. Mort le había dado a la muñeca en la cabeza con la mano izquierda y se había quedado pegado. De modo que le había dado en la panza con la mano derecha para sacársela de encima, pero su mano derecha también se había quedado pegada. Había logrado...

(¿cual era la palabra que había utilizado con traviesa satisfacción?)

"confundirlo", ¿no? Sí, eso era. Durante todo ese tiempo había seguido enredándose cada vez más con la muñeca de John Shooter.

¿Y que sucedía ahora? Bueno, que le había mentido a toda clase de gente, y que si el asunto salía a la luz tendría mal aspecto, y que a medio kilómetro de distancia había un hombre que llevaba un hacha por sombrero con el nombre de Mort escrito en el mango, y que eso tendría un aspecto aún peor.

Mort imaginó el teléfono sonando en la casa vacía y se obligó a correr un poco.

## 37

Shooter no llamaba.

Los minutos se estiraban como melcocha y Shooter no llamaba. Mort recorría inquieto la casa, manoseando y tironeando su pelo. Imaginaba que así debía de sentirse un adicto esperando al traficante.

Por dos veces vaciló y fue hacia el teléfono para llamar a las autoridades. No al viejo Dave Newsome ni al sheriff del condado sino a la policía estatal. Se aferraría al viejo axioma de Vietnam, "Mátalos a todos que Dios reconocerá a los suyos". ¿Por qué no? Al fin y al cabo, tenía buena reputación. Era un miembro respetado de dos comunidades de Maine, mientras que John Shooter era un...

Pero ¿qué era Shooter?

A su mente acudió la palabra "fantasma".

También acudió a su mente la expresión "fuego fatuo".

Pero no fue eso lo que lo detuvo, sino la horrible certeza de que Shooter intentaría llamar justo cuando Mort tuviese la línea ocupada, de que Shooter escucharía la señal de comunicando, colgaría y Mort nunca volvería a saber de él.

A las cuatro menos cuarto empezó a llover: una fina lluvia otoñal, fría y suave, que descendía de un cielo blanco, y tamborileaba en el tejado y en las hojas secas que rodeaban la casa.

A las cuatro menos diez sonó el teléfono. Mort dio un salto y lo cogió.

Era Amy.

Amy quería hablar del incendio. Amy quería hablar de lo desdichada que se sentía, no sólo por ella sino por ambos. Amy quería decirle que Fred Evans, el investigador de la compañía de seguros, seguía en Derry recorriendo el sitio, haciendo preguntas de todas clases, desde cuál era la última vez que se habían inspeccionado los cables hasta quién tenía las llaves del sótano, y que Ted sospechaba de sus motivos. Amy quería que Mort se preguntara junto con ella si las cosas hubieran sido distintas de haber tenido hijos.

Mort contestó lo mejor que supo y, mientras hablaba con ella, sintió que el tiempo —el comienzo de la última hora de la tarde— se le escapaba entre los dedos. Estaba casi loco de preocupación pensando que Shooter llamaría, encontraría la línea ocupada y cometería una nueva atrocidad. Por último, dijo lo único que se le ocurrió para conseguir que cortara: que si no iba pronto al lavabo, tendría un accidente.

—¿Es la bebida? —preguntó ella preocupada—. ¿Has estado bebiendo?

—Creo que fue el desayuno —respondió él—. Escucha, Amy, yo...

—¿En Bowie's?

—Sí —dijo, intentando que su voz sonara como estrangulada de dolor y esfuerzo. La verdad era que se sentía estrangulado. Pensándolo bien, era toda una comedia—. Amy, de verdad, yo...

—¡Por Dios, Mort! ¡Tiene la parrilla más sucia del pueblo! —exclamó Amy—. Ve. Llamaré más tarde.

El teléfono enmudeció. Dejó el receptor en su horquilla, permaneció allí un momento y se quedó sorprendido y escandalizado al descubrir que su queja ficticia se había hecho repentinamente real: su intestino se encontraba apretado en un nudo doloroso y palpitante.

Corrió hacia el lavabo, desabrochándose el cinturón por el camino.

Llegó justo, pero llegó. Se quedó sentado en el inodoro, envuelto en el olor intenso de sus excrementos, con los pantalones en los tobillos, reteniendo el aliento..., cuando el teléfono empezó a sonar otra vez.

Saltó como un muñeco de resorte al que se le abre la caja, se golpeó violentamente la rodilla contra el lavabo y corrió hacia el teléfono, sosteniendo los pantalones con una mano y corriendo como una chica con falda estrecha. Tenía esa desagradable y mortificante sensación de no-tuve-tiempo-de-limpiarme. Supuso que le sucedía a todo el mundo, pero de pronto se le ocurrió que nunca lo había leído en ningún libro. Nunca, ni en un solo libro.

¡Ah! La vida era una comedia.

Esta vez era Shooter.

—Lo vi allá abajo —dijo Shooter. Su voz era tan pausada y serena como siempre—. Quiero decir, donde los dejé. Parecía que hubiera sufrido una insolación, sólo que no estamos en verano.

—¿Qué quiere? —preguntó Mort, pasándose el teléfono a la otra oreja. Sus pantalones volvieron a caer hasta los tobillos. Los dejó y se quedó allí con la cinturilla de sus calzoncillos Jockey suspendida a mitad de camino entre las rodillas y las caderas. Pensó que sería una maravillosa fotografía de autor.

—Estuve a punto de clavarle una nota —dijo Shooter—, pero decidí no hacerlo. —Hizo una pausa y agregó con una especie de desprecio ausente—: Se asusta con demasiada facilidad.

—¿Qué quiere?

—Pero si ya se lo he dicho, señor Rainey. Quiero un relato para compensar el que me robó. ¿Todavía no está preparado para admitirlo?

"Sí. ¡Dile que sí! Dile cualquier cosa: la tierra es plana, John Kennedy y Elvis Presley viven, están bien y forman un dúo de banjo en Cuba, Meryl Streep es un travestido, dile cualquier cosa...".

Pero no quería.

De pronto, toda la furia, la frustración, el horror y la confusión surgieron de su boca en forma de aullido.

—¡No lo hice! ¡No lo hice! ¡Usted está loco y puedo demostrarlo! ¡Tengo la revista, maníaco! ¿Me oye? ¡Tengo la maldita revista!

Su respuesta fue la ausencia de respuesta. La línea estaba muda y muerta, sin siquiera el lejano murmullo de una voz fantasma que interrumpiera la lisa oscuridad, como aquella que trepaba por el muro de la ventana todas las noches que había pasado solo allí.

—¿Shooter?

Silencio.

—Shooter, ¿sigue ahí?

Más silencio. Había cortado.

Mort apartó el auricular de su oreja. Estaba a punto de colgar, cuando la voz de Shooter, débil, distante y casi perdida, dijo:

—¿... ahora?

Mort volvió a apoyar el teléfono en su oído. Parecía pesar mil kilos.

—¿Qué? —preguntó—. Creí que había cortado.

—¿La tiene? ¿Tiene esa supuesta revista? ¿Ahora?

Le pareció que, por primera vez, Shooter parecía alterado. Alterado e inseguro.

—No —contestó.

—¡Ah, bueno! —exclamó Shooter, aliviado—. Creí que finalmente estaría preparado para hablar...

—Viene por Expreso federal —le interrumpió Mort—. Mañana a las diez estará en la oficina de correos.

—¿Qué estará? —preguntó Shooter—. ¿Alguna cosa vieja que supuestamente es una copia?

—No —contestó Mort. La sensación de que había hecho vacilar a aquel tipo, de que había superado sus defensas golpeándolo lo bastante fuerte como para que le doliera, era intensa e innegable. Durante uno o dos segundos, Shooter pareció realmente asustado, y Mort se sentía furiosamente complacido—. La revista. La revista real.

Hubo otra pausa larga, pero esta vez Mort mantuvo el teléfono pegado a la oreja. Shooter estaba allí. Claro que sí, y esta vez era él quien estaba atrapado. Mort había olvidado su trasero sucio.

No había olvidado lo de Tom y Greg, pero casi. Súbitamente, el relato volvía a ser lo más importante, el relato y la acusación de plagio. Shooter tratándolo como si fuera un maldito colegial, eso era lo importante, y el hecho de que tal vez por fin estuviera asustado.

Una vez, en la misma escuela parroquial donde Mort había aprendido a tragar con la cabeza gacha, había visto a un chico atravesando con un alfiler a un escarabajo que corría por su pupitre. El escarabajo quedó atrapado: clavado, retorciéndose y muriendo.

En aquel momento, Mort se había sentido triste y horrorizado.

Ahora comprendía. Ahora deseaba hacerle lo mismo a ese hombre. A ese loco.

—No puede haber ninguna revista —dijo por fin Shooter—. No con ese relato. ¡El relato es mío!

Mort percibió angustia en la voz del hombre. Verdadera angustia. Le alegró. El alfiler estaba clavado en Shooter. Y él se retorció.

—Mañana a las diez estará aquí —dijo Mort—, o en todo caso tan pronto como el Expreso entregue el correo de Tashmore. Estaré encantado de verlo allí. Puede echarle una mirada. Una mirada tan prolongada como quiera, maldito maníaco.

—Allí no —dijo Shooter después de otra pausa—. En su casa.

—Olvidelo. Cuando le muestre el número de *Ellery Queen*, quiero hacerlo en un lugar donde pueda pedir ayuda si le da el ataque.

—Lo hará a mi manera —dijo Shooter. Parecía más calmado, pero Mort no creía que Shooter volviera a recuperar el control que había tenido anteriormente—. Si no, lo veré en la prisión del estado de Maine acusado de asesinato.

—No me haga reír —replicó Mort, pero sintió que su intestino volvía a anudarse.

—Lo he relacionado con esos dos hombres de más maneras de las que sabe —dijo Shooter—, y usted ha contado una buena sarta de mentiras. Si yo desaparezco, señor Rainey, va a encontrarse con la cabeza en un lazo y los pies colgando.

—No me asusta.

—Sí que lo asusto —afirmó Shooter. Hablaba casi con amabilidad—. Lo que pasa es que está empezando a asustarme un poco a mí también. No consigo entenderlo del todo.

Mort no dijo nada.

—Sería gracioso —dijo Shooter en tono extraño y meditabundo— si hubiéramos escrito el mismo relato en dos lugares distintos y en dos momentos distintos.

—Ya se me había ocurrido.

—¿De veras?

—Lo deseché —dijo Mort—. Demasiada coincidencia. Si fuera sólo el mismo argumento, sería una cosa. Pero el mismo lenguaje, la misma dicción...

—¡Ajá! —exclamó Shooter—. Yo pensé lo mismo, peregrino. Es demasiado. La coincidencia queda descartada. Usted me lo robó, pero que me aspen si puedo imaginar cómo y cuándo.

—¡Oh, déjelo! —estalló Mort—. ¡Tengo la revista! ¡Tengo pruebas! ¿No lo comprende? ¡Ha terminado! ¡Tanto si era un juego demente o sólo un engaño, ha terminado! ¡Tengo la revista!

Después de un largo silencio, Shooter dijo:

—No, todavía no.

—Es verdad —admitió Mort. Tenía un sentimiento de camaradería súbito y totalmente indeseado hacia ese hombre—. ¿Y qué hacemos esta noche?

—Pues nada —dijo Shooter—. Esos hombres esperarán. La mujer y los hijos de uno están visitando a la familia. El otro vive solo. Mañana por la mañana vaya a recoger la revista. Iré a su casa hacia el mediodía.

—Me matará —dijo Mort, descubriendo que la idea no le parecía muy aterradora; al menos, no esa noche—. Si le muestro la revista, su engaño habrá terminado y me matará.

—¡No! —contestó Shooter, y esta vez parecía sorprendido de verdad—. ¿A usted? ¡No, señor! Maté a esos dos porque iban a interferir en nuestro negocio. No podía permitirlo, y pensé utilizarlos para obligarle a tratar conmigo. A afrontar su responsabilidad.

—Es hábil —dijo Mort—, lo admito. Creo que está loco, pero también creo que es el hijo de puta más hábil que he conocido en mi vida.

—Bueno, pues crea también esto —replicó Shooter—: si mañana voy y descubro que se ha ido, señor Rainey, me ocuparé de destruir a todas las personas a las que usted ama y que le importan. Quemaré su vida como un campo de cañas en un día de viento. Irá a la cárcel por matar a esos dos hombres, pero ir a la cárcel será el menor de sus pesares, ¿me entiende?

—Sí —dijo Mort—. Comprendo, peregrino.

—Así que esté allí.

—Y suponga, sólo suponga, que cuando le muestre la revista comprueba que mi nombre figura en el índice y que mi relato está dentro. ¿Qué pasará entonces?

Tras una breve pausa, Shooter dijo:

—Me entregaré a las autoridades y confesaré todo el asunto. Pero me ocuparía de mí mucho antes de que se celebrara el juicio, señor Rainey. Porque si las cosas son así, supongo que estoy loco, y ese tipo de loco... —Dejó escapar un suspiro antes de decir— Ese tipo de loco no tiene excusa ni razón para vivir.

Aquellas palabras golpearon a Mort con una fuerza insólita.

"Se siente inseguro —pensó—. Por primera vez, se siente inseguro. Incluso más de lo que yo me he sentido nunca."

Pero reprimió violentamente aquella idea. Nunca había tenido una razón para sentirse inseguro. Esto era culpa de Shooter. Todo era culpa de Shooter. Dijo:

—¿Y cómo sé que no dirá que la revista es una falsificación?

No esperaba respuesta, excepto tal vez algo acerca de que Mort tendría que aceptar su palabra, pero Shooter lo sorprendió.

—Si es real, lo sabré —dijo—, y si es una falsificación lo sabremos ambos. No creo que pueda haber conseguido toda una revista falsa en tres días, por mucha gente que tenga trabajando para usted en Nueva York.

Le tocaba pensar a Mort, y lo hizo durante un tiempo largo, muy largo. Shooter esperó.

—Voy a confiar en usted —dijo por fin—. Desde luego, no sé por qué. Tal vez porque en estos días no tengo muchas razones para vivir. Pero no voy a confiar sin reparos. Usted viene, se queda en el sendero, donde pueda verlo y comprobar que no está armado. Yo salgo. ¿Es satisfactorio?

—Será suficiente.

—Que Dios nos ayude.

—Sí, señor. Que me aspen si estoy seguro de lo que hago... y no es una sensación agradable.

—¿Shooter?

—Estoy aquí.

—Quiero que me conteste a una pregunta.

Silencio, pero un silencio que a Mort le pareció que invitaba a hablar.

—¿Incendió mi casa de Derry?

—No —respondió Shooter de inmediato—. Estaba vigilándolo a usted.

—Y a Bump —añadió Mort con amargura.

—Oiga —dijo Shooter—. ¿Tiene mi sombrero?

—Sí.

—Lo necesitareé —dijo Shooter—, de una manera u otra.

Y la línea enmudeció.

Sin más.

Mort dejó lentamente el teléfono y caminó con cautela hacia el lavabo sujetándose los pantalones, para terminar su tarea.

### 38

Amy volvió a llamar alrededor de las siete; esta vez Mort pudo hablar con ella con bastante normalidad, casi como si el lavabo de arriba no estuviese destrozado y no hubiera dos hombres muertos sentados detrás de una pantalla de arbustos en el camino que descendía al lago, poniéndose rígidos mientras a su alrededor el crepúsculo daba paso a la oscuridad.

Desde su llamada anterior, ella había hablado personalmente con Fred Evans y tenía la convicción de que sabía o sospechaba algo sobre el incendio que no quería comunicarles. Mort trató de tranquilizarla y le pareció que tenía éxito hasta cierto punto, pero él mismo estaba preocupado. Si Shooter no había iniciado el fuego —y Mort se inclinaba a creer que el hombre había dicho la verdad—, entonces era una simple coincidencia..., ¿correcto?

No sabía si era correcto o no.

—Mort, he estado muy preocupada por ti —dijo ella de pronto.

Eso lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Por mí? Estoy bien.

—¿Estás seguro? Cuando te vi ayer, me pareció que estabas... tenso. —Hizo una pausa—. En realidad, me pareció que estabas como antes de tener la..., ya sabes...

—Amy, no tuve una crisis nerviosa.

—Bueno, no —dijo rápidamente ella—, pero ya sabes lo que quiero decir. Cuando la gente de cine organizó aquel alboroto con *La familia Delacourt*.

Aquella había sido una de las experiencias más amargas de la vida de Mort. Paramount había pagado una opción de 75.000 dólares sobre un precio base de 750.000, una cifra muy alta. Y estaban a punto de aceptar la opción cuando alguien encontró en los archivos un viejo libretto, llamado *El equipo familiar*, que se parecía lo bastante a *La familia Delacourt* como para poder plantear problemas legales. Fue la única vez en su carrera —en todo caso, antes de esta pesadilla— en que había estado expuesto a la posibilidad de una acusación de plagio. Los responsables dejaron que expirara la opción a última hora. Mort seguía sin saber si realmente temieron que alguien presentara una demanda por plagio, o si sencillamente dudaron del potencial cinematográfico de su novela. Si realmente tuvieron miedo, no comprendía cómo semejante grupo de damiselas podía

rodar películas. Herb Creekmore había obtenido una copia del libreto de *El equipo familiar*, y Mort había encontrado sólo una semejanza casual. Amy estaba de acuerdo.

El lío se produjo justo cuando estaba en un callejón sin salida con una novela que había deseado desesperadamente escribir. Al mismo tiempo había tenido que hacer una gira de promoción relacionada con la edición de bolsillo de *La familia Delacourt*. Todo aquello junto lo había sometido a una gran tensión.

Pero no había sufrido una crisis nerviosa.

—Estoy bien —insistió, hablando con suavidad. Años antes había descubierto una cosa sorprendente y más bien conmovedora de Amy: Si se le hablaba con la suavidad suficiente, estaba dispuesta a creer casi cualquier cosa. Había pensado a menudo que si se hubiera tratado de una característica de la especie, como mostrar los dientes para demostrar rabia o diversión, las guerras habrían terminado miles de años antes.

—¿Estás seguro, Mort?

—Sí. Si sabes algo más de nuestro amigo asegurador, llámame.

—Lo haré.

Él hizo una pausa.

—¿Estás en casa de Ted?

—Sí.

—¿Y cómo te sientes con él estos días?

Ella vaciló, y después dijo simplemente:

—Lo amo.

—¡Ah!

—No fui con otros hombres —dijo Amy de repente—. Siempre he querido decirte esto. No fui con otros hombres. Pero Ted miró mas allá de tu nombre y me vio, Mort. Me vio a mí.

—¿Quieres decir que yo no?

—Lo hacías cuando estabas aquí —respondió y su voz sonaba pequeña y sola—. Pero pasabas tanto tiempo fuera.

Sus ojos se dilataron, e instantáneamente estuvo listo para presentar batalla. Una batalla justa.

—¿Qué? ¡No he estado de gira desde *La familia Delacourt*! ¡Y esa fue corta!

—No quiero discutir contigo, Mort —dijo ella suavemente—. Eso tendría que terminar. Lo que intento decir es que, aunque estuvieses aquí, te ausentabas mucho. Tenías una amante, ¿sabes? Tu trabajo era tu amante.—Su voz era firme, pero él sintió que en lo profundo de esa voz había lágrimas—. ¡Cómo odiaba a esa perra, Mort! Era más guapa que yo, más lista que yo, más divertida que yo. ¿Cómo podía competir?

—Échame toda la culpa a mí, ¿por qué no? —dijo él, turbado al descubrir que él mismo estaba al borde de las lágrimas—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que me convirtiera en un maldito fontanero? Hubiéramos sido pobres y yo no habría conseguido un empleo. ¿No comprendes que no podía hacer otra cosa? ¡No podía hacer otra cosa!

Había supuesto que las lágrimas habían terminado, al menos por el momento, pero allí estaban. ¿Quién había vuelto a frotar esa horrible lámpara mágica? ¿Había sido él o ella esta vez?

—No te culpo. Yo también tengo culpa. Nunca nos habrías descubierto..., como lo hiciste..., si no hubiese sido débil y cobarde. No fue Ted. Él quería que fuésemos juntos y te lo contáramos. No paraba de decírmelo. Y yo no dejaba de retrasar el momento. Le dije que no estaba segura. Me dije que seguía amándote, que las cosas podían volver a ser como antes..., pero supongo que nunca es así. Nunca... —Amy contuvo el aliento y Mort comprendió que ella también lloraba—. Nunca olvidaré tu cara cuando abriste la puerta de la habitación del motel. Me llevaré ese recuerdo a la tumba.

"¡Estupendo! —deseó gritar— ¡Estupendo! ¡Porque tú sólo tuviste que verla! ¡Yo tuve que llevarla!"

—Conocías mi amor —dijo tembloroso—. Nunca te lo oculté. Lo conocías desde el comienzo.

—Pero nunca supe lo intenso que podía ser su abrazo —replicó ella.

—Alégrate —dijo Mort—. Ahora parece haberme abandonado.

Amy lloraba.

—Mort, Mort... Sólo quiero que vivas y seas feliz. ¿No lo ves? ¿No puedes hacerlo?

Lo que había visto era uno de sus hombros desnudos tocando el hombro desnudo de Ted Milner. Había visto sus ojos, dilatados y asustados, y el pelo de Ted tieso en un tirabuzón estilo Alfalfa.

Pensó en decirle esto, o al menos intentarlo, dejarlo caer. Ya se había hecho bastante daño. Tal vez en otro momento pudieran volver a hablar del asunto. Sin embargo, hubiera preferido que no dijera eso de la crisis nerviosa. No había sufrido una crisis nerviosa.

—Amy, creo que tengo que dejarte.

—Sí, yo también. Ted ha salido a mostrar una casa, pero volverá pronto. Tengo que preparar algo de cena.

—Lamento la discusión.

—¿Llamarás si me necesitas? Sigo preocupada.

—Sí —respondió él.

Se despidió y cortó la comunicación. Permaneció un momento junto al teléfono, pensando que seguramente rompería a llorar. Pero pasó. Tal vez ése fuese el verdadero horror.

Pasó.

## 39

La lluvia que caía sin parar le hacía sentirse distraído y estúpido. Encendió un pequeño fuego en la chimenea, acercó una silla y trató de leer el último número de *Harper's*, pero no dejaba de cabecear y despertarse sobresaltado cuando su cabeza caía hacia delante, apretándole la tráquea y produciendo un ronquido. "Debería haber comprado unos cigarrillos —pensó—. Unos cigarrillos me hubieran mantenido despierto." Pero no lo había hecho, y de todos modos tampoco estaba seguro de que pudieran mantenerlo despierto. No sólo estaba cansado; estaba bajo los efectos de un shock.

Por último, se acercó al diván, ajustó los cojines y se echó.

Junto a su mejilla, la lluvia fría tamborileaba contra el vidrio oscuro.

"Sólo una vez —pensó—. Sólo lo hice una vez." Y se quedó profundamente dormido.

## 40

En su sueño estaba en el aula más grande del mundo.

Las paredes se prolongaban a lo largo de kilómetros. Cada pupitre era una meseta, y los azulejos grises formaban la interminable pradera que se extendía entre ellas. El reloj que colgaba de la pared era un enorme sol frío. La puerta que daba al pasillo estaba cerrada, pero Morton Rainey podía leer las palabras escritas sobre el cristal esmerilado: "SALA DE ESCRITURA DEL EQUIPO DEL HOGAR. PROF. DELLACOURT."

"Lo han escrito mal —pensó Mort—. Demasiadas eles."

Pero otra voz le dijo que no era así.

Mort estaba de pie sobre el gigantesco repecho de las tizas de la pizarra, y se estiraba con un brazo levantado. Tenía en la mano un trozo de tiza del tamaño de un bate de béisbol. Quería bajar el brazo, que le dolía ferozmente, pero no podía. No hasta haber escrito la misma frase quinientas veces: "No copiaré a John Kintner." Pensó que ya debía de haberla escrito cuatrocientas veces, pero no era suficiente. Robar el trabajo a un hombre, cuando el trabajo era todo lo que tenía ese hombre, era imperdonable. De modo que tendría que escribir y escribir y escribir, y no prestar atención a la voz interior que le decía que se trataba de un sueño y que el brazo derecho le dolía por otras razones.

La tiza chirriaba de una manera monstruosa. El polvillo, acre y en cierta forma familiar —demasiado familiar— le caía en la cara.

Llegó un momento en que no pudo seguir. Su brazo cayó al costado como una bolsa llena de municiones de plomo. Se volvió, sin bajar del repecho, y vio que en la enorme aula sólo había un pupitre ocupado. Su ocupante era un joven con una cara de campesino, una de esas caras que suelen verse en el campo detrás del culo de una mula. Su cabello castaño claro estaba encrespado, y mantenía las manos de trabajador del campo, que parecían todo nudillos, dobladas frente a él, sobre el pupitre. Miraba a Mort con ojos pálidos y absortos.

"Te conozco", dijo Mort en el sueño.

"Correcto, peregrino —replico John Kintner con su acento sureño desnudo y arrastrado—. Sólo que me reconstruiste mal. Ahora sigue escribiendo. No son quinientas, sino cinco mil."

Mort empezó a volverse, pero su pie resbaló en el borde del repecho. De pronto estaba cayendo hacia delante, gritando en el aire seco y tizoso, y John Kintner reía, y él...

## 41

... despertó en el suelo con la cabeza casi debajo de la traviesa mesilla de café, manoteando la alfombra y llorando con sollozos agudos y quejumbrosos.

Estaba en el lago Tashmore. No en un aula extravagante y ciclópea, sino en el lago, y el sol salía brumosamente por el este.

"Estoy bien. Fue sólo un sueño y estoy bien."

Pero no lo estaba. Porque no había sido sólo un sueño. John Kintner había sido real. ¿Cómo diablos había podido olvidar a John Kintner?

Mort había ido a la Universidad de Bates y se había graduado en la especialidad de escritura creativa. Más adelante, cuando hablaba ante aspirantes a escritor (tarea que eludía siempre que podía), les decía que graduarse en eso era probablemente el peor error que podía cometer un hombre o una mujer, si él o ella deseaban ganarse la vida escribiendo ficción.

—Consigan un trabajo en Correos —decía—. A Faulkner le fue muy bien.

Todos reían. Les gustaba escucharlo, y Mort suponía que le salía bastante bien eso de mantenerlos entretenidos. Era algo que le parecía muy importante, porque dudaba de que él o cualquier otro pudiera enseñarles a escribir creativamente. De todos modos, siempre se alegraba cuando acababa la clase, el seminario o el congreso. Los muchachos lo ponían nervioso. Suponía que la razón era John Kintner.

¿Era Kintner de Mississippi? Mort no lo recordaba, pero creía que no. Aunque, de todos modos, era de un enclave del Profundo Sur: Alabama, Luisiana o tal vez el norte de Florida. No estaba seguro. Lo de Bates había sucedido hacía mucho tiempo, y llevaba años sin pensar en John Kintner, que había desaparecido súbitamente por razones que sólo él conocía.

"Eso no es verdad. Anoche pensaste en él."

"Querrás decir que soñaste con él", se corrigió rápidamente Mort, pero aquella vocecita infernal que sonaba en su interior no estaba dispuesta a ceder.

"No, antes de eso. Pensaste en él cuando hablabas por teléfono con Shooter."

No sabía qué pensar de eso. Por lo tanto no pensaría en ello.

John Kintner pertenecía al pasado; John Kintner no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo ahora. Se levantó y se dirigió vacilante hacia la cocina para prepararse un café cargado. Litros y litros de café cargado. Pero la vocecita infernal no lo dejaba tranquilo. Mort miró el juego

de cuchillos de cocina de Amy colgando de sus soportes de acero magnetizado, y pensó que si pudiera cortar esa vocecita, iniciaría inmediatamente la operación.

"Pensabas que habías desestabilizado a Shooter, que finalmente le habías hecho vacilar. Pensabas que la historia volvía a ser la cuestión principal, la historia y la acusación de plagio. Shooter tratándote como a un maldito colegial. Como a un maldito colegial. Como a un..."

—Cállate —ordenó Mort con voz ronca—. Cierra la boca.

La voz obedeció, pero Mort descubrió que era incapaz de dejar de pensar en John Kintner.

Mientras medía el agua para el café con mano temblorosa, pensó en sus permanentes y estridentes protestas de que no había plagiado el relato de Shooter, que jamás había plagiado nada.

Pero naturalmente, lo había hecho.

Una vez.

Sólo una.

—Pero aquello ocurrió hace mucho tiempo —susurró—. Y no tiene nada que ver con este asunto.

Tal vez fuera verdad, pero eso no eliminaba sus pensamientos.

## 42

Estaba en primer año y era el semestre de primavera. Aquel semestre, la clase de escritura creativa de la que formaba parte se centraba en el relato. El profesor era un tipo llamado Richard Perkins Jr., autor de dos novelas que habían obtenido buenas críticas y vendido pocos ejemplares. Mort intentó leer una, y llegó a la conclusión de que las buenas críticas y las malas ventas tenían la misma causa: los libros eran incomprensibles. Sin embargo, el hombre no era mal maestro. Al menos, los mantenía entretenidos.

En la clase había unos doce estudiantes. Uno de ellos era John Kintner. Éste era sólo un novato, pero había logrado un permiso especial para asistir a la clase. Y Mort pensaba que se lo merecía.

Fuera o no un tipejo sureño, el mamón era bueno.

El curso exigía que cada uno de ellos escribiera seis relatos cortos o tres más largos. Cada semana, Perkins elegía los que le parecía que provocarían las discusiones más entusiastas y los entregaba al terminar la clase. Se suponía que a la semana siguiente los estudiantes irían preparados para discutir y criticar. Era la manera habitual de llevar esas clases. Una semana, Perkins les dio un relato de John Kintner. Se llamaba... ¿Cómo se llamaba?

Mort había abierto el grifo para llenar la cafetera, pero se quedó de pie, mirando con aire ausente la niebla del otro lado de la ventana y oyendo correr el agua.

"Sabes muy bien cómo se llamaba. "*Ventana secreta, secreto jardín*.""

—¡No era así! —aulló con petulancia a la casa vacía.

Pensaba con furia, decidido a acallar la infernal vocecilla de una vez por todas, cuando de pronto lo recordó.

—¡"Crowfoot Mile"! —chilló—. ¡El nombre del relato era "Crowfoot Mile", y no tiene nada que ver con nada!

Pero eso tampoco era enteramente verdad, y no necesitaba que la pequeña voz que se refugiaba en algún lugar de su dolorida cabeza se lo señalara.

Kintner había entregado tal vez tres o cuatro relatos antes de desaparecer donde hubiera desaparecido (si le pedían que aventurase una hipótesis, Mort diría que en Vietnam; allí era donde habían desaparecido la mayoría de personas a finales de los sesenta; por lo menos, los jóvenes). "Crowfoot Mile" no era el mejor de los relatos de Kintner, pero era bueno. Evidentemente, Kintner era el mejor escritor de la clase de Richard Perkins Jr. Éste trataba al chico casi como a un igual, y en la estimación no demasiado humilde de Mort Rainey, Perkins tenía razón, porque en su opinión Kintner era bastante mejor que Richard Perkins Jr. Mort creía que él también era mejor que Perkins.

Eso sí, pero ¿mejor que Kintner?

—¡Oh, oh! —exclamó entre dientes mientras enchufaba la cafetera—. Era el segundo.

Sí. Era el segundo y no lo soportaba. Sabía que la mayor parte de los estudiantes matriculados en los cursos de escritura estaban haciendo tiempo, satisfaciendo un capricho antes de abandonar los juegos infantiles y dedicarse al estudio de lo que sería su trabajo en la vida real. La escritura creativa que haría la mayoría de ellos en los años siguientes consistiría en colaboraciones para las páginas del Calendario Comunitario de sus periódicos locales o en textos publicitarios para el lavavajillas Brisa Azul. Mort se había inscrito en la clase de Perkins confiando en que sería el mejor, porque siempre había sido así en su caso. Por esta razón, John Kintner le provocó una desagradable conmoción.

Recordaba que una vez había intentado hablar con el muchacho. Pero Kintner, que en clase sólo hablaba cuando se le hacía una pregunta, había resultado ser casi incoherente. Cuando hablaba en voz alta, farfullaba y se trababa como el hijo de un labriego pobre cuya educación se había interrumpido en cuarto curso. Aparentemente, su escritura era la única voz que tenía.

"Y tú se la robaste."

—Cállate —murmuró—. Simplemente, cállate.

"Eras el segundo y lo odiabas. Te alegraste cuando se fue porque entonces podrías volver a ser el primero. Como siempre lo habías sido."

Sí. Era verdad. Y un año después, cuando se preparaba para la graduación, un día en que se dedicó al armario empotrado del desordenado apartamento de Lewiston que compartía con otros dos estudiantes, encontró una pila de fotocopias del curso de Perkins.

Entre ellas estaba uno de los relatos de Kintner. Resultó ser "Crowfoot Mile".

Recordaba haberse sentado en la raída alfombra de su cuarto, queapestaba a cerveza, para leer el relato, y cómo había vuelto a experimentar los viejos celos.

Tiró las fotocopias, pero no el relato, que guardó por razones que no estaba seguro de querer analizar con atención.

Cuando estaba en segundo curso, Mort envió un relato a una revista literaria llamada Aspen Quarterly. El relato volvió con una nota que decía que los lectores lo habían encontrado muy bueno, "aunque el final resultaba algo inmaduro". La nota, que a Mort le había parecido condescendiente y muy excitante, lo invitaba a enviar más material.

A lo largo de los dos años siguientes, envió otros cuatro relatos. No aceptaron ninguno, pero todos los formularios de rechazo iban acompañados de una nota. Mort atravesó la agonía de optimismo con alternancia de profundo pesimismo típica del escritor inédito. Había días en que estaba seguro de que sólo era una cuestión de tiempo y de que terminaría por ser aceptado en Aspen Quarterly; y otros en que estaba convencido de que la totalidad del equipo editorial —degenerados con cabeza de lápiz todos ellos— se limitaba a jugar con él, tomándole el pelo como si fuera un perro hambriento, suspendiendo un trozo de carne sobre su cabeza y retirándolo cuando saltaba a cogerlo. A veces imaginaba a uno de ellos levantando uno de sus originales, recién sacado de su sobre de papel de manila, y gritando: "¡Aquí hay otro de ese gilipollas de Maine! ¿Quién quiere escribir la carta esta vez?" Y a todos los demás riendo, tal vez incluso revolcándose por el suelo bajo sus pósters de Joan Baez y Moby Grape en el Fillmore.

La mayor parte de las veces, Mort no se permitía ese tipo de paranoia triste. Comprendía que era bueno y que sólo era cuestión de tiempo. Y aquel verano, trabajando de camarero en un restaurante de Rockland, se acordó del relato de John Kintner. Pensó que probablemente estuviera todavía en su baúl, en algún lugar del fondo. Tuvo una idea súbita. Cambiaría el título y enviaría "*Crowfoot Mile*" al Aspen Quarterly con su nombre. Recordaba haber pensado que sería un buen chiste, aunque ahora no imaginaba de qué chiste se podía tratar.

También recordaba que no tenía intención de publicar el relato con su nombre; en todo caso, si en un estrato más profundo tenía esa intención, no había sido consciente de ello. En el improbable caso de una aceptación, retiraría el relato diciendo que quería trabajarlo un poco más. Y si lo rechazaban, al menos podría alegrarse de que tampoco John Kintner fuera lo bastante bueno para el Aspen Quarterly.

Así que había enviado el relato.

Y ellos lo aceptaron.

Y él les permitió que lo aceptaran.

Y le enviaron un cheque por valor de veinticinco dólares, llamado "honorario" en la carta que lo acompañaba.

Y lo habían publicado

Y Morton Rainey, abrumado por un sentimiento de culpabilidad por lo que había hecho, cobró el cheque e ingresó el dinero en la Caja de Caridad de Santa Catalina, en Augusta.

Pero no sólo había sentido culpa. ¡Ah, no!

Mort se sentó ante la mesa de la cocina con la cabeza apoyada en una mano, esperando que se filtrara el café. Le dolía la cabeza.

No quería pensar en John Kintner ni en el relato de John Kintner.

Lo que había hecho con "*Crowfoot Mile*" era una de las cosas más vergonzosas de su vida. ¿Era tan sorprendente que lo hubiera reprimido durante tantos años? Le hubiera gustado poder reprimirlo ahora. Al fin y al cabo, éste sería un gran día, tal vez el más importante de su vida. Tal vez incluso

el último de su vida. Tenía que pensar en ir a Correos. Tenía que pensar en su confrontación con Shooter, pero su mente se negaba a dejar de lado aquella triste época.

Cuando vio la revista, la revista real con su nombre encabezando el relato de John Kintner, se sintió como si despertara de una horrible experiencia de sonambulismo, como si regresara de una salida inconsciente durante la cual había hecho algo irrevocable. ¿Cómo había permitido que las cosas llegaran tan lejos? ¡Por Dios santo! Se suponía que se trataba de un chiste, de una pequeña ironía...

¡Pero había dejado que las cosas llegaran tan lejos! El relato se había publicado, y en el mundo había por lo menos una docena de personas que sabían que no era suyo, incluyendo al propio Kintner. Y si uno de ellos hojeaba el Aspen Quarterly...

Él no se lo dijo a nadie, naturalmente. Se limitó a esperar enfermo de terror. Aquel fin de verano y comienzo de otoño comió y durmió muy poco, perdió peso y bajo sus ojos se formaron sombras oscuras. Cada vez que sonaba el teléfono, su corazón latía desordenadamente. Si la llamada era para él, se aproximaba al aparato arrastrando los pies y con la frente cubierta de sudor frío, convencido de que sería Kintner y de que sus primeras palabras serían:

"Me robaste mi relato y hay que hacer algo al respecto. Empezaré por decirle a todo el mundo qué clase de ladrón eres".

Y lo más increíble era esto: que él sabía cómo eran las cosas.

Sabía cuáles eran las posibles consecuencias de ese acto por parte de un joven que esperaba hacer una carrera literaria. Era como jugar a la ruleta rusa con una bazuca. Y sin embargo..., sin embargo...

A medida que iba pasando el otoño sin que sucediera nada, empezó a relajarse un poco. El número de Aspen Quarterly había sido reemplazado por otro. El número ya no estaba sobre las mesas de las bibliotecas de todo el país; había sido guardado en los estantes o pasado a microficha. Todavía podía causar problemas —suponía lúgubrementemente que tendría que vivir con esa posibilidad el resto de su vida—, pero en la mayor parte de los casos, fuera de la vista significaba fuera de la cabeza.

Y entonces, en noviembre de aquel año, llegó una carta del Aspen Quarterly.

Mort la cogió, miró su nombre escrito en el sobre y empezó a temblar de pies a cabeza. Sus ojos se llenaron de un líquido que resultaba demasiado caliente y corrosivo para ser lágrimas, y ante su mirada el sobre se duplicó y triplicó.

"Ya está. Me han cogido. Querrán que conteste a una carta que han recibido de Kintner, o de Perkins, o de alguno de la clase... Estoy atrapado."

Entonces pensó en el suicidio, serena y racionalmente. Su madre tenía píldoras para dormir. Las tomaría. Tranquilizado en cierta forma por la perspectiva, abrió el sobre y sacó una sola hoja de papel. La tuvo un largo momento doblada en la mano y pensó en quemarla sin mirarla siquiera. No estaba seguro de poder enfrentarse a la acusación. Pensó que podía volverse loco.

"¡Adelante, maldita sea! ¡Mira! Lo menos que puedes hacer es contemplar las consecuencias. Tal vez no puedas afrontarlas, ¡pero por Dios que puedes contemplarlas!

Desplegó la carta.

*Querido Mort Rainey:*

*Su relato "El ojo del cuervo" fue muy bien recibido aquí. Lamento que esta carta haya tardado tanto, pero, francamente, esperábamos saber de usted. Ha sido tan fiel en sus envíos a lo largo de los años que su silencio, ahora, cuando por fin lo ha "logrado", resulta desconcertante. Si hubo algo en la forma en que se trató su relato —tipo, diseño gráfico, lugar de la revista, etc.— que no le agradó, esperamos que nos lo diga. Mientras tanto, ¿qué le parece si nos envía otro?*

*Respetuosamente suyo,*

*Charles Palmer*

*Ayudante del editor*

Mort leyó dos veces la carta, y después lanzó ásperas carcajadas que recorrieron la casa, que afortunadamente estaba vacía. Había oído hablar de reventar de risa, y seguramente se trataba de esto. Sentía que si no se detenía pronto reventaría literalmente y sus entrañas se desparramarían por el suelo. ¡Se había preparado para matarse con las píldoras para dormir de su madre, y ellos querían saber si estaba disgustado por la composición del relato!

¡Había temido ver terminada su carrera antes de que empezara de verdad, y ellos querían más! ¡Más!

Rió —en realidad, aulló— hasta que su risa frenética se convirtió en lágrimas histéricas. Después se sentó en el sofá, releyó la carta de Charles Palmer y lloró hasta que volvió a reír. Por último, se fue a su cuarto, se echó con las almohadas dispuestas como le gustaba, y se quedó dormido.

Lo había conseguido. Ésa era la conclusión: lo había conseguido. Nunca más había vuelto a hacer nada ni remotamente semejante a eso, y todo había sucedido hacía unos mil años, así que ¿por qué lo torturaba ahora?

No lo sabía, pero tenía intención de dejar de pensar en ello.

—Y además, ahora mismo —dijo a la habitación vacía, mientras se acercaba enérgicamente a la cafetera, procurando ignorar el dolor de cabeza.

"Sabes muy bien por qué estás pensando en eso ahora."

—Cállate —ordenó en un tono que resultaba bastante alegre.

Pero, mientras cogía la cafetera, sus manos temblaban.

"Hay cosas que no se pueden ocultar para siempre. Podrías estar enfermo, Mort."

—Cállate, te lo advierto —repitió en el mismo tono alegre y coloquial.

"Podrías estar muy enfermo. En realidad, podrías estar sufriendo una crisis nerv..."

—¡Cállate! —gritó, arrojando la cafetera con toda la fuerza que pudo reunir.

El artefacto pasó por encima de la mesa, cruzó volando la cocina, girando una y otra vez, golpeó en la pared encristalada, se rompió y cayó al suelo. Miró la cristalera, y vio una larga y plateada grieta que subía zigzagueando hasta la parte superior, desde el lugar donde se había estrellado la cafetera. Se sentía como si tuviera una grieta similar abierta en medio del cerebro.

Pero la voz se había acallado.

Entró como atontado en el dormitorio, cogió el despertador y regresó a la sala. Puso el despertador a las diez y media. A esa hora iría a Correos, recogería su paquete enviado por Expreso federal y proseguiría tranquilamente con la tarea de dejar esta pesadilla a sus espaldas.

Pero, mientras tanto, dormiría.

Dormiría en el sofá, que era donde siempre había dormido mejor.

—No estoy padeciendo una crisis nerviosa —susurró a la vocecilla.

. Pero la vocecilla se negaba a discutir. Mort pensó que tal vez la hubiera asustado. Esperaba que sí, porque desde luego la vocecilla lo había asustado a él.

Sus ojos encontraron la grieta plateada en la cristalera y la siguieron. Pensó en la llave de la camarera, en la habitación en penumbra y en cómo sus ojos habían necesitado un momento para ajustarse. Sus hombros desnudos. Sus ojos asustados. Él gritaba, no recordaba qué y nunca se había atrevido a preguntárselo a Amy, pero debió de ser algo aterrador a juzgar por sus miradas.

"Si hubiera tenido alguna vez una crisis nerviosa —pensó mirando la insensata forma de rayo de la grieta—, habría sido entonces. ¡Diablos! Esa carta del Aspen Quarterly no era nada comparado con abrir la puerta de un cuarto de motel y ver a tu esposa con otro hombre, un untuoso agente de la propiedad inmobiliaria de un pueblucho de mierda en Tennessee."

Mort cerró los ojos, y cuando volvió a abrirlos fue porque otra voz gritaba. Ésta surgía del despertador. La niebla había desaparecido, había salido el sol y era hora de ir a Correos.

## 43

Por el camino, sintió de pronto la convicción de que el Expreso federal había llegado y partido, y de que Juliet estaría allí, en la ventanilla, asomando la cara, y de que menearía la cabeza y le diría que no había nada para él y que lo sentía. ¿Y su prueba? Se habría esfumado. Aquella sensación era irracional. Herb era un hombre cauto que no hacía promesas que no pudiera mantener, pero la sensación era demasiado intensa como para ignorarla.

Tuvo que obligarse a salir del coche, y el camino desde la puerta de la oficina de Correos a la ventanilla donde estaba Juliet Stoker clasificando cartas, le pareció por lo menos de mil kilómetros.

Cuando llegó, trató de hablar, pero las palabras no le salieron.

Sus labios se movieron, pero la garganta estaba demasiado seca para emitir sonidos. Juliet lo miró y dio un paso atrás. Parecía alarmada. Sin embargo, no tanto como Amy y Ted cuando él abrió la puerta del hotel y les apuntó con un revólver.

—¿Señor Rainey? ¿Se encuentra bien?

Se aclaró la garganta.

—Lo siento, Juliet. Mi garganta me jugó una mala pasada.

—Está muy pálido —dijo, y escuchó en su voz ese tono que utilizaban tantos de los residentes de Tashmore cuando hablaban.

Era una especie de orgullo, pero contenía un matiz subterráneo de irritación y condescendencia, como si fuera un niño prodigio que necesitara comida y cuidados especiales.

—Creo que es algo que comí anoche —dijo—. ¿El Expreso federal ha dejado algo para mí?

—No, nada.

Se agarró desesperadamente a la parte inferior del mostrador y, por un momento, pensó que iba a desmayarse, aunque comprendió casi de inmediato que no era eso lo que ella había dicho.

—¿Perdón?

Ella ya se había vuelto; mientras revolvía entre unos paquetes que había en el suelo, le presentó su sólido trasero campesino.

—Digo que sólo una cosa —contestó.

Luego se volvió y le entregó el paquete. Mort vio que el remitente era *Ellery Queen* en Pennsylvania y sintió que lo inundaba el alivio. Era como agua fresca pasando por una garganta seca.

—Gracias.

—De nada. ¿Sabe? La oficina de Correos tendría un rabieta si supiera que entregamos el correo del Expreso federal.

—Bueno, desde luego se lo agradezco —dijo Mort. Ahora que tenía la revista, sentía necesidad de irse, de volver a la casa. Era una necesidad tan apremiante que resultaba casi elemental. No sabía por qué —faltaba una hora y cuarto para el mediodía—, pero así era. En su angustia y confusión, llegó a pensar incluso en darle una propina a Juliet para cerrarle la boca, y eso hubiera hecho que su alma, yanqui hasta sus raíces, levantara un verdadero clamor.

—Usted no lo dirá, ¿verdad? —preguntó ella con picardía.

—Ni hablar —contestó, arreglándose para sonreír.

—¡Estupendo! —exclamó Julie Stoker, y sonrió—. Porque vi lo que hizo.

Mort se detuvo junto a la puerta.

—¿Cómo ha dicho?

—Dije que me fusilarán si lo hacía —respondió, mirando a Mort con atención—. Señor Rainey, debería ir a casa a descansar. De verdad que no tiene buen aspecto.

"Juliet, me siento como si hubiera pasado en cama los últimos tres días, es decir, los ratos en que no estuve golpeando cosas."

—Tal vez no sea mala idea —contestó—. Aún me siento débil.

—Hay un virus por ahí. Probablemente lo ha cogido.

Después entraron las dos mujeres de Camp Wigmore —ésas de las que todo el pueblo sospechaba que eran lesbianas, aunque discretas— y Mort escapó sin problemas. Se sentó en el

Buick con el paquete azul sobre las rodillas. No le gustaba la manera en que todo el mundo insistía en que parecía estar enfermo; y todavía menos la manera en que su mente había estado funcionando.

"No importa. Casi ha terminado."

Empezó a abrir el sobre, pero entonces salieron las damas de Camp Wigmore y lo miraron. Juntaron las cabezas. Una de ellas sonrió. La otra rió en voz alta. Y, de pronto, Mort decidió que esperaría hasta volver a casa.

44

Aparcó el Buick junto a la casa, en su lugar acostumbrado, apagó el motor... y una suave grisura le cubrió los ojos. Cuando desapareció, se sintió raro y asustado. Entonces, ¿le estaba pasando algo malo de verdad? ¿Algo físico?

No. Llegó a la conclusión de que era sólo el resultado de estar sometido a tanta tensión.

Oyó un ruido —o creyó oírlo— y miró rápidamente a su alrededor. Allí no había nada. "Controla tus nervios—se dijo tembloroso—. Eso es todo lo que tienes que hacer, controlar tus malditos nervios."

Y después pensó: "Aquel día tenía un revólver. Pero estaba descargado. Se lo dije después. Amy me creyó. No sé Milner, pero Amy sí y..."

"¿Lo estaba, Mort? ¿Estaba descargado?"

Volvió a pensar en la grieta en la cristalera, en aquel insensato rayo que zigzagueaba y ascendía por el centro de las cosas. "Es así como sucede —pensó—. Es así como sucede en la vida de una persona."

Después volvió a mirar el paquete del Expreso federal. Era en esto en lo que tenía que estar pensando, no en Amy ni en el señor Ted Bésame-el-culo de Shooter's Knob, Tennessee. En esto.

El sobre estaba casi despegado; en esos días todo el mundo era descuidado. Terminó de abrirlo y lo sacudió para sacar la revista.

*Ellery Queen's Mystery Magazine*, rezaba el logo en brillantes letras rojas. Debajo, en tipo menor, Junio, 1980, y más abajo figuraban los nombres de algunos de los escritores que aparecían en el número. Edward D. Hoch, Ruth Rendell, Ed McBain, Patricia Highsmith, Lawrence Sanders.

En la cubierta no estaba su nombre.

Bueno, claro que no. En ese momento apenas era conocido como escritor, y mucho menos como escritor de relatos de misterio. "Tiempo de siembra" había sido un caso aislado. Su nombre no hubiera significado nada para los lectores habituales de la revista, de modo que los editores no lo habían puesto. La abrió.

Debajo no había página de índice.

La habían cortado.

Hojeó frenéticamente la revista, la dejó caer y la cogió de nuevo con un pequeño grito. La primera vez no vio el recorte, pero al mirar por segunda vez advirtió que habían desaparecido las páginas 83 a 97.

—¡Lo ha cortado! —gritó. Gritó tan fuerte que los ojos se le salían de las órbitas. Empezó a golpear el volante del Buick con los puños, una vez y otra y otra y otra. El claxon hipó y chilló—. ¡Hijo de puta, lo ha cortado! ¿Cómo hizo eso? ¡Lo ha cortado! ¡Lo ha cortado! ¡Lo ha cortado!

## 45

Estaba a punto de entrar en casa cuando la vocecilla letal volvió a preguntarse cómo podría Shooter haber hecho eso. El sobre había venido desde Pennsylvania por Expreso federal y lo había recibido Juliet, así que ¿cómo, en nombre de Dios...?

Se detuvo.

"Estupendo —había dicho Juliet—. Estupendo, porque vi lo que hizo."

Eso era; eso lo explicaba. Juliet estaba metida en el asunto, sólo que...

Sólo que Juliet estaba en Tashmore desde siempre.

Sólo que no había dicho eso. Eso sólo había existido en su mente. Una pequeña flatulencia paranoide.

—Pero lo está haciendo —dijo Mort. Entró en casa y, cuando atravesó la puerta, arrojó la revista tan fuerte como pudo. Sus páginas revolotearon como un pájaro asustado, y el ejemplar aterrizó en el suelo con un golpe seco—. Oh, sí, puedes apostar tu maldito culo a que lo está haciendo. Pero no pienso quedarme quieto esperándolo. Voy...

Vio el sombrero de Shooter. El sombrero de Shooter estaba tirado en el suelo, frente a la puerta de su estudio.

Mort se quedó un momento inmóvil con el corazón martilleando en sus oídos, y después se acercó a la chimenea caminando de puntillas, como un personaje de dibujos animados. Separó el atizador del resto de herramientas, dando un respingo cuando la punta golpeó suavemente contra el recogedor de ceniza. Cogió el atizador y se dirigió cautelosamente a la puerta cerrada, levantándolo como lo había hecho antes de destrozar el lavabo. Tuvo que dar un rodeo para evitar la revista que había tirado.

Llegó a la puerta y se quedó de pie ante ella.

—¿Shooter?

No hubo respuesta.

—¡Shooter, será mejor que salga por su propio pie! ¡Si tengo que entrar a buscarlo, nunca volverá a salir por sus propios medios de ningún lugar!

Tampoco hubo respuesta.

Se quedó quieto un momento más, reuniendo coraje (aunque sin estar verdaderamente seguro de tenerlo) y después hizo girar el picaporte. Golpeó la puerta con el hombro e irrumpió en el cuarto gritando, agitando el atizador...

Y el cuarto estaba vacío.

Pero Shooter había pasado por allí, claro que sí. Sí. La pantalla del ordenador estaba en el suelo, resquebrajada, como un ojo fijo.

Shooter la había asesinado. Sobre el escritorio donde antes estuviera, descansaba ahora una vieja máquina de escribir Royal. Las superficies de acero de aquel dinosaurio estaban opacas y polvorientas. Apoyado en el tablero había un manuscrito. El manuscrito de Shooter, el que hacía un millón de años había dejado en el porche, bajo una piedra.

Era "Ventana secreta, secreto jardín".

Mort dejó caer el atizador. Se acercó a la máquina como sonámbulo y cogió el manuscrito. Recorrió lentamente sus páginas y comprendió por qué la señora Gavin había estado tan segura de que era suyo, lo bastante segura como para rescatarlo de la papelera. Tal vez no lo hubiera sabido conscientemente, pero su ojo había reconocido el tipo irregular. ¿Y por qué no? Durante años había visto manuscritos semejantes a "Ventana secreta, secreto jardín." El ordenador Wang y la impresora láser System Five eran relativamente unos recién llegados. Durante la mayor parte de su carrera literaria había utilizado esa vieja Royal. Los años la habían agotado y ahora era un caso perdido. Cuando se escribía con ella, producía letras tan torcidas como los dientes de un anciano.

Pero, naturalmente, había estado allí todo el tiempo, guardada en el fondo del armario del estudio, detrás de las pilas de viejas galeradas y manuscritos, lo que los editores llamaban los "chorizos".

Shooter debió de robarla, escribir con ella su relato y después volver a guardarla sigilosamente mientras Mort iba a Correos. Claro.

Tenía sentido, ¿no?

"No, Mort, eso no tiene sentido. ¿Te gustaría hacer algo que sí tiene sentido? Entonces, llama a la policía. Eso tiene sentido. Llama a la policía y diles que vengan y te encierren. Diles que lo hagan rápidamente, antes de que puedas hacer más daño. Diles que lo hagan antes de que mates a alguien más."

Mort dejó caer las páginas lanzando un grito salvaje, y las hojas cayeron suavemente a su alrededor mientras toda la verdad se le aparecía de pronto como un aserrado rayo plateado.

No existía ningún John Shooter.

Nunca había existido.

—No —dijo Mort. Volvía a recorrer incansablemente la sala. Su dolor de cabeza aparecía y desaparecía en oleadas—. No, no lo acepto. No lo acepto en absoluto.

Pero su aceptación o rechazo no establecía ninguna diferencia.

Todas las piezas del rompecabezas estaban allí, y cuando Mort vio la vieja Royal empezaron a unirse. Ahora bien, quince minutos más tarde, seguían juntas y, al parecer, no tenía poder para separarlas.

La imagen que se le aparecía reiteradamente era la del muchacho de la gasolinera de Mechanic Falls, utilizando una esponja para limpiar su parabrisas. Algo que no había esperado volver a ver en su vida. Más tarde, supuso que el muchacho le había ofrecido un pequeño servicio extra porque lo había reconocido y le gustaban sus libros. Tal vez fuera así, pero el parabrisas necesitaba una buena limpieza. Ya no estaban en verano, pero si uno recorría bastantes kilómetros a toda velocidad por caminos comarcales, se pegaban muchas cosas al cristal. Y seguramente habría usado caminos comarcales. Debió de haber ido a Derry y vuelto en un tiempo récord, deteniéndose sólo el tiempo necesario para incendiar su casa.

Ni siquiera se había detenido para llenar el depósito en el camino de vuelta. Al fin y al cabo, en ese momento tenía un lugar a donde ir y gatos que matar, ¿no? Atareado, atareado, atareado.

Se detuvo en el centro de la habitación y se volvió para mirar la cristalera.

—Si hice todo eso, ¿por qué no lo recuerdo? —preguntó a la grieta plateada del cristal—. ¿Por qué no lo recuerdo ni siquiera ahora?

No lo sabía, pero sí sabía de dónde había salido el nombre, ¿no? La mitad, del sureño cuyo cuento había robado en la universidad; la otra mitad, del hombre que le había robado a su esposa.

Era como una extraño guiño literario.

"Mort, ella dice que lo ama. Ahora dice que lo ama."

—A tomar por culo. Un hombre que se acuesta con la esposa de otro es un ladrón. Y la mujer es su cómplice.

Miró desafiante la grieta.

La grieta no dijo nada.

Tres años antes, Mort había publicado una novela llamada *La familia Delacourt*. La localidad que figuraba en el remite del cuento de Shooter era Dellacourt, Mississippi. Era...

De pronto corrió en busca de las enciclopedias del estudio, resbaló al pisar el montón de hojas que había en el suelo y estuvo a punto de caer. Sacó el volumen de la M y buscó la entrada Mississippi. Pasó un dedo tembloroso por la lista de ciudades (ocupaba una página entera), esperando contra toda esperanza.

No resultó.

No había ningún Dellacourt o Delacourt, Mississippi.

Pensó en buscar Perkinsburg, el pueblo donde Shooter le dijo que había comprado la edición de bolsillo de *Todos tiran la moneda* antes de subir al Greyhound, pero se limitó a cerrar la enciclopedia. ¿Para qué molestarse? Tal vez hubiera un Perkinsburg en Mississippi, pero eso no significaría nada.

El nombre del novelista que llevaba la clase donde Mort había conocido a John Kintner era Richard Perkins, Jr. De ahí venía el nombre.

"Sí, pero no recuerdo nada de eso, así que ¿cómo...?"

"¡Oh, Mort! —se lamentó la vocecilla—. Estás muy enfermo.

Eres un hombre muy enfermo."

—No acepto eso —replicó, horrorizado por la ondulada debilidad de su voz.

Pero ¿qué otra elección tenía? ¿Acaso no había pensado una vez que era casi como si durante su sueño estuviera haciendo cosas, dando pasos irrevocables?

"Mataste a dos hombres —susurró la vocecilla—. Mataste a Tom porque sabía que aquel día estabas solo, y mataste a Greg, para que no lo descubriera. Si hubieras matado sólo a Tom, Greg hubiese llamado a la policía. Y tú no querías eso, no podías consentirlo. No hasta haber terminado este horrible relato que has empezado a contar. Ayer estabas muy dolorido cuando te levantaste. Dolorido y rígido. Pero no era sólo por haber roto la puerta del lavabo y destruido la mampara de la ducha, ¿verdad? Tenías unas ocupaciones más interesantes. Tenías que encargarte de Tom y Greg. Y no te equivocaste respecto al movimiento de vehículos.

Pero fuiste tú quien llamó a Sonny Trotts fingiendo ser Tom. Un hombre que acabara de llegar al pueblo desde Mississippi no sabría que Sonny es un poco duro de oído, pero tú sí. Los mataste, Mort. Mataste a esos hombres."

—¡No acepto haberlo hecho! —chilló—. ¡Esto es sólo parte de su plan! ¡Es parte de su jueguecillo! ¡Su jueguecillo mental! Y yo no..., no acepto...

"Para", susurró la vocecilla dentro de su cabeza, y Mort calló.

Durante un instante reinó un silencio absoluto en ambos mundos: el del interior de su cabeza y el del exterior.

Al cabo de un rato, la vocecilla preguntó con calma: "¿Por qué lo hiciste, Mort? ¿Qué sentido tiene este elaborado episodio homicida? Shooter insistía en que quería un relato, pero Shooter no existe. ¿Qué quieres tú, Mort? ¿Para qué creaste a Shooter?"

En ese momento llegó desde fuera el ruido de un coche que entraba en el sendero. Mort miró el reloj y vio que las manecillas señalaban las doce. Un estallido de triunfo y alivio lo recorrió como llamas que surgen por el cuello de una chimenea. No importaba que siguiera sin tener pruebas pese a haber conseguido la revista. No importaba que Shooter lo matara. Moriría feliz sabiendo que había un John Shooter y que él no era responsable de los horrores que había imaginado.

—¡Está aquí! —gritó alegremente.

Salió corriendo del estudio, agitando las manos por encima de la cabeza, e incluso hizo una pequeña pirueta mientras salía al recibidor.

Se detuvo y miró el sendero más allá de la tapa inclinada del contenedor donde había estado clavado el cuerpo de Bump. Lentamente, sus manos cayeron a los lados. Por encima de su cerebro se insinuó un horror oscuro. No por encima, sino por dentro, como si una mano despiadada estuviera bajando una persiana. La última pieza encontró su lugar. Momentos antes, en el estudio, se le había ocurrido que tal vez hubiese creado un asesino de fantasía porque le faltaba el coraje

necesario para suicidarse. Ahora comprendió que Shooter había dicho la verdad cuando afirmó que nunca mataría a Mort.

El coche que estaba deteniéndose no era la imaginaria furgoneta de John Shooter, sino el pequeño y severo Subaru de Amy.

Ella iba al volante. Ella le había robado su amor, y una mujer que te robaba tu amor, cuando tu amor era en realidad todo lo que tenías, no era gran cosa como mujer.

De todos modos, la amaba.

Era Shooter quien la odiaba. Era Shooter quien pensaba matarla y enterrarla después junto al lago, cerca de Bump, donde antes de que pasara mucho tiempo sería un misterio para ambos.

—Vete, Amy—susurró con voz temblorosa de viejo—. Vete antes de que sea demasiado tarde.

Pero Amy estaba saliendo del coche, y cuando cerró la puerta a sus espaldas, la mano que habitaba en el cerebro de Mort bajó la persiana y él quedó sumido en la oscuridad.

## 47

Amy hizo girar el pomo y encontró la puerta abierta. Entró, empezó a llamar a Mort y se interrumpió. Sorprendida y con los ojos dilatados miró a su alrededor.

El lugar era un estercolero. El cubo de la basura estaba lleno y había cosas desperdigadas por el suelo. Algunas agusanadas moscas otoñales entraban y salían de una bandejita de aluminio con las puntas aplastadas. Olía a comida pasada y a moho. Pensó que incluso percibía un hedor a comida podrida.

—¿Mort?

No hubo respuesta. Se internó más a paso lento, no del todo segura de querer mirar el resto. La señora Gavin había estado allí hacía tres días. ¿Hasta qué punto se habían desmadrado las cosas desde entonces? ¿Qué había sucedido?

Durante el último año de su matrimonio se había sentido preocupada por Mort, pero desde el divorcio aún más. Preocupada y, naturalmente, culpable. Se atribuía parte de la culpa y suponía que siempre sería así. Mort nunca había sido fuerte, y su mayor debilidad era su obcecación (a veces casi histérica) en negarse a reconocer el hecho. Esa mañana le había parecido como si estuviera a punto de suicidarse. Y la única razón por la que había obedecido a su recomendación de no traer a Ted, fue porque pensó que verlo podía dar el último empujón a Mort si realmente estaba al borde de cometer ese acto.

La idea del asesinato jamás le había pasado por la cabeza, y tampoco lo pensó en ese momento. No había tenido miedo ni siquiera aquella tarde terrible en el motel, cuando blandió un revólver delante de ellos. No de eso. Mort no era un asesino.

—¿Mort? M...

Rodeó la barra que separaba la cocina del salón y la palabra murió. Miró la gran sala con ojos dilatados y atónitos. Había papeles por todas partes. Era como si en un momento determinado Mort

hubiera exhumado todas las copias de todos los manuscritos que tenía en los cajones del escritorio y en sus archivos, y hubiera arrojado las páginas como confeti en alguna negra celebración de Año Nuevo. La mesa estaba repleta de platos sucios. La cafetera estaba en el suelo, rota, junto a la cristalera resquebrajada.

Y en todas partes, en todas, había una palabra. La palabra era "SHOOTER".

La palabra SHOOTER había sido escrita en las paredes con tizas de colores que debió de encontrar en su cajón de material artístico. En la ventana aparecía dos veces, escrita con lo que parecía nata montada. Y en efecto allí había un espray de nata, bajo la estufa. Sobre el mármol de la cocina, la palabra SHOOTER estaba escrita una y otra vez con tinta, y con lápiz en los postes de apoyo del embarcadero, en el extremo más alejado de la casa... Una primorosa columna semejante a una suma, que descendía en línea recta: SHOOTER SHOOTER SHOOTER SHOOTER SHOOTER...

Y, peor aún, estaba grabada en la lustrosa madera de cerezo de la mesa, en grandes letras aserradas de casi un metro de alto, como una grotesca declaración de amor: SHOOTER.

El destornillador que había usado para hacerlo estaba sobre una silla cercana. En su cuerpo de acero había algo rojo; Amy supuso que eran restos de madera de cerezo.

—¿Mort? —susurró, mirando a su alrededor.

Ahora tenía miedo de encontrarlo muerto por su propia mano. ¿Y dónde? Pues en el estudio, naturalmente. ¿Dónde si no?

Allí era donde había vivido las partes más importantes de su vida; seguramente, habría elegido morir allí.

Aunque no deseaba entrar, no deseaba ser la que lo encontrara, sus pies la llevaron de todas maneras en aquella dirección.

Al avanzar, apartó con el pie el número de *Ellery Queen* enviado por Herb Creekmore. No miró hacia abajo. Llegó a la puerta del estudio y la abrió lentamente.

## 48

Mort estaba frente a su vieja máquina Royal. La pantalla y la unidad de disco de su ordenador estaban en el suelo, en medio de un ramillete de cristales. Parecía una especie de predicador campesino. En parte era por la postura que había adoptado: estaba de pie, en una actitud casi remilgada, con las manos a la espalda.

Pero, sobre todo, era a causa del sombrero. El sombrero negro, encasquetado de modo que casi tocaba las partes superiores de las orejas. Le pareció que se asemejaba un poco al viejo de aquel cuadro, American Gothic, aunque el hombre del cuadro no llevaba sombrero.

—¿Mort? —preguntó con voz débil e indecisa.

Él no contestó. Se limitó a mirarla. Sus ojos tenían un resplandor siniestro. Nunca había visto los ojos de Mort de esa manera, ni siquiera aquella tarde horrible en el motel. Era casi como si aquel hombre no fuera Mort, sino un extraño que se parecía a él.

No obstante, reconoció el sombrero.

—¿Dónde encontraste esa cosa vieja? ¿En la buhardilla? —preguntó con voz entrecortada a causa de los latidos del corazón.

Debía de haberlo encontrado en la buhardilla. El olor a naftalina que se percibía era intenso, incluso desde donde ella estaba.

Mort había comprado el sombrero años atrás, en una tienda de recuerdos de Pennsylvania. Habían hecho un viaje por territorio Amish. Ella tenía un jardincillo en la casa de Derry, en el ángulo donde se encontraban la casa y el anexo del estudio. Era su jardín, pero Mort salía a menudo a arrancar las malas hierbas cuando estaba bloqueado y buscaba una idea. Cuando lo hacía, solía ponerse aquel sombrero. Lo llamaba la gorra de pensar. Lo recordaba mirándose en el espejo una vez, con el sombrero puesto, y bromeando con que tenía que aparecer así en alguna contraportada.

"Cuando me pongo esto —había dicho—, parezco un campesino caminando por los surcos tras el culo de una mula."

Después, el sombrero desapareció. Seguramente lo habían llevado allí y lo guardaron pero...

—Es mi sombrero —dijo él por fin, con una voz oxidada y absorta—. Nunca perteneció a nadie más.

—Mort, ¿qué pasa? ¿Qué...?

—Se ha equivocado, señora. Aquí no hay ningún Mort. Mort ha muerto. —Y los ojos penetrantes no vacilaron ni un momento—. Anduvo por ahí diciendo muchas cosas raras, pero al final no pudo seguir mintiéndose y menos mintiéndome a mí. Nunca le puse la mano encima, señora Rainey. Tomó la salida de los cobardes.

—¿Por qué hablas así? —preguntó Amy

—Es mi forma de hablar —respondió él, algo sorprendido—. Todo el mundo habla así en Mississippi.

—¡Mort, basta!

—¿No entiende lo que he dicho? —preguntó—. No estará sorda, ¿verdad? Mort está muerto. Se suicidó.

—Basta, Mort —dijo ella, y empezó a llorar—. Me estás asustando y no me gusta.

—No importa —replicó él. Sacó las manos de detrás de la espalda. Una de ellas sostenía las tijeras que guardaba en el cajón superior del escritorio. Las levantó. Había salido el sol y, mientras él abría y cerraba las tijeras, un rayo de luz resplandeció en las hojas—. No estará asustada mucho tiempo —añadió, empezando a avanzar hacia ella.

Durante un instante, Amy permaneció donde estaba. Mort no la mataría. Si hubiera habido deseo de matar en Mort, seguramente lo hubiera hecho aquel día en el motel.

Entonces vio la mirada de sus ojos y comprendió que Mort también sabía eso.

Era Mort quien no podía matarla; él no.

Pero éste no era él.

Amy gritó, giró sobre sus talones y se precipitó hacia la puerta.

Shooter la siguió, describiendo con las tijeras un arco plateado. Si sus pies no hubieran resbalado en los papeles dispersos por el suelo de madera, le habría hundido las tijeras hasta el mango entre los omóplatos. Cayó cuan largo era con una exclamación en la que se mezclaban ira y perplejidad. La tijera se clavó en la página nueve de "Ventana secreta, secreto jardín" y se le rompió la punta. Shooter se golpeó la boca en el suelo y le salió sangre. El paquete de Pall Mall —la marca que había fumado silenciosamente John Kintner en los descansos de la clase de escritura que compartía con Mort Rainey— salió disparado de su bolsillo y se deslizó por la madera lustrosa como una baldosa en el juego del tejo. Se arrodilló, gritando y sonriendo entre la sangre que corría por sus labios y dientes.

—¡No le servirá de nada, señora Rainey! —gritó, poniéndose en pie. Miró las tijeras, las abrió para estudiar mejor las puntas romas y la echó a un lado con gesto impaciente—. ¡Le tengo reservado un lugar en el jardín! Está todo decidido. ¡Ahora, tenga cuidado!

Y salió corriendo detrás de ella.

## 50

Amy cayó en medio de la sala. Pisó el ejemplar de *Ellery Queen* y cayó de lado, lastimándose la cadera y el seno derechos.

Gritó.

Detrás de ella, Shooter corrió hacia la mesa y cogió el destornillador que había utilizado para matar al gato.

—¡Quédese ahí! ¡Y quieta! —ordenó mientras ella se ponía de espaldas y lo miraba con unos ojos tan dilatados que parecía como si estuviera drogada—. Si se mueve, lo único que conseguirá es que la hiera antes de terminar. No quiero herirla, señora, pero lo haré si no me queda más remedio. Tengo que acabar, ¿comprende? He recorrido todo este camino y tengo que obtener algo a cambio de tantas molestias.

Mientras se aproximaba, Amy se incorporó apoyándose en los codos y retrocedió ayudándose con los pies. El pelo le colgaba sobre la cara. Tenía el cuerpo cubierto de sudor; podía oler cómo se desprendía de su piel, caliente y punzante. La cara que había encima de ella era el rostro solemne y justiciero de la demencia.

—¡No, Mort, por favor! ¡Por favor! Mort...

Él se abalanzó sobre Amy, levantando el destornillador por encima de la cabeza y descargando el golpe. Amy chilló y se apartó hacia la izquierda. El dolor describió una línea ardiente en su cadera cuando el destornillador desgarró su vestido y mordió su carne. Después, intentó arrodillarse mientras oía y sentía cómo se desgarraba el vestido en una larga tira recta.

—No, señora —jadeó Shooter. Su mano se cerró en torno al tobillo de Amy—. No, señora.

Ella miró por encima de su hombro y a través de los mechones de cabello, y vio que él estaba arrancando el destornillador del suelo con la otra mano. El negro sombrero de copa redonda estaba torcido.

Arrancó el destornillador y se lo clavó en la pantorrilla derecha.

El dolor fue horrible. El dolor ocupaba todo el mundo. Amy gritó y lanzó una patada hacia atrás, golpeando la nariz del hombre y rompiéndosela. Shooter gruñó y cayó de costado, sujetándose la cara. Mientras tanto, Amy se levantó. Shooter oía aullar a una mujer. Sonaba como un perro aullando a la luna. Supuso que era ella.

Intentó ponerse en pie. La parte inferior de su cara era una máscara de sangre. La máscara se abrió, mostrando los torcidos dientes frontales de Mort Rainey. Ella recordaba haber lamido aquellos dientes.

—Juguetona, ¿eh? —dijo él, sonriendo—. Está bien, señora. Siga.

Se arrojó sobre ella.

Amy retrocedió a tropezones. El destornillador se desprendió de su pantorrilla y rodó por el suelo. Shooter le echó una mirada y después volvió a lanzarse sobre ella, casi como jugando. Amy cogió una de las sillas de la sala y la colocó frente a él. Durante un segundo, se limitaron a mirarse por encima de la silla, y luego él intentó coger la parte delantera de su vestido. Amy retrocedió de nuevo.

—Ya estoy cansado de tontear con usted —jadeó él

Amy se volvió y corrió hacia la puerta.

Él la siguió de inmediato, agitando los brazos tras ella. Las puntas de sus dedos patinaban y resbalaban por su nuca, intentaban agarrar el vestido, lo lograban y perdían después el apoyo que le hubiera servido para atraerla hacia él de una vez por todas.

Amy pasó corriendo junto a la barra de la cocina y se dirigió hacia la puerta trasera. Su zapato derecho borboteaba y se pegaba a su pie. Estaba lleno de sangre. Shooter la siguió, resoplando y haciendo burbujas de sangre con la nariz en su intento por atraparla.

Ella golpeó con ambas manos la puerta de tela metálica y después tropezó y cayó de bruces en el porche, quedándose sin aliento. Cayó exactamente en el lugar donde Shooter había dejado su manuscrito. Levantó la cabeza y lo vio avanzar. Ahora, Shooter sólo contaba con sus manos, pero por su aspecto parecían más que suficientes. Bajo el ala del sombrero negro, sus ojos presentaban un aspecto severo, concentrado y horriblemente amable.

—Lo siento mucho, señora —dijo.

—¡Rainey! —gritó una voz—. ¡Deténgase!

Ella trató de mirar en torno, pero no pudo. Se había lastimado el cuello. Shooter ni siquiera lo intentó. Simplemente siguió avanzando hacia ella.

—¡Rainey, deténgase!

—Aquí no hay ningún Rainey... —empezó a decir Shooter.

Entonces, un disparo atravesó rápidamente el aire. Shooter se quedó donde estaba y miró con curiosidad, casi con negligencia, su pecho. Allí había un agujerito. No salía sangre —al menos al principio— pero el agujero era real. Se llevó la mano allí y después la apartó. En su índice había un pequeño punto de sangre. Parecía un signo de puntuación, el punto que termina una frase. Lo miró pensativo. Después, dejó caer las manos y miró a Amy.

—¿Nena? —preguntó, y cayó de bruces junto a ella, en el suelo de madera del porche.

Ella se dio la vuelta, se las arregló para apoyarse en los codos y fue a gatas hasta donde estaba el cuerpo, empezando a sollozar.

—¡Mort! —gritó—. ¡Mort! ¡Por favor, Mort, trata de decir algo!

Pero él no iba a decir nada, y al cabo de un momento Amy dejó que la comprensión de aquel hecho la inundara. Durante las semanas y meses siguientes, rechazaría ese hecho simple de su muerte; después, se debilitaría y la comprensión volvería a invadirla. Estaba muerto. Estaba muerto. Se había vuelto loco y estaba muerto.

Él y quienquiera que hubiera estado dentro de él al final.

Apoyó la cabeza en su pechó y lloró. Cuando alguien se le acercó por la espalda y le puso una mano consoladora en el hombro, Amy no volvió la cabeza.

## EPÍLOGO

Unos tres meses después de los acontecimientos que tuvieron lugar en el lago Tashmore, Ted y Amy Milner fueron a ver al hombre que había disparado y matado al primer marido de Amy, el conocido escritor Morton Rainey.

Durante aquel período había visto al hombre una vez, durante la encuesta, pero había sido una situación formal y Amy no quiso hablar personalmente con él. Allí no. Agradecía que le hubiera salvado la vida. Sin embargo, Mort había sido su marido y ella lo había amado durante muchos años; y, en lo más profundo de su corazón, sentía que el dedo de Fred Evans no había sido el único en apretar el gatillo.

De todos modos, sospechaba que con el tiempo iría a verlo para aclararlo todo lo mejor posible. Su tiempo hubiera podido ser un año, dos, incluso tres. Pero mientras tanto habían sucedido cosas que la hicieron moverse con mayor rapidez. Confiaba en que Ted le permitiese ir sola a Nueva York, pero él se había mostrado inflexible. No después de lo sucedido la última vez que la dejó ir sola a alguna parte. Aquella vez estuvieron a punto de matarla.

Amy señaló con cierta aspereza que a Ted le hubiera resultado difícil "dejarla ir", ya que ella no le había comunicado que iba.

Pero Ted se limitó a encogerse de hombros. De modo que fueron juntos a Nueva York, subieron juntos hasta el piso cincuenta y tres del gran rascacielos, y juntos entraron en el pequeño cubículo de las oficinas de la Compañía de Seguros Consolidated, a las que Fred Evans llamaba su hogar durante el día laboral. A menos que estuviese haciendo trabajo de campo, claro.

Se sentó lo más lejos que pudo, en un rincón, y aunque las oficinas estaban caldeadas, mantuvo el chal apretado en torno a su cuerpo.

Los modales de Evans eran lentos y amables. Se parecía al médico rural que la había cuidado durante las enfermedades de la infancia, y a ella le caía bien. "Pero eso es algo que jamás sabrá, —pensó—. Tal vez podría reunir el coraje suficiente para decírselo y él asentiría, pero su gesto no indicaría credulidad. Sólo sabe que para mí siempre será el hombre que disparó contra Mort y que me vio llorar sobre el pecho de Mort hasta que llegó la ambulancia, y que uno de los enfermeros tuvo que ponerme una inyección para que les permitiera que se lo llevaran. Y lo que no sabrá es que, a pesar de eso, me cae bien."

Evans llamó a una mujer de uno de los despachos exteriores y le pidió que trajera tres grandes y humeantes jarras de té. Estaban en enero, hacía mucho viento y la temperatura era baja. Pensó, en una breve ráfaga de nostalgia, cómo se estaría en Tashmore, con el lago finalmente helado y aquel viento asesino arrojando largas y fantasmales víboras de nieve en polvo por encima del hielo. Después, su cerebro realizó una asociación oscura pero desagradable y vio a Mort cayendo al suelo, vio el paquete de Pall Mall resbalando por la madera como una baldosa del juego del tejo. Se estremeció, y la breve ráfaga de nostalgia desapareció.

—¿Se encuentra bien, señora Milner? —preguntó Evans.

Amy asintió.

Frunciendo majestuosamente el entrecejo y fumando con su pipa, Ted dijo:

—Mi esposa quiere que le cuente todo lo que sepa sobre lo que sucedió, señor Evans. Al principio traté de hacerla cambiar de idea, pero he llegado a la conclusión de que tal vez sea una cosa buena. Desde entonces, tiene pesadillas...

—Por supuesto —respondió Evans, sin ignorar del todo a Ted, pero hablándole directamente a Amy—. Supongo que las tendrá durante un largo tiempo. Yo también he tenido algunas. Nunca había disparado a un hombre. —Hizo una pausa y agregó—: Me perdí Vietnam por un año o así.

Amy le dedicó una sonrisa; triste pero al fin y al cabo sonrisa.

—Ella lo oyó todo en el sumario —continuó Ted—, pero quería oírlo otra vez de sus labios y sin los términos legales.

—Comprendo —dijo Evans. Y, señalando la pipa, añadió—: Puede encenderla si quiere.

Ted la miró y después la guardó rápidamente en el bolsillo de su abrigo, como si se sintiera avergonzado.

—En realidad, estoy tratando de dejarla.

Evans miró a Amy

—¿De qué cree que servirá? —le preguntó con la misma voz amable, más bien dulce—. Aunque tal vez sería mejor preguntar para que necesita usted que sirva.

—No lo sé —respondió Amy, en voz baja y modulada—. La cuestión es que Ted y yo fuimos hace tres semanas a Tashmore, para limpiar..., hemos puesto la casa en venta..., y sucedió algo. En realidad, dos cosas —puntualizó mirando a su esposo con otra sonrisa triste—. Ted sabe que

sucedió algo porque fue cuando me puse en contacto con usted y concerté esta cita. Pero no sabe qué y me temo que está enfadado conmigo. Tal vez tenga razón.

Ted Milner no negó que estuviera enfadado con Amy. Metió la mano en el bolsillo del abrigo, empezó a sacar la pipa y después la soltó otra vez.

—Pero, estas dos cosas..., ¿se relacionan con lo que sucedió en octubre en su casa del lago? —preguntó Evans.

—No lo sé. Señor Evans, ¿qué sucedió? ¿Qué sabe usted?

—Bueno —dijo él, recostándose en la silla y sorbiendo un poco de té—, si ha venido esperando encontrar todas las respuestas, se va a sentir muy decepcionada. Puedo hablarle del incendio, pero acerca de por qué su esposo hizo lo que hizo, probablemente usted pueda llenar más blancos que yo. Lo que más nos desconcertaba del incendio era el lugar donde comenzó: no en el cuerpo principal de la casa, sino en el despacho del señor Rainey, que es un anexo. Eso hacía sospechar que el acto iba dirigido contra él, pero el ni siquiera estaba allí. Después, entre algunas ruinas del despacho, encontramos un gran fragmento de botella. Era de vino, de champán para ser exactos, pero no cabía duda de que lo último que había contenido era gasolina. Parte de la etiqueta estaba intacta, y enviamos un telefax a Nueva York. Se la identificó como de Moet et Chandon, mil novecientos ochenta y algo. No constituía una prueba irrefutable de que la botella utilizada para preparar el cóctel Molotov proviniera de su bodega, señora Milner, pero resultaba muy sugerente, porque en la lista figuraban cosas mejores que las botellas de Moet et Chandon de 1983 y 1984. Esto nos llevaba a una suposición que parecía clara, aunque no muy razonable: que usted o su exmarido podrían haber incendiado la casa. Usted dijo que salió de casa sin cerrar la puerta con llave...

—Eso me ha hecho perder el sueño —dijo Amy—. A menudo olvidaba cerrar con llave cuando salía sólo por un momento. Creció un pueblo pequeño al norte de Bangor, y estos hábitos infantiles son difíciles de modificar. Mort solía...—Sus labios temblaron y permaneció en silencio un momento, apretándolos hasta que se pusieron blancos. Cuando volvió a recuperar el control, prosiguió en voz baja—: Solía reñirme por eso.

Ted le cogió la mano.

—Naturalmente, no tenía importancia —continuó Evans—. Si hubiera cerrado la casa, el señor Rainey hubiera podido entrar de todas formas porque todavía tenía sus llaves, ¿no es así?

—Sí —respondió Ted.

—Si hubiera cerrado la puerta, tal vez podría haber precipitado el final de la investigación, pero es imposible decirlo con certeza. De todos modos, en mi negocio procuramos evitar el vicio de predecir las cosas que ya han sucedido. Hay quien sostiene la teoría de que provoca úlceras, y yo lo creo. El asunto es el siguiente: dado el testimonio de la señora Rainey (perdón, la señora Milner) de que la puerta no estaba cerrada con llave, al principio creímos que el incendiario podía haber sido literalmente cualquiera. Pero en cuanto empezamos a considerar la posibilidad de que la botella utilizada proviniera de la bodega del sótano, las probabilidades se redujeron.

—Porque esa habitación sí estaba cerrada —dijo Ted.

Evans asintió.

—¿Recuerda que pregunté quién tenía las llaves de ese recinto, señora Milner?

—Por favor, llámeme Amy.

Él asintió.

—¿Lo recuerda, Amy?

—Sí. Hace tres o cuatro años empezamos a cerrar el armario de las bebidas porque habían desaparecido algunas botellas de vino tinto. Mort pensaba que era la señora de la limpieza. No me gustaba creer eso porque le tenía simpatía, pero pensé que podía tener razón y que probablemente fuera así. Empezamos a cerrarlo con llave para que nadie se sintiera tentado.

Evans miró a Ted Milner.

—Amy tenía una llave de la bodega y creía que el señor Rainey conservaba la suya, así que eso reducía las posibilidades.

Claro que si hubiera sido Amy, usted, señor Milner, tenía que haber sido su cómplice, porque cada uno de ustedes era la coartada del otro aquella noche. El señor Rainey no tenía coartada, pero estaba a una distancia considerable. Y lo principal era que no veíamos motivo alguno para el crimen. Su trabajo los había dejado, a él y a Amy, en una situación financiera desahogada. No obstante, buscamos huellas digitales y encontramos dos buenas.

Eso fue el día posterior a nuestro encuentro en Derry. Ambas huellas pertenecían al señor Rainey. Seguía sin ser una prueba...

—¿No? —preguntó sorprendido Ted.

Evans meneó la cabeza.

—Las pruebas de laboratorio confirmaban que las huellas eran anteriores al incendio, pero no podían garantizar de cuándo.

"Verá, el calor había evaporado los aceites de las huellas. Y si nuestra suposición de que la botella pertenecía a las del sótano era real, bueno, alguien tenía que haberla cogido para sacarla de la bolsa o caja donde venía y colocarla en el botellero. Ese alguien podía haber sido el señor o la señora Rainey, y él hubiera podido decir que las huellas provenían de entonces.

—No estaba en situación de argumentar nada —comentó suavemente Amy—. Al final, no.

—Supongo que es cierto, pero nosotros no lo sabíamos. Lo único que sabíamos es que cuando la gente coge botellas, generalmente lo hace por el cuello. Estas dos huellas estaban cerca de la base, y el ángulo era muy raro.

—Como si la hubieran cogido de costado, e incluso al revés —intervino Ted—. ¿No es eso lo que dijo en la audiencia?

—Sí, y la gente que sabe algo de vinos no hace eso. En la mayor parte de los casos remueve el poso. Y con el champán...

—Lo agita —dijo Ted.

Evans asintió.

—Si se agita con suficiente energía, una botella de champán estallaría a causa de la presión.

—Pero no había champán en la botella —dijo Amy.

—No, pero seguía sin ser una prueba. Recorrí las gasolineras de la zona para ver si alguien parecido al señor Rainey había comprado una pequeña cantidad de gasolina aquella noche, pero no tuve suerte. No me sorprendió demasiado. Había podido comprar la gasolina en Tashmore o en cincuenta estaciones de servicio entre ambos lugares. Después fui a ver a Patricia Champion, nuestra única testigo. Llevé una foto de un Buick de 1986, la marca y modelo que suponíamos que había utilizado el señor Rainey. Dijo que podía ser el coche, pero no estaba segura. Así que me encontré en un callejón sin salida. Regresé a la casa para mirar por ahí, y entonces llegó usted, Amy. Era muy temprano.

Yo quería hacerle unas preguntas, pero era evidente que usted estaba alterada. Le pregunté qué hacía allí y me respondió algo muy curioso. Dijo que se iba al lago Tashmore a ver a su exesposo, pero que primero quería buscar algo en el jardín.

—Por teléfono, él no dejaba de hablar sobre lo que llamaba mi ventana secreta, la que daba al jardín. Dijo que se había dejado algo allí. Pero no estaba. O, en todo caso, yo no lo vi.

—Cuando nos conocimos, tuve un presentimiento —dijo lentamente Evans—. El presentimiento de que no era... equilibrado. No por que estuviese mintiendo sobre algunas cosas, aunque yo estaba bastante seguro de que era así. Era otra cosa. Una especie de distancia.

—Sí. Yo la sentía cada vez más esa distancia.

—Usted parecía casi enferma de preocupación. Decidí que no estaría mal seguirla a la otra casa, Amy, sobre todo cuando me dijo que si el señor Milner venía a buscarla no le dijera a dónde había ido. No creía que la idea se le hubiera ocurrido a usted. Pensé que tal vez podría descubrir algo. Y también pensé... —Se quedó en silencio con aspecto turbado.

—Pensó que podía sucederme algo —dijo ella—. Gracias, señor Evans. Él me habría matado, ¿sabe? Si usted no me hubiera seguido, él me habría matado.

—Aparqué al comienzo del sendero y me dirigí caminando hacia la casa. Oí un terrible estruendo dentro y empecé a correr. Eso fue cuando usted cayó, atravesando la puerta de tela metálica, y él apareció detrás.

Evans los miró con gran seriedad.

—Le pedí que se detuviera —dijo—. Se lo pedí dos veces.

Amy se estiró, apretó suavemente su mano por un instante y la soltó.

—Y eso es todo —dijo Evans—. Sé algo más, sobre todo por los periódicos y por dos conversaciones que sostuve con el señor Milner...

—Llámeme Ted.

—Ted, entonces —aceptó Evans, aunque no parecía tan dispuesto a usar el nombre de Ted como el de Amy—. Sé que el señor Rainey sufrió lo que probablemente fuera un episodio esquizofrénico en el que era dos personas, ninguna de las cuales tenía idea de que en realidad coexistían en un solo cuerpo. Sé que una de esas personas se llamaba John Shooter. Por la declaración de Herbert Creekmere, sé que el señor Rainey imaginaba que este tal Shooter lo perseguía a causa de un relato llamado "Tiempo de siembra", y que el señor Creekmere tenía un ejemplar de la revista en el que aparecía el relato y se lo envió a Mort para que pudiera demostrar que él lo había publicado primero. La revista llegó poco antes de que usted, Amy, entrara en la casa. El sobre del Expreso federal donde la enviaron estaba en el asiento del Buick de su exmarido.

—Pero cortó el relato, ¿no? —preguntó Ted

—No sólo el relato. También la página del índice. Tuvo cuidado de eliminar cualquier huella de sí mismo. Llevaba un cuchillo del ejército suizo y probablemente fue lo que usó. Las páginas que cortó estaban en la guantera del Buick.

—Al final, la existencia de ese relato se convirtió en un misterio hasta para él —dijo suavemente Amy.

Evans la miró con las cejas arqueadas.

—¿Perdón?

Ella meneó la cabeza.

—Nada.

—Creo que les he contado todo lo que sé —dijo Evans—. Cualquier otra cosa sería pura especulación. Al fin y al cabo, soy un investigador de seguros, no un psiquiatra.

—Él era dos hombres —dijo Amy—. Era él, y al mismo tiempo se convirtió en un personaje que había creado. Ted cree que el apellido Shooter lo inventó cuando se enteró de que Ted proviene de una pequeña ciudad de Tennessee llamada Shooter's Knob. Estoy segura de que tiene razón. Mort siempre escogía de esa manera los nombres de los personajes, formando anagramas.

"No conozco el resto, sólo puedo hacer suposiciones. Pero sé que cuando un estudio cinematográfico rechazó la opción sobre su novela *La familia Delacourt*, Mort estuvo a punto de sufrir una depresión nerviosa. Los del estudio y Herb Creekmore, su agente, dijeron que estaban preocupados por una similitud con un libreto titulado *El equipo familiar*, aunque comprendían que era imposible que él hubiera podido ver alguna vez ese libreto.

"No era cuestión de plagio, excepto en la cabeza de Mort. Su reacción fue exagerada, anormal. Fue como remover con un palo los restos del fuego de un campamento y encontrar debajo un tizón ardiendo.

—Usted no cree que creara a John Shooter sólo para castigarla, ¿verdad? —preguntó Evans.

—No, Shooter estaba allí para castigar a Mort. Pienso que...

Hizo una pausa y se ajustó el chal, envolviéndolo más en torno a sus hombros. Después, cogió su taza de té con una mano no del todo firme.

—Pienso que, en el pasado, Mort robó el trabajo de alguien —prosiguió—. Probablemente hace mucho tiempo, porque todo lo que escribió a partir de *El chico del organillero* fue muy leído.

"Creo que no se hubiera descubierto. Dudo de que haya publicado realmente lo que robó, pero creo que eso es lo que pasó y que ése era el verdadero origen de John Shooter. No el hecho de que la compañía cinematográfica rechazara su novela, ni mi... mi relación con Ted y el divorcio. Seguramente esas cosas hayan contribuido, pero creo que la raíz está en la época anterior a que nos conociéramos. Entonces, cuando se quedó solo en la casa del lago...

—Llegó Shooter —dijo serenamente Evans—. Llegó y lo acusó de plagio. Fuera quien fuese el hombre a quien el señor Rainey robó, nunca lo hizo, de modo que al final tuvo que castigarse a sí mismo. Pero dudo que eso fuera todo, Amy. Intentó matarla.

—No —dijo ella—. Ése fue Shooter.

Evans arqueó las cejas. Ted la miró con cautela y sacó la pipa del bolsillo.

—El verdadero Shooter.

—No la entiendo.

Ella esbozó una sonrisa pálida.

—Yo misma no lo entiendo. Por eso estoy aquí. No creo que contar esto sirva para nada práctico. Mort ha muerto y todo ha terminado, pero tal vez me ayude a mí. Tal vez me ayude a dormir mejor.

—Entonces dígalo, no faltaba más —dijo Evans.

—Verá, cuando fuimos a limpiar la casa nos detuvimos en el pequeño almacén del pueblo: Bowie's. Mientras Ted llenaba el depósito, yo entré a comprar unas cosas. Allí había un hombre, Sonny Trotts, que solía trabajar con Tom Greenleaf. Tom era el más viejo de los hombres que fueron asesinados. Sonny quería decirme cuanto lamentaba lo de Mort y también otra cosa. Me explicó que había visto a Mort el día anterior a su muerte y que tenía intención de decírselo a él. Era sobre Tom Greenleaf, sobre algo que Tom le dijo a Sonny mientras estaban pintando el Salón de la Parroquia Metodista. Sonny vio a Mort después de eso, pero no pensó en decírselo en ese momento. Después recordó que tenía algo que ver con Greg Carstairs...

—¿El otro hombre muerto?

—Sí. Así que se volvió para hablar con Mort, pero él se había ido. Y al día siguiente murió.

—¿Qué le dijo el señor Greenleaf a ese tipo?

—Que creía haber visto un fantasma —dijo tranquilamente Amy.

La miraron sin decir nada.

—Sonny me explicó que últimamente Tom estaba olvidadizo y que eso le preocupaba. Sonny pensaba que era ese tipo de olvidos que se producen cuando una persona envejece, pero cinco o seis años antes Tom había cuidado a su esposa, que tenía la enfermedad de Alzheimer, y le daba terror enfermar de lo mismo.

Según Sonny, si Tom olvidaba un pincel se pasaba la mitad del día obsesionado con eso. Tom dijo que ésa era la razón por la cual, cuando Greg Carstairs le preguntó si reconocería al hombre al que había visto el día anterior hablando con Mort Rainey o si lo reconocería si volviese a verlo, Tom dijo que no había visto a nadie con Mort, que Mort estaba solo.

Se oyó el chasquido de una cerilla. Al final Ted Milner había decidido encender su pipa. Evans lo ignoró. Estaba echado hacia delante, mirando fijamente a Amy Milner.

—Aclarémonos. Según ese Sonny Troots...

—Troots.

—Vale, Troots. Según él, ¿Tom Greenleaf vio a Mort con alguien?

—No exactamente —contestó Amy—. Sonny pensaba que si Tom lo hubiera creído con toda certeza no le hubiera mentado a Greg. Lo que dijo fue que no sabía qué había visto. Que estaba confuso. Que le había parecido mejor no decir nada. No quería que nadie, y menos Greg Carstairs, que estaba en su mismo negocio, supiera lo confuso que se sentía, y sobre todo no quería que nadie pensara que podía estar enfermado como había enfermado su esposa.

—No estoy seguro de comprender esto, lo siento.

—Según Sonny —dijo ella—, Tom pasó por la carretera del lago con su Scout y vio a Mort de pie, solo, donde se bifurca el camino del lago.

—¿Cerca de donde se encontraron los cuerpos?

—Sí, muy cerca. Mort saludó con la mano. Tom respondió y pasó de largo. Entonces, según dice Sonny, Tom miró por el espejo retrovisor y vio junto a Mort a otro hombre y una vieja furgoneta, aunque ni el hombre ni el vehículo estaban allí diez segundos antes. Dijo que el hombre llevaba un sombrero negro, pero que se podía ver a través de él y también a través del coche.

—¡Oh, Amy! —exclamó Ted con suavidad—. Ese hombre estaba dejando volar la imaginación.

Ella meneó la cabeza.

—No creo que Sonny sea lo bastante listo como para inventar semejante historia. Me dijo que Tom pensaba que debía ponerse en contacto con Greg y decirle que tal vez hubiera visto a ese hombre; que si no mencionaba lo de la transparencia, no pasaría nada. Pero, según Sonny, el viejo estaba aterrorizado. Estaba convencido de que, o bien había contraído la enfermedad de Alzheimer, o bien había visto un fantasma.

—Bueno, desde luego es horripilante —dijo Evans. Y lo era, porque la piel de sus brazos y su espalda se había erizado por uno o dos segundos—. Pero, en realidad, es un rumor acerca de un hombre muerto.

—Sí, pero está lo otro. —Amy dejó la taza de té sobre la mesa, cogió su bolso y empezó a remover dentro—. Cuando estaba limpiando el estudio de Mort, encontré aquel sombrero... el espantoso sombrero negro..., detrás de su escritorio. Me asustó porque no lo esperaba. Pensé que la policía debía de habérselo llevado como prueba o algo así. Lo saqué de allí con un palo. Utilicé el palo para sacarlo y tirarlo al cubo de la basura, ¿comprende?

Evidentemente, Ted no comprendía, pero Evans sí.

—No quería tocarlo.

—Exacto, no quería tocarlo. Aterrizó directamente en una de las bolsas de basura, estoy dispuesta a jurarlo. Más o menos una hora más tarde, salí con una bolsa de medicamentos caducados, frascos de champú y cosas del lavabo. Cuando abrí la tapa del contenedor, el sombrero estaba boca arriba y en la banda interior había esto —dijo, sacando de su bolso una hoja plegada de papel y ofreciéndosela a Evans con una mano que seguía temblando imperceptiblemente—. No estaba allí cuando el sombrero salió de detrás del escritorio. Lo sé.

Evans cogió el papel y lo sostuvo un momento en la mano.

No le gustaba. Era demasiado pesado y, por alguna razón, la textura era extraña.

—Creo que había un John Shooter —dijo Amy—. Creo que fue la mayor creación de Mort, un personaje tan vívido que se convirtió en real. Y creo que ése es el mensaje de un fantasma.

Evans desplegó el papel. En el centro había este mensaje:

*Señora, lamento todos los problemas que le he causado.  
Las cosas se salieron de madre. Ahora vuelvo a mi casa.  
Conseguí mi relato, que es lo que en principio vine a buscar.  
Se llama "Crowfoot Mile" y es de primera.  
Sinceramente suyo,*

La firma era un garabato bajo las líneas precisas de la escritura.

—¿Es ésta la firma de su finado esposo, Amy? —preguntó Evans.

—No —contestó ella—. No se parece en nada.

Se quedaron sentados los tres, mirándose. Fred Evans trató de encontrar algo que decir y no lo encontró. Al cabo de un rato, el silencio (y el olor de la pipa de Ted Milner) se hicieron insoportables. Así que el señor y la señora Milner dieron las gracias, se despidieron y abandonaron el despacho para continuar sus vidas lo mejor que pudieran. Fred Evans también continuó la suya lo mejor que pudo. A veces, por la noche, ya tarde, él y la mujer que había estado casada con Morton Rainey despertaban de sueños en los que un hombre con sombrero de copa redonda los miraba con ojos desvaídos por el sol y rodeados de arrugas. Los miraba sin amor, pero ambos sentían que lo hacía con una especie de extraña piedad severa.

No era una expresión amable y no proporcionaba consuelo, pero ambos sentían también, desde sus diferentes lugares, que podían encontrar el modo de vivir con esa mirada. Y de continuar cuidando de sus jardines.

FIN